

La revolución social

**Reformas sociales y
revolución social**

*

**Al día siguiente de la
revolución social**

Karl Kautsky

Alejandría Proletaria

Valencia, octubre de 2018

germinal_1917@yahoo.es

Primera versión al castellano en este sello desde *La Révolution Sociale*, Karl Kautsky, Librairie du Parti Socialiste et de *l'Humanité*, París, 1912. Obra basada en dos conferencias pronunciadas en abril de 1902. Publicado en alemán en junio de 1902 por Buchhandlung Vorwärts. En 1903 aparecieron las versiones francesa e inglesa.

Índice

Prefacio a la edición alemana	3
Primera parte	4
Reformas sociales y revolución social	4
Capítulo I. La idea de revolución social.....	5
Capítulo II. Evolución y revolución.....	8
Capítulo III. Las revoluciones en la Antigüedad y en la Edad Media	13
Capítulo IV. La revolución social del período capitalista	16
Capítulo V. La atenuación de los antagonismos de clase	20
Capítulo VI. La democracia.....	32
Capítulo VII. Formas de la revolución social. Medios de que dispone	39
Segunda Parte	46
Al día siguiente de la revolución social	46
Capítulo I. Delimitación del problema.....	47
Capítulo II. Expropiación de los expropiadores	49
Capítulo III. Confiscación o indemnización.....	53
Capítulo IV. Cómo interesar al obrero en el trabajo	56
Capítulo V. Aumento de la producción.....	61
Capítulo VI. La organización del proceso de producción	66
Capítulo VII. Supervivencias de la propiedad privada de los medios de producción 70	
Capítulo VIII. La producción intelectual	74
Capítulo IX. Las condiciones psicológicas previas a la dominación proletaria	81

Prefacio a la edición alemana

El presente trabajo fue elaborado a instancias del Club Socialista de Lectura de Ámsterdam. Este agrupamiento, compuesto sobre todo por intelectuales, me había invitado a pronunciar conferencias en la ciudad en la que tenía su sede y también en Delft. El tema de la revolución social se contaba entre los que trataba yo entonces. Los camaradas holandeses admitían sin problema alguno que hablase sobre el mismo tema en ambas ciudades. Sin embargo, hice lo posible para no repetirme y dividí el tema en dos partes, independientes desde muchos puntos de vista pero ligadas en el fondo por el encadenamiento de ideas: “Reformas sociales y revolución social”, después, “Al día siguiente de la revolución social”.

Lo que se publica aquí no es del todo una estenografía de las dos conferencias. Al escribirlas, tras pronunciarlas, introduje en ellas muchas cosas que había tenido que dejar a un lado en la tribuna para no alargarme demasiado. Sin embargo, me vi obligado a no salir del marco que se le impone a un conferenciante pues no quería hacer, en absoluto, un libro.

El objetivo de mi trabajo es bastante evidente como para necesitar que lo explique. Por otra parte, se daba una muy particular oportunidad para tratar el tema en los Países Bajos a fines de abril de 1902 (el 22 en Ámsterdam y, pasados dos días, en Delft). El Señor Pierson, antiguo ministro, acababa de verter en una reunión pública la opinión de que una revolución proletaria estaba condenada a un inevitable fracaso, y ello por causas que tenían que ver con su mismo origen. Mis dos conferencias aportaron una respuesta casi inmediata. El Señor Pierson fue, por lo demás, tan amable como para asistir a la segunda. Incluso tomó notas profusamente. Solo que no se dignó pedir la palabra para refutarme.

Añadiré que, además de consideraciones de propaganda general y local, lo que me indujo más especialmente a hablar sobre la revolución social fue el hecho que mi auditorio estaba compuesto en su mayor parte por intelectuales. En Alemania al menos, los intelectuales son quienes se familiarizan más difícilmente con la idea de la revolución. Es de esperar que sea diferente en Holanda. Mis conferencias no provocaron ninguna contradicción y la aprobación general que recogieron mis palabras me sorprendió agradablemente. Pienso que esto no es solamente atribuible a la cortesía internacional, pues es notorio que el marxismo cuenta entre los intelectuales neerlandeses con algunos de sus más firmes representantes.

Lo mejor que puedo desear es que mi exposición encuentre en todas partes la misma aprobación. Para mí es un deber y un placer aprovechar la ocasión para agradecerles, una vez más, a los camaradas neerlandeses su fraternal acogida.

Karl Kautsky
Berlín, 2 junio de 1902

Primera parte
Reformas sociales y
revolución social

Capítulo I. La idea de revolución social

Existen pocas ideas sobre las que se discuta tanto como a propósito de la de *revolución*. Ello debe atribuirse, en primer lugar y en buena parte, al hecho que existen pocas nociones tan hostiles a los intereses y prejuicios dominantes en el actual entorno, pero también a este otro hecho: que la palabra *revolución* conlleva una rara multiplicidad de acepciones.

Por regla general es imposible percibir en los acontecimientos una delimitación precisa, como la que se manifiesta para las cosas. Esto es cierto sobre todo para las eventualidades de orden social, que son extremadamente complejas y lo devienen cada vez más a medida que evoluciona la sociedad, es decir a medida que se diversifican las formas de las relaciones entre los individuos. Ahora bien, una revolución social pertenece a la categoría de las eventualidades más complejas de todas, dicho de otro modo: un completo trastorno de las formas que hasta ese momento revisten las relaciones individuales.

No hay que sorprenderse porque semejante palabra, empleada por todo el mundo, no evoque en absoluto en todo el mundo las mismas ideas, (más aún, porque el sentido varíe con el tiempo para la misma persona, caso bastante frecuente). Para determinada gente evoca las barricadas, incendios de castillos, guillotinas y separambradas¹; en fin, la acumulación de todas las atrocidades imaginables. Otros, por el contrario, quisieran quitarle todas sus espinas, si se puede decir así, dándole el sentido de una transformación social, considerable pero pacífica y apenas sensible para los contemporáneos, poco más o menos como las que determinaron el descubrimiento de América y la invención de la máquina de vapor. Y entre estos dos extremos hay una multitud de matices usuales.

En el prefacio a la *Crítica de la Economía Política*, Karl Marx llama revolución social a la transformación, lenta o brusca, que se produce en el vasto conjunto de las superestructuras política y jurídica de la sociedad como resultado del cambio en las bases económicas de ésta.

Atenerse a esta definición es establecer una distinción fundamental entre la idea de revolución social y el hecho del cambio de las bases económicas, por ejemplo del cambio producido por la invención de la máquina de vapor o por el descubrimiento de América. Es admitir que semejantes trastornos, lejos de constituir por sí mismos revoluciones, solo ejercen en estas el papel de causas primeras.

Pero me parece imposible contentarse con la definición de Marx. Creo que se puede llegar a más precisión. Toda transformación de las superestructuras política y jurídica de la sociedad no constituye necesariamente una revolución; hablando con propiedad ésta solo es una categoría, un método especial de transformación.

Todos los socialistas son llevados a darle al *término* de revolución social la acepción más amplia. Ello no impide en absoluto, por otra parte, que determinados de nuestros camaradas quieran eliminar la *cosa*, y afirmen que la transformación social

¹ En referencia a la ejecución masiva de prisioneros en septiembre de 1792 durante la revolución francesa. NdE.

puede realizarse a golpe de reformas solamente. Se opone, así, la doctrina de las reformas sociales a la de la revolución social, y esta oposición es la que hoy en día está en el fondo de las discusiones que se mantienen en nuestro partido. Para hablar de ella aquí, me atenderé a la acepción más estricta, sólo entenderé por revolución social un método especial de transformación social.

Si hay oposición entre las reformas y la revolución, ello no tiene que ver con que la violencia sea empleada en uno de los dos casos con exclusión del otro. Toda medida política o jurídica es una medida coercitiva impuesta por el estado con la ayuda de la fuerza. Por otra parte, categorías especiales de violencia (por ejemplo los combates callejeros o las ejecuciones en masa), no caracterizan esencialmente a una revolución en tanto que fenómeno opuesto al de las reformas. Pueden ser el resultado de circunstancias aisladas, es decir que pueden no relacionarse en absoluto con una revolución; pueden ratificar un movimiento reformista. En Francia, cuando el 17 de junio de 1789 los diputados del Tercer Estado se constituyeron en Asamblea Nacional, llevaron a cabo un acto eminentemente revolucionario, y sin embargo no hubo en ello el menor despliegue de violencia. Siguiendo con Francia, en 1774 y 1775 se vieron grandes insurrecciones que tenían como único objetivo, en absoluto revolucionario, lograr la exención de impuestos del pan para acabar con la carestía de este alimento.

Sin embargo, es incuestionable que los combates callejeros y las ejecuciones en masa, si bien no bastan para caracterizar una revolución, no por ello son menos susceptibles de iluminarnos, indirectamente, sobre lo que en realidad es una revolución. El gran cambio que se inició en Francia en 1789 devino el tipo clásico de toda revolución. Cuando se trata de revolución, todo el mundo piensa en ese cambio. Estudiándolo es como mejor podremos comprender qué es una revolución, y qué es en sí misma y en oposición a las reformas.

La revolución fue precedida por una serie de tentativas reformistas, en particular las de Turgot, para citar solo las más conocidas, y esas tentativas tenían, desde muchos puntos de vista, el mismo objetivo que el que tendría después la revolución. Ahora bien, ¿qué distingue a las reformas de Turgot de las medidas análogas tomadas por los poderes revolucionarios? Lo que las distingue es que las segundas son el resultado de la conquista del poder político por una nueva clase. Ahí reside la diferencia esencial entre las reformas y una revolución.

Medidas tendentes a adaptar las superestructuras políticas y jurídica de la sociedad a condiciones económicas nuevas son reformas si emanan de clases que, hasta ese momento, han ejercido en la sociedad la soberanía política y económica. También son reformas si, en lugar de ser tomadas de buen grado, son arrancadas por un esfuerzo de las clases dominadas, o simplemente impuestas por la fuerza de las circunstancias. Por el contrario, son fases de una revolución si son obra de una clase que, hasta ese momento oprimida política y económicamente, acaba de conquistar el poder político y lo utiliza, como por otra parte es fatalmente necesario, para metamorfosear en su beneficio, y lenta o rápidamente, la totalidad de las superestructuras política y jurídica e instituir nuevos modos de relaciones sociales.

La conquista de la fuerza gubernamental por una clase oprimida hasta ese momento, dicho de otro modo la revolución política, es, pues, una característica esencial de la revolución social en el sentido más estricto de esta palabra, en el sentido directamente opuesto al de la reformación social. Rechazar en principio la revolución política como medio de transformación social, querer restringir esta transformación a medidas que se pueden obtener de las clases dirigentes, es ser un reformista, (un *Sozialreformer*, se dice en Alemania), incluso cuando se alimenta un ideal completamente opuesto a las modalidades sociales existentes. Por el contrario, ser un

revolucionario es querer la conquista de los poderes públicos por una clase hasta entonces oprimida. Y preparar y apresurar esta conquista con ayuda de medidas susceptible de ser arrancadas a las clases dominantes no es dejar de ser un revolucionario. El reformista y el revolucionario quieren, tanto uno como el otro, reformas; lo que los distingue es que el primero restringe la transformación social a una serie de reformas.

Por otra parte, una revolución política no deviene una revolución social más que si es realizada por una clase hasta entonces oprimida y obligada a asegurar mediante su emancipación social su liberación política, porque su condición social ha llegado a convertirse, irreductiblemente, en obstáculo para su dominación política. De suerte que un conflicto en el seno de las clases dirigentes no será por nada del mundo una revolución social por más que presente los más violentos caracteres de guerra civil.

Solo me ocuparé aquí de la revolución social en el sentido que acabo de exponer.

Capítulo II. Evolución y revolución

No existe incompatibilidad fundamental entre los intereses de las clases dirigentes y una reforma social; esta consolida por un momento la situación social de aquellas; incluso puede reforzarla. Una revolución social está, por el contrario, en completa oposición con los intereses de las clases dominantes, puesto que siempre equivale para estas a la destrucción de su hegemonía.

No es pues sorprendente que las clases dirigentes de todos los tiempos hayan maldecido y calumniado a la revolución y que, apenas su soberanía parecía amenazada, se hayan esforzado en sustituir la idea de la revolución social por la de las reformas sociales, (y además contentándose muy a menudo con realizar dichas reformas en el cielo).

Los argumentos contra la revolución siempre se han tomado prestados de las doctrinas más en boga. Mientras que el cristianismo reinó sobre el pensamiento humano se reprobó a la revolución como a una satánica rebelión contra las autoridades instituidas por Dios. El Nuevo Testamento es rico en anatemas de ese género, porque vio la luz en la época de los césares, es decir cuando toda rebelión contra los poderes temporales parecía desesperadamente vana, y cuando había desaparecido toda independencia de la vida política. Las clases revolucionarias podían, por otra parte, responder con argumentos tomados prestados del Antiguo Testamento, (argumentos que todavía se pueden encontrar bajo muchas formas en el espíritu de determinada democracia campesina de origen bastante reciente).

Más tarde, cuando la mentalidad teológica fue reemplazada por las concepciones jurídicas, se mantuvo el siguiente razonamiento: la revolución es una ruptura violenta del derecho en vigor pero, no teniendo nadie derecho a atentar contra el derecho, el derecho a la revolución sería un absurdo, y la revolución solo puede ser la negación del derecho. Entonces los protagonistas de las clases ascendentes oponían al derecho en vigor, es decir al que ya se había hecho histórico, el derecho reivindicado por esas clases, un derecho eterno, afirmaban, porque estaba basado en la razón y la naturaleza, el inalienable e imprescriptible derecho humano. Se trataba de restaurar el orden jurídico que, siendo el único legítimo, sólo podía ser abolido mediante una violación del derecho, y, en consecuencia, era imposible considerar esta restauración como un atentado al derecho, incluso si uno se veía obligado a recurrir a la revolución para realizarla.

Hoy en día los argumentos teológicos ya no tienen influencia, al menos sobre las masas revolucionarias. Y el derecho histórico también ha perdido su poder de persuasión. ¿El origen revolucionario del derecho actual y de los gobiernos del presente todavía es demasiado reciente como para que sea oportuno invocar en su favor la legitimidad? No solamente el gobierno de Francia es de origen revolucionario, también lo es el de Italia, España, Bulgaria, Inglaterra y Holanda. Los reyes de Baviera y de Würtemberg, los grandes duques de Baden y de Hesse, deben su título y considerables porciones de sus estados a un revolucionario advenedizo, Napoleón. Los Hohenzollern han podido llegar a instalar el suyo sobre las ruinas de una cantidad de tronos. Los Habsburgo mismo ¿no se inclinaron ante la revolución en Hungría? Si Andrássy, ahorcado en efigie en 1852 como culpable de alta traición, pudo convertirse en ministro

imperial en 1867, fue gracias a la influencia ejercida por las ideas de la revolución nacional húngara de 1848.

La burguesía tenía en aquellos tiempos un capital interés en todas esas violaciones del derecho histórico. Y una vez devenida clase dirigente podía condenar mucho menos la revolución en nombre de ese derecho teniendo en cuenta que sus juristas multiplicaban sus esfuerzos en conciliar el derecho natural y el derecho histórico. Necesitaba, pues, buscar argumentos más eficaces para anatemizar a la revolución. Los encontró en una nueva mentalidad cuyo triunfo fue el resultado del suyo mismo, en la teoría moderna de las ciencias naturales. Mientras la burguesía fue revolucionaria, las ciencias naturales estuvieron dominadas, tanto la biología como la geología, por las teorías catastrofistas. Se entendía que en la naturaleza todo procedía mediante grandes y bruscos sobresaltos. Cuando la revolución burguesa quedó cumplida, las teorías catastrofistas fueron reemplazadas por la idea de un desarrollo continuo, insensible, que se realizaba mediante la sucesión de innumerables e ínfimos progresos y adaptaciones, y con la ayuda de una perpetua competencia vital. La burguesía revolucionaria dio gustosamente por lógicas y normales todas las catástrofes, fuesen las que fuesen, la burguesía conservadora declaró irracional y antinatural semejante concepción.

No hay dudas de que no pretendo que las necesidades políticas de la burguesía revolucionaria hayan determinado a los naturalistas en sus sucesivas teorías. Los representantes de las teorías catastrofistas profesaban opiniones radicalmente reaccionarias y en absoluto revolucionarias. Pero el espíritu de clase en el que se vive influye sobre cada uno, sin que lo sospeche, y tiñe un poco sus convicciones científicas. Lo sabemos positivamente en el caso de Darwin: sus hipótesis sufren mucho las consecuencias de las ideas económicas de Malthus, adversario decidido de la revolución. Las teorías de la evolución nacieron en Inglaterra (Lyell, Darwin). Esto no se debe al azar: desde doscientos cincuenta años la historia de ese país se compone de impulsos revolucionarios; pero las clases dominantes siempre han sabido despojarlos a tiempo de su agudeza.

Una idea puede ser determinada por la opinión de las clases de las que emana; ello no prueba en absoluto que sea verdadera o falsa. Pero su éxito histórico depende de esa opinión. Las nuevas teorías sobre la evolución fueron adoptadas rápidamente y con entusiasmo por grandes masas populares a las que les estaba vedada toda posibilidad de verificarlas. El motivo es que esas teorías respondían a necesidades profundas de esas masas. Por una parte (y esto es lo que las hacía valiosas en las capas revolucionarias), suprimían mucho más radicalmente que las antiguas teorías catastrofistas la necesidad de reconocer una potencia sobrenatural que crease el mundo mediante actos sucesivos. Por otra parte (y esto es por lo que gustaban sobre todo a la burguesía), veían en toda revolución, en toda catástrofe, alguna cosa monstruosa, contraria a las leyes de la naturaleza, absurda. Cualquiera que hoy en día quiera combatir a la revolución en nombre de las ciencias se reclamará de la teoría de la evolución: en efecto, esta teoría muestra que la naturaleza no da saltos; toda modificación repentina de las condiciones sociales es imposible; el progreso solo es la suma de muy pequeñas modificaciones, de menudísimas mejoras, a las que se llama reformas sociales si se trata de la sociedad. Se dice que la revolución, considerada desde este punto de vista, es una noción anticientífica que solo provoca un encogimiento de hombros en la gente con cultura.

Se podría responder que, sin embargo, no conviene poner en el mismo plano a los procesos sociales y a los procesos naturales. La concepción que tenemos de unos influirá, inconscientemente, en los otros, como acabamos de ver. Pero esto no es una ventaja. Necesitamos mucho más restringir que favorecer el paso de una ley de una

esfera a la otra. Ciertamente, todo progreso en los métodos de observación, una comprensión más perfecta de los fenómenos en un dominio, puede traducirse en beneficio de nuestros métodos y conocimientos en otra esfera, y lo hará sin duda alguna; pero no es menos cierto que este orden de fenómenos no está sometido a leyes que se aplican en otro.

Ya es necesario distinguir rigurosamente la naturaleza inanimada de la naturaleza animada. Nadie soñará transportar pura y simplemente una ley válida para un orden de cosas a otro orden de cosas basándose en analogías externas. A nadie se le ocurrirá resolver los problemas de la reproducción sexual y de la herencia mediante leyes de combinaciones químicas. Pero se comete el mismo error aplicando directamente las leyes naturales a la sociedad cuando, por ejemplo, reclamándose de la lucha por la existencia, se proclama la necesidad natural de la competencia, cuando, apoyándose en leyes de la evolución natural, se rechaza y se declara imposible la revolución social.

Digámoslo mejor. Si las antiguas teorías catastrofistas han desaparecido de las ciencias naturales, las nuevas teorías que hacen de la evolución la suma de modificaciones ínfimas, insignificantes, tropiezan con objeciones cada vez más fuertes. Por una parte, se da una tendencia a las teorías quietistas, conservadoras, que incluso reducen la evolución a un mínimo; por otra parte, los hechos obligan a conceder en la evolución natural un lugar cada vez más grande a las catástrofes. Esta observación se aplica tanto a las teorías de Lyell sobre la evolución geológica como a las de Darwin sobre la evolución orgánica.

Se produce una especie de síntesis de las antiguas teorías catastrofistas y de las nuevas teorías evolucionistas semejante a la que el marxismo ya efectuó. El marxismo distingue entre la lenta evolución económica y el súbito cambio en la superestructura política y económica. Igualmente, muchas teorías modernas, tanto biológicas como geológicas, reconocen, además de la acumulación de modificaciones a veces ínfimas, cambios de forma repentinos, profundos, catástrofes que tienen su origen en la evolución más lenta.

Un ejemplo sobresaliente lo ofrecen las observaciones comunicadas por De Vries en el último Congreso de Ciencias Naturales celebrado en Hamburgo. Ha descubierto que las especies vegetales y animales se mantienen durante mucho tiempo sin sufrir modificaciones; unas desaparecen finalmente cuando han devenido viejas y no se han adaptado ya a las condiciones de existencia que han cambiado. Otras especies son más afortunadas: “explotan” de golpe, como dice él mismo, para dar nacimiento a numerosas formas nuevas, de las que unas se mantienen y multiplican y de las que otras desaparecen porque ya no están adaptadas a las condiciones de existencia.

No tengo la intención de sacar de estas observaciones una conclusión a favor de la revolución. Sería caer en el mismo error que si yo dedujese de la teoría de la evolución la imposibilidad de la revolución. Pero las observaciones que hemos señalado prueban, al menos, que los mismos naturalistas no están de acuerdo sobre el papel de las catástrofes en la evolución geológica u orgánica. Solo por este motivo sería ya peligroso deducir de cualquiera de sus hipótesis el papel que debe ejercer la revolución en la evolución social.

Si alguien se empeña en hacerlo responderemos con un ejemplo muy vulgar y que cada uno conoce; mostraremos de una forma palpable que la naturaleza también da saltos. Hablaré del nacimiento, del parto. En él se produce un salto. De un solo golpe, un feto, que constituye una parte del organismo de la madre, que comparte su circulación, que se alimenta de ella, que no respira, se convierte en un ser humano independiente, dotado de una circulación propia, que respira y grita, que se alimenta por sí mismo y evacua por el intestino.

Revolución y nacimiento proceden, pues, por saltos, por brincos. Pero la analogía de estos dos fenómenos se detiene ahí. Examinémoslos un poco más de cerca. Entonces nos convenceremos de que, en el nacimiento, esta transformación está a menudo limitada a las funciones. Los órganos solo se desarrollarán lentamente. Es preciso que su desarrollo haya alcanzado cierto grado; entonces es posible el salto que desbloquea sus nuevas funciones. Si este acontecimiento se produce antes de que ese desarrollo haya sido alcanzado, el resultado no es que comienzan las nuevas funciones de los órganos, aquellas se detienen por el contrario y el nuevo ser muere. Por otra parte, si el lento desarrollo de los órganos en el seno de la madre pudiese proseguir, aún le sería imposible comenzar sus nuevas funciones antes del acto revolucionario del nacimiento. Este deviene inevitable desde que los órganos han alcanzado cierto grado de desarrollo.

Si observamos la sociedad llegamos a la misma constatación. También en ella las revoluciones son el resultado de evoluciones lentas, progresivas. También en ella los órganos sociales se desarrollan lentamente. Lo que puede ser modificado enseguida, de un golpe, revolucionariamente, son sus funciones. Los ferrocarriles se desarrollaron poco a poco. Por el contrario, de un solo golpe puede transformarse un ferrocarril, que como explotación capitalista solo sirve para enriquecer a un grupo de capitalistas, en una empresa socialista al servicio exclusivo del bien común. Igualmente que en el nacimiento todas las funciones del niño deben ser revolucionadas simultáneamente (circulación de la sangre, respiración, digestión), también en el ferrocarril todas las funciones deben ser revolucionadas en conjunto de una sola vez: en efecto, todas ellas están estrechamente ligadas. No se las puede socializar sucesivamente, gradualmente; no se puede transformar hoy, por ejemplo, en funciones públicas las funciones del mecánico y del maquinista, algunos años más tarde las de los guardabarreras, después de algunos años más las de los cajeros y contables, etc. La cosa está clara en el caso de una línea de ferrocarril pero no es menos absurdo querer socializar gradualmente las diferentes funciones de un ferrocarril que querer hacerlo con las funciones de un ministerio en un estado centralizado. Un ministerio también es un organismo que tiene su unidad y cuyos órganos deben cooperar. Las funciones de uno de ellos no pueden modificarse sin que se modifiquen igualmente las de todo el resto. Es extraño pensar que la democracia socialista podrá conquistar sucesivamente las diversas secciones de un ministerio; es como, por ejemplo, querer dividir el alumbramiento en una serie de actos sucesivos, repartidos en diversos meses; en cada uno de esos períodos, un órgano particular pasaría del estado inferior que tiene el feto al estado más perfecto que se ve en el niño; el cordón umbilical ligaría el recién nacido a su madre hasta que hubiese aprendido a andar y hablar.

Así pues, una línea de ferrocarril, un ministerio, no pueden pasar gradualmente de la forma capitalista a la forma socialista. Pueden convertirse de órganos del capital en órganos de la clase obrera de una sola vez, en todos sus órganos simultáneamente. Sin embargo, esta transformación solo es posible si todos los órganos sociales han alcanzado cierto grado de desarrollo. Señalamos aquí que el caso es diferente si se trata de la sociedad o de un organismo maternal: para el primero es imposible establecer científicamente el momento en el que se ha alcanzado el grado de madurez necesario.

Por otra parte, el nacimiento no marca el fin del desarrollo de los órganos sino, por el contrario, el inicio de su nueva evolución. El niño queda colocado ante nuevas condiciones. Se crean nuevos órganos; los que ya existen continúan perfeccionándose. Salen los dientes, los ojos aprenden a ver, las manos aprehenden, las piernas andan, la boca habla, etc. Una revolución social no puede, pues, constituir el final de la evolución social; es el origen de un nuevo desarrollo. Una revolución socialista puede hacer pasar

una fábrica, propiedad capitalista, a la propiedad social de una sola vez. Pero solo gradualmente, en el curso de una evolución que prosigue lentamente, puede transformarse la fábrica en la que causa estragos un trabajo forzado, monótono, desagradable, en un lugar seductor en el que, gozosamente, el hombre ejerce su actividad. Una revolución socialista podría también hacer formar parte de la propiedad social de una sola vez a las grandes explotaciones agrícolas. Pero, por el contrario, en las regiones en las que reinan la pequeña explotación campesina hay que comenzar creando los órganos de una producción social, socialista: esto solo puede ser el resultado de una lenta evolución.

Lo hemos visto: la analogía entre el nacimiento y la revolución prosigue bastante ampliamente y solo prueba esto: uno se equivoca si, reclamándose de la naturaleza, afirma que la revolución social es necesariamente una cosa absurda, monstruosa. Pero ya hemos dicho que no tenemos derecho a deducir de los procesos naturales conclusiones que se apliquen directamente a los procesos sociales. No tenemos derecho en absoluto a proseguir, basándonos en esta analogía, y concluir de este modo: igual que todo animal debe pasar por una catástrofe para llegar a un grado superior de desarrollo (sufrir el nacimiento o romper la cáscara del huevo), igualmente una sociedad solo puede elevarse a un grado superior gracias a una catástrofe.

Capítulo III. Las revoluciones en la Antigüedad y en la Edad Media

Las analogías extraídas de la historia natural no nos autorizan a decidir si la revolución es o no una necesidad. Solo podemos zanjar la cuestión estudiando los hechos que nos ofrece la evolución social. Es suficiente con un simple vistazo para que se nos muestre que la revolución social, en el sentido estricto en el que la entendemos aquí, no es en absoluto la consecuencia necesaria de toda evolución social. Antes incluso de la aparición de los antagonismos de clase y del poder político, existía una evolución social. Pero en ese estado era, naturalmente, imposible una conquista del poder político, una revolución social.

Incluso después de que se constituyesen esos antagonismos de clase y el poder político, durante mucho tiempo todavía, no encontramos nada que responda a nuestra concepción de la revolución social ni en la Antigüedad ni en la Edad Media. Encontramos muchas agudas luchas de clase, numerosas guerras civiles y catástrofes políticas; pero vemos que ninguna de ellas ha llevado a una renovación profunda y durable de las condiciones de propiedad, ni, en consecuencia, ha instituido una nueva forma de sociedad.

En mi opinión, los motivos son los siguientes: en la Antigüedad, e incluso en la Edad Media, la comuna era el centro de la vida económica y política. Toda comuna formaba una comunidad autosuficiente en todos los aspectos esenciales. Sólo estaba unida al mundo exterior por lazos muy laxos. Grandes estados no eran más que aglomeraciones de comunas. Dominaba y explotaba al resto de comunas una dinastía, una comuna más poderosa. Cada una de esas comunas gozaba de una evolución económica propia que respondía a condiciones locales particulares. También todas ellas tenían sus luchas de clase especiales. En esa época, las revoluciones políticas solo eran revoluciones comunales. En primer lugar era imposible cambiar con una revolución política toda la vida social de una gran región.

En un movimiento social, cuanto más débil es el número de los individuos que participan en él, menos fuerte es la medida en que la masa se le une, y menos aún llega a prevalecer lo que tiene un carácter general, todo lo que se produce en virtud de una ley; domina lo fortuito, lo personal. La diversidad de las luchas de clases en las diferentes comunas no puede más que exagerar más ese fenómeno. Se hace imposible el conocimiento profundo de los objetivos, de las causas sociales de los movimientos de clases, todo lo que se produce en virtud de una ley, si las masas no intervienen en esas luchas, si lo fortuito y personal enmascaran todo lo que tiene un carácter general. Por muy grande que haya sido la filosofía griega, la economía científica seguía siendo para ella una cosa extraña. Aristóteles sólo ofreció intentos. En el dominio económico, los griegos y los romanos han producido sobre todo instrucciones prácticas de economía doméstica concernientes especialmente a las explotaciones agrícolas, tales como las que compusieron Varrón y Jenofonte.

Las causas sociales profundas de la situación de las diversas clases todavía se ignoraban. Las enmascaraban los actos de personajes aislados, los incidentes locales. Nada hay pues de sorprendente en que las clases oprimidas, cuando conquistaron el poder político, se sirviesen de él para apartar a determinadas personalidades, para abolir algunas instituciones locales. Nunca llegaron a instituir una nueva forma de sociedad.

Pero la lentitud de la evolución económica formaba la causa principal que entorpecía esos esfuerzos revolucionarios. Esa evolución continuaba sin que nadie se apercibiese. Campesinos, artesanos, todos ellos trabajaban siguiendo la costumbre de sus padres y de sus ancestros. Los procedimientos antiguos eran los únicos perfectos por haber superado sus pruebas. Si alguien intentaba alguna cosa nueva buscaba convencerse a sí mismo y al resto de que solamente volvía a una tradición olvidada. Los progresos de la técnica no hacían sentir la necesidad de nuevas formas de propiedad: únicamente consistían en los progresos de la división del trabajo social, en la división de una industria en diversas. Pero en cada una de las nuevas ramas se ejercía siempre, como en las antiguas, el trabajo del artesano, los medios de producción se mantenían insignificantes, era decisiva la habilidad manual. Junto a campesinos y artesanos encontramos grandes explotaciones (incluso industriales a fines de la Antigüedad), pero estaban confiadas a los esclavos que, como extranjeros, se mantenían fuera de la comunidad. Solo eran empresas de lujo que no podían desarrollar ninguna fuerza económica particular, salvo momentáneamente en épocas de grandes guerras que arruinaban la agricultura y hacían bajar el precio de los esclavos. De un régimen basado en la esclavitud no podía surgir una forma económica superior, un nuevo ideal social.

Las únicas formas de capital que se desarrollaron en la Antigüedad y la Edad Media son el capital usurero y el capital comercial. En determinados momentos, ambos podían provocar modificaciones económicas rápidas. Pero el segundo de ellos sólo puede favorecer la división de las antiguas industrias en otras más numerosas y acelerar el progreso de grandes empresas basadas en el trabajo servil. El capital usurero solo ejerció una influencia perturbadora en las formas de producción existentes, sin crear nuevas. La lucha contra el capital usurero y contra las grandes explotaciones agrícolas confiadas a los esclavos hizo nacer a veces luchas políticas que se parecen a revoluciones sociales de nuestra época. Pero aquellas luchas tenían por único objetivo el restablecimiento de un estado anterior; no tendían a una renovación social. Este fue el caso de la amortización de las deudas que Solón supo llevar a buen fin en beneficio de los campesinos de Ática. Lo mismo vale para los movimientos de campesinos y proletarios romanos a los que los griegos dieron su nombre.

A todas las causas (lentitud de la evolución económica, ignorancia de las relaciones sociales más profundas, dispersión de la vida política en numerosas comunas, todas ellas diferentes), venía a añadirse otra: en la Antigüedad clásica y en la Edad Media los medios para reducir a una clase naciente eran relativamente débiles. La burocracia no existía, al menos allí donde la vida política era activa y donde las luchas de clases se entablaban más enérgicamente. En el mundo romano, por ejemplo, la burocracia solamente se desarrolló en la época imperial. En las diversas comunas, las relaciones internas y las que mantenían con sus vecinos, eran simples, fáciles de vigilar y ese oficio no exigía conocimientos especiales. Las clases dominantes todavía no tenían apenas dificultad para encontrar en su seno a los funcionarios públicos necesarios. Por otra parte, la dominación venía acompañada de tiempo libre y este se dedicaba al arte, la filosofía y la política. Esas clases no se contentaban con reinar, también gobernaban.

Por otra parte, la masa del pueblo no estaba completamente indefensa. En los mejores tiempos de la Antigüedad clásica estaba en vigor el sistema de milicias. Cada ciudadano portaba armas. Era suficiente a menudo con una muy ligera modificación en el poder de las clases para, bajo esas condiciones, llamar al poder a un nuevo grupo de ciudadanos. Era difícil que los antagonismos tomaran un carácter agudo, lo bastante acusado al menos para que las clases oprimidas soñasen seriamente con derrocar completamente el orden existente; los grupos opresores no se aferraban con demasiada

obstinación a todos sus privilegios. Además, como ya hemos señalado, las revoluciones políticas tendían sobre todo a remediar inconvenientes aislados, a descartar a determinados personajes. También no era raro que los compromisos lograsen prevenir semejantes revoluciones.

De todos los grandes estados modernos, Inglaterra es el que, si no desde el punto de vista económico al menos sí en sus formas políticas, se ha mantenido más cercano a la Edad Media. La democracia y el militarismo se han desarrollado poco allí. Posee una aristocracia que no se contenta con reinar sino que gobierna. También, en ese gran estado moderno, los esfuerzos de las clases oprimidas se limitan a menudo a remediar males particulares y no atacan todo el sistema social. Es en el seno de ellas donde hay una inclinación sobre todo a prevenir las revoluciones mediante compromisos.

El armamento general del pueblo no favorecía, pues, las grandes revoluciones sociales. Pero, por otra parte, producía este resultado: para las causas más fútiles, las clases tenían el recurso a las armas. Los levantamientos violentos, las guerras civiles no faltaban en la Antigüedad ni en la Edad Media. A menudo las luchas son furiosas y llevan al exilio, a la expropiación e, incluso, a la masacre de los vencidos. Si se busca en la violencia el carácter de la revolución social no se dejará de encontrar muchos movimientos de esta especie en las épocas que nos han precedido. Pero si se piensa que solamente hay una revolución social cuando la conquista del poder político por una clase, oprimida hasta ese momento, derroca la superestructura jurídica y económica de la sociedad y, en particular, las relaciones de propiedad, entonces la cosa es muy diferente; no se descubrirán revoluciones sociales en esos períodos. El desarrollo social procede en ellas mediante brincos, por partes. No se concentra en algunas grandes catástrofes. Se fracciona hasta el infinito, parece carecer de coherencia y continuidad, no cesa de variar renovándose, prosigue inconscientemente. La mayor transformación social que vio la Antigüedad y la Edad Media, la abolición de la esclavitud en Europa, se produjo tan insensiblemente que los contemporáneos no cayeron en la cuenta; hoy en día es necesario reconstruir ese proceso con ayuda de hipótesis.

Capítulo IV. La revolución social del período capitalista

El aspecto cambia completamente desde el momento en que se desarrolla el modo de producción capitalista. Si quisiera exponer aquí su mecanismo y enumerar sus consecuencias, la empresa nos llevaría demasiado lejos; no haría, por otra parte, más que repetir lo que cada uno sabe. En breve, este modo de producción crea el estado moderno que pone fin a la independencia política de las comunas y distritos; por otra parte, su independencia económica deja de existir. Cada una de ellas se convierte en parte de un todo, pierde sus privilegios, su carácter especial, la nivelación es general, todas se ven sometidas a la misma legislación, a los mismos impuestos, a las mismas jurisdicciones y a la misma administración. El estado moderno también debe esforzarse en completar el resto de igualdades por la igualdad en la lengua.

La influencia ejercida por la autoridad pública sobre la vida social es completamente diferente de la que era bajo la Antigüedad y la Edad Media. En un gran estado moderno toda modificación política importante actúa profundamente sobre una esfera enorme, igualmente y al mismo tiempo. La conquista del poder político por una clase oprimida hasta entonces debe, pues, entrañar efectos sociales muy diferentes a las consecuencias que hubiese tenido en otros tiempos.

A continuación aumentaron en proporciones enormes tanto el poder como los medios de que dispone el estado moderno. La revolución técnica que comporta el capitalismo se extiende a la técnica de las armas de guerra. Desde la Reforma no dejan de devenir más perfectas, pero también más costosas. Se cuentan entre los privilegios de la autoridad pública. Este solo hecho es suficiente ya para separar al ejército de la nación, incluso si la obligación del servicio militar es general, cuando no está complementada por el armamento general del pueblo, lo que no es el caso en ningún gran estado. En todas partes los jefes militares son soldados profesionales, separados de la nación y que forman una casta privilegiada.

Pero el poderío económico, los medios económicos de los que dispone un estado moderno centralizado son, también, enormes si se los compara con las fuerzas de esta naturaleza que poseían los agrupamientos políticos anteriores. El estado moderno concentra la riqueza de un dominio enorme cuyos medios técnicos accesorios dejan muy lejos tras él a los de las civilizaciones más avanzadas de la Antigüedad.

Posee además una burocracia centralizada desconocida en otros tiempos. Los deberes del estado se han multiplicado tan escalofriantemente que es imposible ejercerlos sin una amplia división del trabajo y sin conocimientos profesionales muy extensos. El modo de producción capitalista priva a las clases dominantes del tiempo libre del que gozaban. Aunque no producen y viven de la explotación de las clases productoras, su parasitismo no es ocioso. Gracias a la competencia, a ese resorte de la vida económica actual, los explotadores se ven obligados sin cesar a entablar mutuamente los más extenuantes combates que amenazan a los vencidos con una completa destrucción.

Pero los capitalistas no tienen ni tiempo, ni tranquilidad, ni tampoco los conocimientos preliminares indispensables, para ocuparse en ciencia o arte. Incluso les faltan las condiciones previas a una participación regular en la administración de los asuntos públicos. Como el arte y la ciencia, este oficio ha dejado de ser ejercido por las

clases dominantes. Lo dejan en manos de asalariados, de burócratas. La clase capitalista reina pero no gobierna. Se contenta con comandar el gobierno. La nobleza feudal sufrió el declive cuando se convirtió en nobleza de corte, cuando se conformó con el mismo empleo. Pero lo que en ella fue producto de la corrupción, de la renuncia a sus funciones sociales, en la clase capitalista se deriva, por el contrario, de sus deberes sociales, pertenece a su esencia.

Cuando una clase goza de un poderío tan considerable puede mantenerse durante mucho tiempo después de haberse hecho superflua e incluso nociva. Y cuanto más fuerte es la autoridad pública, más se valdrá de ella, más obstinadamente de aferrará a sus privilegios y menos dispuesta estará a hacer concesiones. Pero asegurar así su dominación es darle más agudeza todavía a los antagonismos de clase, es conferirle un carácter tanto más violento a la catástrofe política cuando acabe por producirse. Los cambios radicales sociales que se derivarán de ello serán más profundos. La conquista del poder político por una clase oprimida se transformará en tanta mayor medida en una revolución social.

Pero al mismo tiempo, las clases en lucha ven cada vez más claramente las consecuencias sociales de sus luchas políticas. En el modo de producción capitalista, el movimiento del desarrollo económico se acelera excesivamente. La revolución económica preparada por la época de los descubrimientos continuó con la introducción de la máquina en la industria. Desde ese momento nuestra situación económica está sometida a un continuo cambio: todo lo que es antiguo desaparece rápidamente, las novedades se suceden en cortos intervalos. Lo viejo, lo tradicional, deja de ser garantía, respetable, intangible, y deviene sinónimo de imperfecto, insuficiente, desfasado. Esta manera de ver las cosas se extiende fuera de la vida económica, al arte, a la ciencia, a la política. Si antes uno se atenía a lo antiguo sin examen, ahora se lo rechaza de buen grado sin examinarlo, simplemente porque es antiguo, y la duración necesaria para envejecer y pasar de moda una máquina, una institución, una teoría, una tendencia en el arte, deviene cada vez más corta. Y si en otros tiempos se trabajaba con la conciencia de trabajar para la eternidad, con toda la dedicación que confiere esa conciencia, ahora se trabaja para el efecto fugaz del momento, como es sabido, y el trabajo se hace a la ligera. Así, nuestros productos, no es que rápidamente queden demodés, sino que efectivamente, al poco tiempo, quedan fuera de uso.

Lo nuevo es lo que observamos en primer lugar, lo que estudiamos más a fondo. Lo tradicional, lo corriente, parecen completamente naturales. Es verdad que los hombres han meditado mucho antes sobre los eclipses de sol que sobre el nacimiento y ocaso de este astro. Igualmente, los fenómenos sociales no han llamado vivamente la curiosidad mientras que eran tradicionales, naturales. Pero esta curiosidad tuvo que despertarse desde el momento en que la vida social presentó enormes novedades, cosas inauditas. Lo que provocó en primer lugar la observación científica en el siglo XVII no fue la economía feudal tradicional, sino el capitalismo naciente junto a ella.

Otro factor vino a estimular todavía más la ciencia económica: la producción capitalista es la producción en masa; el tipo de estado capitalista moderno es el gran estado. La economía moderna, como la política moderna, solamente se ocupa de *fenómenos de masas*. Pero cuanto más se multipliquen las observaciones de semejantes fenómenos, más sobresaldrá lo que contienen de general, de regular, y más se borrarán lo que tienen de individual, de fortuito, y más fácil será determinar las leyes a que obedecen. La observación en masa de los fenómenos sociales, hecha metódicamente, constituye la estadística; la sociología tiene su punto de partida en la economía política y su punto culminante en la concepción materialista de la historia; una y otra ciencia solo se hicieron posibles con el modo de producción capitalista. Solamente entonces las

clases pudieron tener plenamente conciencia de la importancia social de sus luchas, solamente entonces podían proponerse grandes objetivos sociales, que ya no fuesen sueños vacíos, vanos deseos, que se rompen contra la brutalidad de los hechos, sino que resultaban del conocimiento científico de lo que es económicamente posible y necesario. Este conocimiento científico puede en verdad ser erróneo, cierto, las conclusiones que deduce pueden ser ilusorias a menudo. Pero por grandes que puedan ser esos errores a veces, no pueden borrar el carácter de toda ciencia verdadera, el de tender hacia la síntesis de todos los fenómenos en un todo homogéneo. Así es como la sociología nos enseña que la sociedad entera forma un organismo homogéneo del que no se pueden modificar, separada y arbitrariamente, determinadas partes. La crítica teórica de las clases socialmente oprimidas no se dirige ya, de ahora en adelante, únicamente contra determinadas personas, contra determinadas instituciones, sino contra *toda la sociedad actual*, y gracias a ese conocimiento nuevo toda clase oprimida que conquista el poder político se ve empujada a derribar los mismos fundamentos de la sociedad.

La sociedad capitalista, que nació de la Revolución de 1789 y de las revoluciones subsecuentes, ya había sido concebida en sus líneas principales por los fisiócratas y sus sucesores ingleses.

Sobre esta diversidad entre el estado y la sociedad de hoy en día y las organizaciones de la Antigüedad y de la Edad Media descansa la diversidad en las formas de su evolución. En la Antigüedad y la Edad Media predomina el inconsciente: innumerables pequeñas comunas, en grados de desarrollo muy diferentes, se desgastan en luchas, rebeliones y conflictos locales permanentes a propósito de personas; ahora, en la sociedad de hoy en día, se afirma cada vez más la conciencia pública, se conoce el gran objetivo social hacia el cual se tiende, está establecido y propagado por una activa crítica científica. Las revoluciones políticas devienen más raras, pero tienen más amplitud y consecuencias sociales más importantes.

La Reforma, perteneciendo a la vez a los tiempos modernos y a la Edad Media, es la que realiza la transición de las guerras civiles antiguas y medievales a la revolución moderna, a la revolución social en el sentido que hemos indicado al principio de esta conferencia. La revolución de Inglaterra de mediados del siglo XVII se aproxima ya más a la revolución moderna; la gran revolución francesa de 1789 es el tipo clásico de la revolución social; las revoluciones de 1830 y 1848 solo son débiles ecos.

La revolución social, en el sentido empleado aquí, es para la sociedad y el estado capitalista un estadio particular de su evolución social. Este estadio no se presenta antes del capitalismo porque entonces el marco político era demasiado estrecho y la idea social estaba demasiado poco desarrollada. Desaparecerá con el capitalismo, puesto que este no puede ser vencido más que por el proletariado que, como clase inferior, deberá emplear su dominación en hacer desaparecer toda distinción de clase, y, en consecuencia, la condición previa de toda revolución social.

He aquí ahora un gran interrogante, un interrogante que nos agita profundamente hoy en día, porque tiene una gran influencia sobre nuestra conducta práctica del momento: ¿ha pasado ya o no el tiempo de la revolución social? ¿Están realizadas las condiciones políticas que permitirán pasar del capitalismo al socialismo sin revolución política, sin la conquista del poder político por el proletariado, o bien todavía debemos esperar una época de luchas decisivas por la posesión de este poder, una época de revolución? La idea de una revolución social es una de esas ideas caducas que solo obsesionan a los adoradores irreflexivos de concepciones completamente hechas o a los demagogos ávidos de los aplausos de las masas ignorantes y debe, por tanto, ser

rechazada por todo hombre honesto, observador sin prejuicios de los hechos sociales de nuestros días? He ahí la cuestión. Ciertamente es una cuestión importante; merece detenerse en ella.

Hemos visto que la revolución social es el producto de determinadas condiciones históricas previas. No solamente presupone antagonismos de clase excesivamente tensos, sino también un gran estado nacional que ha abolido todos los derechos particulares de las comunas y provincias, y que se desarrolla con su modo de producción nivelador de todo particularismo; además, hace falta una autoridad fortalecida por la burocracia y el militarismo, un conocimiento de la economía política, y un progreso económico acelerado.

Ninguno de esos factores de la revolución social se ha debilitado en estos últimos tiempos: todos ellos han ganado pujanza, por el contrario. Jamás la evolución económica ha sido más rápida. La ciencia económica, si no sigue profundizándose, se expande cada vez más gracias a la prensa. Jamás se ha dado tal difusión de las ideas económicas, jamás las clases dominantes y las masas populares han estado en condiciones tales para ver las consecuencias más lejanas de sus hechos y gestas. Por sí solo ello ya muestra que no será sin darnos cuenta como pasaremos del capitalismo al socialismo, que no podremos minar lentamente la dominación de las clases explotadoras, que estas no ignoran, que se pondrán a la defensiva y que emplearán todo el poder de que disponen para mantener al proletariado en un sojuzgamiento en aumento tanto en fuerza como en influencia.

Si bien jamás se ha tenido una idea tan clara de las relaciones sociales como hoy en día, no menos ha sido tan poderosa la autoridad; jamás sus recursos militares, administrativos y económicos han estado tan poderosamente desarrollados. De lo que resulta que, deviniendo el proletariado dueño del gobierno, será lo bastante fuerte como para emprender inmediatamente grandes reformas sociales, pero también resulta de ello que las clases actualmente dominantes podrán, con la ayuda del poder, prolongar su existencia y explotación de las clases trabajadoras todavía durante mucho tiempo después de que su necesidad económica haya cesado. Pero cuanto más se apoyen las clases dominantes en la máquina gubernamental, más se servirán de ella para explotar y oprimir y, por tanto, más aumentará la exasperación del proletariado contra ellas, más se avivará el odio de las clases y más encarnizamiento se empleará para apoderarse de esta maquinaria gubernamental. A lo que se ha objetado que en esta manera de ver las cosas no se tienen en cuenta los fenómenos sociales más recientes que muestran claramente que la evolución sigue otra marcha diferente. El antagonismo entre el proletariado y la burguesía, lejos de aumentar se debilita, y en todos los estados modernos hay bastantes instituciones democráticas que le permiten al proletariado ganar, si no el poder, si, al menos, un poder cada vez mayor y, en consecuencia, no es necesaria ninguna revolución social. Veamos hasta qué punto están fundamentadas estas objeciones.

Capítulo V. La atenuación de los antagonismos de clase

En primer lugar consideremos la primera objeción: “el antagonismo entre la burguesía y el proletariado se debilita”. Hago abstracción aquí de las crisis industriales cuyo decrecimiento se ha afirmado desde hace algunos años. Después, esta opinión ha sido tan violentamente contradicha por los hechos más evidentes, que puedo abstenerme de discutirla; por otra parte su refutación me llevaría demasiado lejos. No contribuiré más a prolongar los debates sobre una teoría de entre las más trilladas: la de los partidarios de la miseria creciente. Con un poco de habilidad, se puede si se quiere desarrollar hasta el infinito, pero entonces no se hace más acumular comentarios sobre la palabra “miseria”, no se constatan hechos precisos. Todos los socialistas admiten unánimemente que el modo de producción capitalista, abandonado a sí mismo, tiene como consecuencia un crecimiento de la miseria física. Pero también estamos convencidos de que, ya ahora, en la sociedad actual, la organización de la clase obrera y la intervención del estado son capaces de contener la miseria. Estamos de acuerdo, por fin, en pensar que se debe esperar la emancipación del proletariado no a causa de su creciente sojuzgamiento sino del aumento de su fuerza.

¿Aumenta el antagonismo entre la burguesía y el proletariado? Esta es otra cuestión. Primero que nada tenemos que examinar si aumenta el grado de explotación.

Hace ya más de una generación que Marx demostró que la explotación aumentaba y nadie, que yo sepa, ha probado todavía lo contrario. Para poder negar el hecho que el proletariado está cada vez más explotado será necesario haber comenzado por refutar *El Capital* de Marx.

Puede que se me objete que se trata en ese caso de alta teoría; pero que se admita como verdadera, como demostrado, solo lo que se puede tocar con la mano. No se me oponen leyes económicas sino datos estadísticos. A decir verdad, esas cifras no son fáciles de recopilar. Nadie ha intentado jamás establecer estadísticamente no solamente el total de los salarios sino, tampoco, el total de los beneficios. Una caja blindada es una fortaleza y el burgués más tímido, el más dócil, la defiende como un león contra cualquier incursión administrativa.

No por ello se ha dejado de intentar calcular cuál ha sido el crecimiento de los salarios y del resto de ingresos. Nos remitimos aquí a uno de esos estudios, el último fechado que sepamos. Su autor es A.-L. Bowley que ofreció en marzo de 1895 una conferencia al respecto en Londres ante la *Sociedad de Estadística* (insertada en el *Diario* de la sociedad, junio de 1895, páginas 224-285). Cogemos prestado de él la tabla de doble entrada nº1 de más abajo.

Este cuadro sugiere muchas reflexiones. Me parece demasiado optimista, y el total de los salarios aparece en él más considerable de lo que ha sido en realidad.

En el cálculo de ese total el autor no tiene en cuenta el paro; admite además que en la clase obrera los momentos importantes se mantienen iguales que en otros cuando el autor no puede establecer las variaciones. Como estadístico tiene derecho, sin duda, a actuar así; pero esos momentos cada vez se producen más en detrimento de las clases trabajadoras. Citemos por ejemplo la proporción entre el trabajo femenino y el trabajo masculino, entre el trabajo cualificado (skilled) y el trabajo no cualificado.

Tabla nº 1

Años	Total renta anual proveniente de los salarios		Renta no proveniente de los salarios			
			Sometedos a impuestos sobre la renta		No sometidos a impuestos sobre la renta	
	Montante en millones de libras esterlinas	% del total de la renta nacional	Montante en millones de libras esterlinas	% del total de la renta nacional	Montante en millones de libras esterlinas	% del total de la renta nacional
1860	392	47	376	45 y 1/3	64	72 y 1/3
1866	464	45	485	47	81	8
1870	486	44 y ½	521	48	85	7 y ½
1874	609	45 y ¼	635	47 y ¼	100	7 y ½
1877	591	43	652	47 y ½	130	9 y ½
1880	567	42	652	48 y ½	126	9 y ½
1883	609	42 y 2/3	696	49	122	8 y 1/3
1886	605	42	715	49 y ½	125	8 y ½
1891	699	43 y ½	782	48 y ½	130	8

Lo que es más grave es que el cálculo no se basa más que en algunas ramas de trabajo, todas ellas, salvo la de los obreros agrícolas, potentemente organizadas en sindicatos. Además, el autor admite sin pruebas que la situación de toda la clase obrera ha mejorado y ha seguido la misma suerte que la de los trabajadores organizados sindicalmente que, incluso en Inglaterra, comprenden como máximo a la quinta parte de toda su clase. No deja de tener interés examinar las variaciones de los salarios en esas diferentes categorías. El nivel del salario comparado al de 1860 (dándole a este el valor 100) es el siguiente (tabla de doble entrada nº 2):

Tabla nº 2

	1860	1866	1870	1874	1877	1880	1883	1896	1891
Obreros agrícolas	100	105	107	130	132	122	117	111	118
Obreros de la construcción	100	116	116	126	128	125	125	126	128
Industria del algodón	100	125	125	148	148	134	146	155	176
Industria de la lana	100	106	112	121	130	126	120	115	115
Industria de hierro	100	127	127	143	112	112	110	100	124
Construcción de maquinaria	100	108	110	124	123	120	127	126	126
Obreros del gas	100	115	120	125	128	128	130	130	149
Marineros	100	113	103	129	123	102	118	110	143
Mineros	100	¿?	100	150	115	100	115	100	150
Media	100	113	113	138	132	124	130	125	140

Como hemos visto, la elevación de los salarios en un 40% en el período de 1860 a 1891 que, según Bowley, atañe a toda la clase obrera de Inglaterra, no afecta incluso ni a toda la aristocracia del trabajo, a excepción de los obreros de la industria algodonera que en Inglaterra no pierden nada siendo conservadores y que son presentados como modelo por todos los soñadores de “paz social”. En 1891, la media solo ha sido superada por los obreros del gas, los marineros y los mineros. Los primeros son deudores de ese progreso en primer lugar por la política que, en las grandes ciudades, ha beneficiado a los trabajadores municipales con muchas mejoras. En el caso de los obreros del gas entran muy poco en consideración la competencia y explotación por el capital privado. Por otra parte, el alza de 1891 se debe, puede ser, a la influencia

del nuevo unionismo, que despertó tan vastas esperanzas para perderlas muy pronto bajo la arena. Más incluso que entre los obreros del gas, la elevación de los salarios en 1891 en el caso de los marineros y mineros, parece repentina, insólita, casi fortuita. En 1886 el nivel era el mismo que en 1860, en 1891 había subido en un 50%. No se puede decir de esta variación que sea un progreso seguro. Pero en el caso de los trabajadores de la construcción, de la lana y el hierro, el crecimiento de los salarios se mantiene desde 1860 muy inferior a la media. Bowley quiere hacernos aceptar, pues, que los salarios del conjunto de los obreros ingleses no organizados se ha elevado en un 40% mientras que, en el caso de los obreros del hierro, a pesar de su excelente organización, solo se han beneficiado de un 25% de aumento durante el mismo período.

Pero tomemos este cuadro tal como es. ¿Qué nos muestra? A pesar del optimismo tan extraordinario que preside su confección, los salarios suponen una parte continuamente decreciente de la renta nacional. De 1860 a 1874 constituían de media el 45% de aquella; de 1877 a 1891, el 42 y 2/3 solamente. A falta de cifras mejor establecidas, sea la suma de la renta no proveniente de los salarios y sometida al impuesto igual a la masa de la plusvalía, en 1860 esta plusvalía era todavía inferior en 320 millones de marcos

Al total de los salarios. En 1891, por el contrario, superaba ya a esa última suma en 1.600 millones de marcos.

He ahí lo que indica un crecimiento verdaderamente considerable de la explotación. La tasa de la plusvalía, es decir el grado de explotación del obrero, habría pasado, pues, del 96 al 112 por cien durante ese período. De hecho, y según las cifras de Bowley, en esa proporción habría aumentado la explotación que golpea incluso a los trabajadores organizados en sindicatos; la que pesa sobre la masa de los obreros no organizados debe haber aumentado mucho más aún.

No atribuimos un valor exagerado a esos datos. Pero si prueban algo, hablan a nuestro favor, no desmienten en nada nuestra hipótesis: la explotación de la fuerza de trabajo se ha agravado y Marx, siguiendo otra vía, estudiando las leyes dinámicas del modo de producción capitalista, lo ha demostrado de tal forma que, hasta el presente, toda refutación ha sido imposible. Ciertamente que se nos dirá: concedemos que la tasa de explotación aumenta. Pero los salarios suben, si bien no en la misma medida que la plusvalía sin embargo. ¿Cómo experimentará el trabajador esta agravación? No es patente: únicamente amplias investigaciones pueden sacarlo a la luz. Las masas trabajadoras no practican la estadística; no reflexionan sobre las teorías del valor y de la plusvalía.

La cosa es posible. Y sin embargo tenemos un medio para darnos cuenta de la elevación del grado de explotación. La manera de vivir de la burguesía ha mejorado a medida que crece la masa del beneficio. Pero no hay muros de separación entre las clases. El bienestar en aumento pasa poco a poco de las clases superiores a las capas inferiores. También despierta en ellas nuevas necesidades, hace nacer nuevas pretensiones y el salario que solo sube lentamente no basta para satisfacerlas. La burguesía chilla porque las clases inferiores no valoran la antigua simplicidad, se indigna por su nueva avidez. Pero olvida que si las clases inferiores aumentan sus pretensiones es porque las clases superiores han mejorado su modo de vida; es su ejemplo lo que despierta la avidez de las capas inferiores.

Ese progreso es mucho más rápido en el caso de los burgueses que en el de los proletarios. Podemos darnos cuenta de ello a cada paso que demos. Las casas obrera no han mejorado mucho desde hace 50 años, mientras que hoy en día el apartamento de un burgués es fastuoso si se lo compara con una residencia burguesa ordinaria de aquella época. Un vagón de tercera clase actual y un vagón de hace 50 años no difieren mucho

en su disposición interior. Pero comparad un compartimento de primera clase de la mitad del siglo XIX con una berlina de uno de nuestros trenes de lujo. No creo que los marineros de un transatlántico estén mucho mejor alojados que hace ahora 50 años, pero el lujo que se despliega en el transatlántico en el salón de pasajeros habría sido inaudito en aquellas fechas, incluso en un compartimento de recreo principal.

No nos extenderemos más ampliamente sobre la elevación del grado de explotación del proletariado. ¿Pero este factor económico no estará compensado por la aproximación política de las clases que se efectúa cada vez más? ¿Acaso desde el punto de vista político y social la burguesía no reconoce cada vez más su igualdad con el obrero?

Ninguna duda al respecto. El proletariado ve crecer rápidamente su crédito.

En su ascenso económico es superado por la burguesía, asimismo no dejan de desarrollarse su descontento y deseos. Pero, por el contrario, el desarrollo rápido e ininterrumpido del proletariado en el dominio intelectual y moral puede que sea el fenómeno más sorprendente de estos cincuenta últimos años.

Todavía hace ahora unas décadas el nivel del proletariado era tan bajo que los mismos socialistas temían su victoria, teniendo miedo de que dicha victoria no tuviese las más funestas consecuencias para la civilización. Después de 1850, Rodbertus escribía:

“El peligro que nos amenaza más que una invasión de bárbaros nace esta vez en el mismo seno de la sociedad, extermina el hogar de la civilización y la riqueza”.

En aquella época, Henri Heine declaraba que el futuro pertenecía a los comunistas: “Confieso que el futuro pertenece a los comunistas, pero lo hago con un tono de aprehensión, del más vivo temor, y por desgracia no se trata en absoluto de una argucia. De hecho, sólo con terror y temblando pienso en la época en la que esos salvajes iconoclastas llegarán al poder; romperán con sus manos encallecidas todas las imágenes de la belleza,” etc.

Se sabe que ha sucedido de forma completamente diferente. No es el proletariado el que pone hoy en día en peligro a la civilización moderna. El comunismo es precisamente el apoyo más seguro de la ciencia y el arte, y los comunistas han combatido a su favor en numerosas ocasiones y de la forma más decidida.

El temor que reinaba en todo el mundo burgués tras la caída de París, tiende a disiparse rápidamente. Se temía que el proletariado victorioso se estableciese en nuestra civilización como los vándalos de las invasiones para fundar sobre un cúmulo de ruinas un imperio de una ascética barbarie.

Esta aprehensión desaparece pues, y puede ser que lo haga en parte porque los intelectuales burgueses le conceden cada vez más sus simpatías al proletariado y al socialismo.

Igual que el proletariado, la clase de los intelectuales es también una de las particularidades del modo de producción capitalista. Más arriba ya lo he señalado: este modo ocupa tanto a las clases dominantes que ya no les queda ni el gusto ni el tiempo libre para asegurar la administración de los asuntos públicos o para consagrarse a las artes y las ciencias, como lo hacían la aristocracia ateniense o la clerecía en los mejores tiempos de la Iglesia Católica. La actividad intelectual más elevada, reservada en otros tiempos anteriores a las clases dominantes, se ha abandonado hoy en día a los trabajadores asalariados, y el número de esos funcionarios, ingenieros, artistas, sabios de profesión, no cesa de crecer rápidamente.

Forman la clase de lo que se llama los “intelectuales”, la “nueva clase media”. Pero esta se distingue sobre todo de la antigua burguesía por la ausencia de una conciencia de clase especial. Algunas de esas capas poseen una determinada conciencia

profesional, de estado, y sobre todo cierta vanidad profesional, pero los intereses son demasiado especiales para que puedan dar nacimiento a una conciencia de clase común. Sus miembros se alinean con las clases y partidos más diferentes; les suministran sus defensores intelectuales. Unos combaten por los intereses de las clases dominantes al servicio de las cuales muchos intelectuales tienden a entrar como profesión. Otros han hecho suya la causa del proletariado. Pero la mayoría de ellos se han mantenido hasta ahora en el círculo de ideas de los pequeñoburgueses. Mucho de ellos tienen su origen en la pequeña burguesía; además, su situación en la sociedad tiene analogía con la de la pequeña burguesía, forman una clase intermedia entre el proletariado y las clases dominantes.

Son esas capas las que, como hemos señalado más arriba, rinden cada vez más testimonio de simpatía hacia el proletariado y el socialismo. No tienen intereses de clase precisos, por su profesión son muy accesibles a los puntos de vista científicos; también pueden muy bien ser arrastradas a determinados partidos políticos por consideraciones intelectuales. La bancarrota teórica de la economía burguesa, la superioridad teórica del socialismo, deben forzosamente manifestarse. Los intelectuales sienten también que las otras clases tratan de apoderarse siempre de la ciencia y el arte; además, comparado sobre todo con la decadencia del liberalismo, el éxito, el irresistible progreso de la democracia socialista se le impone a más de uno. La simpatía hacia los obreros y el socialismo se populariza entre la gente instruida. Puede que no exista salón en el que uno no tropiece con uno o varios socialistas.

Si esos círculos de hombres cultivados significasen la burguesía, sin duda tenemos la partida ganada y la revolución social sería superflua. Se podría muy bien arreglarlo amigablemente con ellos; la evolución lenta, silenciosa, no tiene que temer de su parte ningún impedimento violento.

Pero ellos solo son una parte de la burguesía. Ciertamente, escriben y hablan en su nombre, pero no determinan su acción. Se juzga a una clase por sus actos y no por sus palabras.

Además, esta fracción de la burguesía que rinde testimonio de simpatías proletarias forma la parte menos apropiada para el combate y la menos combativa.

Cierto que en otros tiempos, cuando incluso en la masa de la gente cultivada el socialismo era censurado como un crimen, como una locura, los elementos burgueses solo podían acudir al movimiento socialista rompiendo con todo su mundo. Quien abandonaba entonces las esferas burguesas para marchar hacia el socialismo necesitaba para hacerlo una energía, una pasión y convicción revolucionarias mucho mayores de las que le hacían falta a un proletario. Y, de modo general, esos elementos eran los miembros más revolucionarios del partido y mantenían las ideas más radicales.

Hoy en día la cosa es muy diferente: el socialismo es aceptado en los salones, ya no se necesita una energía particular, ya no es necesario romper con la sociedad burguesa para llevar el nombre de socialista. No hay nada de sorprendente pues en que estos recién llegados se mantengan imbuidos de las ideas y sentimientos tradicionales de su clase.

Pero los métodos de combate de los intelectuales son diferentes de los del proletariado. Este último debe oponer a la riqueza y la fuerza de las armas el poder del número y el conjunto de sus organizaciones de clase. Los intelectuales representan un número insignificante y están desprovistos de toda organización de clase. Su única arma es la persuasión mediante la palabra y el escrito, la lucha entablada con las "armas morales", con la ayuda de la "superioridad moral"; los socialistas de salón quisieran, a buen seguro, ver cómo se deciden así las luchas de clases, las luchas proletarias. Se declaran prestos a concederle al proletariado su asistencia moral, pero a condición de

que renuncie a la violencia, no solamente allí donde esta carece de esperanza (los proletarios la abandonan igualmente en esos casos), sino incluso cuando el éxito es probable. También intentan desacreditar la idea de revolución, presentarla como un medio ineficaz. Se esfuerzan en desgajar del proletariado un ala reformista. Realizan, pues, una obra de división y debilitamiento.

Tal es hasta el presente el único resultado producido por ese comienzo de conversión de los intelectuales al socialismo.

Junto a esta “nueva clase media”, la antigua, la pequeña burguesía, continúa vegetando. En otros tiempos formaba la espina dorsal de las revoluciones. Combativa, adecuada para la lucha, cuando las circunstancias le eran favorables, se alzaba gustosamente contra toda sujeción, contra toda explotación, contra la burocracia y el militarismo, contra los privilegios de la feudalidad y del clero. Formaba el núcleo de las tropas de la democracia burguesa. Una parte de la nueva clase media ofrece hoy en día muestras de benevolencia hacia el obrero; igualmente en otros tiempos también la pequeña burguesía rendía testimonio de una gran simpatía hacia el proletariado, actuaba de concierto con él, le ofrecía y recibía de él ánimos morales y fuerzas materiales. Pero, antigua o nueva, la clase media siempre es un aliado poco seguro: los motivos radican en su posición intermedia entre las clases explotadoras y las clases explotadas. Como Marx ya señaló, el pequeño burgués no es completamente un proletario, pero no es tampoco en absoluto un burgués. Según la situación, tiene conciencia de ser ahora uno, ahora el otro.

Esta posición falsa, doble, tiene como efecto dividir a la pequeña burguesía en dos fracciones. Determinadas secciones de ella se identifican con el proletariado, las otras se unen a los adversarios de este.

La pequeña industria está condenada a desaparecer, su decadencia prosigue fatalmente. Pero se manifiesta diversamente, lentamente, en la reducción de las explotaciones, rápidamente en su ruina. Algunos de sus propietarios caen en la completa dependencia del capital, ya no son más que obreros a domicilios, asalariados que en lugar de trabajar en la fábrica ejercen su oficio en su casa. Otros pequeñoburgueses, comerciantes o posaderos, se mantienen independientes, pero toda su clientela se encuentra entre las clases trabajadoras. Su existencia está absolutamente ligada a la prosperidad o miseria del trabajador. Esas diversas categorías se alinean cada vez más con el proletariado militante.

Por el contrario, es diferente, primero en las capas de la pequeña burguesía que todavía no han caído completamente bajo la dominación del capital, que están en vías de hacerlo o corren hacia la ruina, después en aquellas que buscan su clientela fuera de las clases proletarias. No esperan ya restablecerse con sus propias fuerzas, lo esperan todo de arriba, de las clases superiores y de los poderes públicos. Cualquier progreso les amenaza; así, son hostiles a todo progreso, en cualquier terreno que se anuncie. La servidumbre, la necesidad de reacción, hacen de ellas los esbirros gustosos e incluso los defensores más fanáticos de la monarquía, de la Iglesia y de la nobleza. No dejan de ser democráticas: las formas democráticas son las únicas que les permiten, en efecto, ejercer una influencia política y obtener la asistencia de los poderes públicos.

En esta división de la pequeña burguesía es donde la decadencia de la democracia burguesa tiene su principal causa. Determinadas de sus fracciones se giran hacia la democracia socialista proletaria, las otras hacia la democracia reaccionaria que ofrece los más variados aspectos, antisemitismo, nacionalismo, democracia cristiana, subdivisión del partido conservador y del centro, pero siempre presenta el mismo contenido.

Esta democracia reaccionaria ha cogido prestado del pensamiento socialista sus razonamientos y argumentos: se ha podido creer al principio que solo formaba una transición particular del liberalismo a la democracia socialista. Hoy en día, cada uno puede ver cómo esta doctrina es insostenible. La democracia socialista no tiene enemigo más exasperado que la democracia reaccionaria. La primera debe favorecer, en efecto, todo progreso, ya sirva por otra parte directamente o no a los intereses del proletariado; por el contrario, oponerse a cualquier progreso, cuando muy bien incluso no amenaza directamente a la pequeña burguesía, es la esencia de la segunda. Si la democracia socialista es el partido más favorable al progreso, este no tiene mayor adversario que la democracia reaccionaria; esta es el último aliado, en efecto, del odio que todos los partidos reaccionarios tienen contra la civilización, la libertad de espíritu que ofrece a la ignorancia más grosera todo lo que supera la estrechez de su horizonte. Además, considerados como explotadores, los pequeños burgueses solo pueden prolongar su existencia abusando de las fuerzas de trabajo más débiles, las menos susceptibles de defensa: las mujeres y los niños. Naturalmente que por ello tropiezan con la oposición de la democracia socialista, que se esfuerza mediante la organización y la legislación en obstaculizar esta salvaje destrucción de vidas humanas.

Así, y en la medida en que no se alinea con la democracia socialista, la pequeña burguesía se convierte de aliada, de elemento de conciliación entre la clase obrera y las clases superiores, en un enemigo exasperado del proletariado. Lejos de atenuarse, los antagonismos se envenenan tanto como uno pueda imaginarse; y este fenómeno sigue una progresión rápida: solo hace algunos años que, en efecto, se manifestó suficientemente para convertirse en objeto de claras observaciones.

Lo que hemos dicho de la pequeña burguesía se aplica también, excepto ligeras modificaciones, al campesinado. Este se divide también en dos campos, uno que comprende a los elementos proletarios y otro a los propietarios. Es nuestro deber favorecer ese proceso de escisión educando al primero de esos elementos sobre sus intereses que están en consonancia con los del proletariado, y conduciéndolo así a la democracia socialista. Pero obstaculizamos esa evolución ignorándola, y dirigiéndonos a toda la población campesina sin distinción de clase. Por esencia, la democracia reaccionaria nos es tan hostil en la ciudad como en el campo, aunque no tenga conciencia tan clara de este antagonismo. La liga agraria no constituye un estadio de transición, no supone para los campesinos un pasaje de los antiguos partidos, del partido del centro en particular, a la democracia socialista. Los camaradas que lo creen, se ilusionarían tanto como los que, en las ciudades, esperan el mismo efecto del antisemitismo. El gran campesino, el campesino medio, ya odian a nuestro partido porque lucha a favor de que el trabajador vea disminuir su tiempo de trabajo y aumentar su salario. Esto es animar potentemente al obrero agrícola a emigrar a las ciudades y dejar en el campo al campesino.

También en el campo se acusan los antagonismos entre los poseedores y los proletarios.

Nuestra observación se aplica aún más al conflicto que opone al gran propietario terrateniente con el asalariado agrícola que al antagonismo que enfrenta a este último con el campesino.

En la gran explotación agrícola, el proletariado ejerce un papel mucho más importante que en la explotación campesina. Para él, la elevación del precio de las subsistencias tiene una importancia completamente diferente que para el campesino que consume él mismo una parte de sus productos. El antagonismo entre el productor y el consumidor de medios de subsistencia no es el mismo que entre el obrero y el explotador; se remite al antagonismo entre la ciudad y el campo. Pero, en la ciudad, los

proletarios forman hoy en día la clase más numerosa, la más apropiada para la lucha, la más combativa; y el vendedor de productos alimenticios está aquí frente al más enérgico de sus enemigos: el proletario.

Nada pues de sorprendente hay en que, hoy en día, el terrateniente haya cambiado de sentimientos respecto al obrero industrial. En otros tiempos las luchas entre los capitalistas industriales y sus obreros lo dejaban indiferente. Si las seguía, los fracasos de los patronos le procuraban una maligna alegría y daba muestras de cierta simpatía hacia los proletarios. El obstáculo para él no era el trabajador sino el capitalista que pedía derechos de protección allí donde le fallaba el libre cambio, y que, por el contrario, veía en la renta de la tierra un perjuicio causado al beneficio y buscaba arrancarle el monopolio de los altos empleos en el ejército y en la burocracia.

Ahora es diferente; han pasado los tiempos en las que los tories e hidalgos, Disraeli, Rodbertus, Vogelsang, simpatizaban con los obreros. Igual que la pequeña burguesía, igual que la sección campesina de los grandes y medianos propietarios, la gran propiedad terrateniente deviene cada vez más hostil a los trabajadores.

¿Pero y la clase capitalista? Su importancia es hoy en día decisiva. ¿Da pruebas como los intelectuales de, al menos, un poco de simpatía hacia los obreros?

Siento decirlo, pero no veo nada semejante.

Cierto, la clase capitalista también cambia; no siempre sigue semejándose a sí misma. ¿Pero cuál es entonces la modificación más importante que ha sufrido en estas últimas décadas?

Por una parte, encontramos la atenuación, e incluso a veces la completa abolición de la competencia entre los capitalistas de una misma rama de la industria y en un mismo país, gracias a las uniones de empresarios, cárteles y trust. Por otra parte, observamos la agravación de la competencia internacional traída por la entrada en escena de nuevas grandes potencias capitalistas, Alemania y Estados Unidos.

Las uniones de capitalistas suprimen en beneficio de sus miembros la competencia no solamente frente a los compradores de sus productos, sino, además, frente a sus obreros. El trabajador ya no se ve en presencia de una cantidad de compradores de su fuerza de trabajo: uno solo los reemplaza. No necesitamos mostrar más detalladamente cómo este método aumenta la superioridad de los patronos pero, por el contrario, agrava más el antagonismo entre los explotadores y los explotados.

Según el último censo de los Estados Unidos de 1890 a 1900 los salarios han disminuido en términos absolutos en la industria norteamericana. Si el hecho es exacto, probablemente no nos equivocaremos si vemos en esa bajada un efecto de los cárteles y trust.

Pero la agravación de la competencia extranjera actúa igualmente en el mismo sentido. Aquí también esta evolución prosigue no solamente en detrimento del consumidor sino del obrero. Los derechos protectores que favorecen por su parte la constitución de sindicatos capitalistas provocan el encarecimiento de las mercancías y, por otra parte, los capitalistas tratan de luchar contra la competencia extranjera exagerando la explotación del trabajador. Por ello atacan con tanta dureza a las organizaciones obreras de combate, políticas o corporativas, que les plantean obstáculos.

Aquí tampoco hay atenuación, sino agravación de los antagonismos de clase.

A estos dos órdenes de hechos viene a añadirse un tercero: el capital industrial tiende a confundirse cada vez más con el capital-dinero, con las altas finanzas. El capitalista industrial es un patrón que posee una empresa de producción (entendiendo esto en el sentido más amplio e incluyendo los transportes) en la que explota a los asalariados y extrae de ellos su beneficio. El capitalista financiero es, por el contrario, el

antiguo usurero bajo una forma más moderna. Saca sus rentas de su dinero prestándolo a interés, no solamente como en otros tiempos a particulares en necesidad, sino a empresarios capitalistas, a las comunas, a los estados, etc.

Al capitalista industrial lo separa del financiero un antagonismo muy acusado, análogo al que enfrenta al primero con el gran propietario terrateniente. Igual que la renta de la tierra (arrendamiento, alquiler), el interés pagado por un capital prestado constituye una substracción operada sobre el beneficio de empresa. Estas dos especies de capitales tienen pues aquí intereses contrarios. Desde el punto de vista político, las direcciones no son menos divergentes. El gran propietario terrateniente toma partido hoy en día a favor de un poder lo más fuerte posible y monárquico: como nobleza de toga, piensa poder ejercer su influencia personal sobre el monarca y a través de él sobre el gobierno. Le gusta el militarismo con locura: en efecto, este le abre a sus hijos la carrera de oficial para la que los hijos del burgués parecen menos adecuados. También recomienda sin cesar una política violenta tanto en el interior como en el exterior. Las altas finanzas también están muy predispuestas a favor del militarismo, de un gobierno fuerte, de una política de violencia. No tienen nada que temer de un poder fuerte, independiente del parlamento y del pueblo: dominan con sus influencias personales ejercidas en la corte, y, por otra parte, el poder es su deudor. Los hombres del dinero no ven con indiferencia el militarismo, las guerras, las deudas públicas, no solamente como acreedores, sino, además, como proveedores del estado; pues de ello resultan aumentadas tanto la esfera de su influencia como la de su explotación, su poder y su riqueza.

En el caso del capital industrial es diferente; militarismo, guerras, deudas públicas, subida de impuestos, a lo que hay que contribuir ampliamente o que al menos aumentan los costes de producción. Además, la guerra es la señal de un paro en la producción y en la circulación de las mercancías, embargos comerciales y a menudo la ruina. Si el financiero es temerario, disipador y violento, el industrial es ahorrador, perezoso y pacífico. Un poder fuerte le inspira alguna desconfianza: sabe, en efecto, que no podrá actuar directamente sobre él. Sus intereses exigen no un gobierno fuerte sino un parlamento fuerte. Al contrario pues que la gran propiedad terrateniente y las altas finanzas, la burguesía industrial se inclina hacia el liberalismo, con el que comparte la estrechez de miras. Si, por una parte, la renta de la tierra, el interés, los impuestos restringen sus beneficios, por otra parte el proletariado en ascenso amenaza todo el sistema económico basado en el beneficio. Pero frente al proletariado, y cuando este no le parece demasiado amenazador, prefiere, en lugar de abatirlo brutalmente, emplear los métodos pacíficos; divide para reinar, corrompe y encadena mediante establecimientos de beneficencia, etc. Cuando la clase obrera no se ha constituido todavía en partido independiente, el capital industrial se sirve de ella gustosamente como si fuera un carnero, como ganado electoral para acrecer su propio poderío político. Para el socialismo pequeñoburgués, el antagonismo entre el capital industrial y el proletariado es menos acusado que la oposición entre el beneficio de empresa, por una parte, y la renta de la tierra y el interés por otra; para él, la solución de la cuestión social está en la supresión del interés y de la renta de la tierra.

Pero la oposición entre las finanzas y la industria se atenúa cada vez más: gracias a los progresos en la concentración de capitales, la primera se hace más y más dueña de la segunda. Lo que contribuye mucho a ello es el reemplazamiento progresivo de los empresarios privados por las sociedades por acciones. Optimistas bien pensantes ven en ello un medio para democratizar al capital y, así, cambiarlo, pacífica e insensiblemente, en propiedad nacional. De hecho, es el medio para que las clases medias e inferiores transformen en capital-dinero todo el dinero que no gastan

inmediatamente en el consumo; es el medio de ponerlo a disposición de los grandes financieros y permitirles de ese modo restringir el número de capitalista industriales; es el medio de las finanzas para aumentar la facultad de concentrar la industria en manos de algunos hombres del dinero. Sin el régimen de las sociedades por acciones, los grandes financieros no hubiesen podido gobernar más que las explotaciones que hubiesen comprado con su propio dinero. Gracias a este sistema llegar a colocar bajo su dependencia a numerosas empresas que no pueden comprar por falta de fondos y acelerar así su adquisición. Todo el fabuloso poderío de un Pierpont-Morgan y Compañía, que en los Estados Unidos ha reunido, en el espacio de algunos años, en una sola mano numerosos ferrocarriles, minas, casi todas las fábricas siderúrgicas, y ha monopolizado las más importantes líneas de transportes transatlánticos, (toda esa repentina conquista de la industria y el comercio de los países civilizados más importantes, sería imposible sin las sociedades por acciones.)

Según el *Economist* de Londres, cinco hombres, J. D. Rockefeller, E. H. Harriman, J. Pierpont-Morgan, W. R. Vanderbilt y G. D. Gould, poseen en conjunto más de 3.000 millones de marcos. Pero los cinco juntos gobiernan un capital de más de 30.000 millones de marcos, mientras que el capital de bancos, ferrocarriles y sociedades industriales de los Estados Unidos se eleva a 70.000. Así, gracias a un sistema de sociedades por acciones, gobiernan casi la mitad de este capital del que depende a su vez toda la vida económica de la Unión.

Y como siempre, la crisis, que no dejará de estallar en Estados Unidos, expropiará a los pequeños accionistas y extenderá y asegurará la propiedad de los grandes.

Pero cuanto más se apodera el capital financiero de la industria, más adopta también el capital industrial los métodos del primero. Para el patrono que vive al lado de sus obreros, estos son todavía hombres. Su prosperidad y su miseria no pueden dejarle completamente indiferente si no está completamente endurecido. Para el accionista solo existe el dividendo, los obreros solo son las cifras de un problema aritmético, pero de un problema en cuyo resultado está poderosamente interesado, que puede aportarle bienestar, más poder o forzarlo a reducir y rozar incluso la degradación social. Así se desvanece el resto de consideración que pudiese mantener el capitalista hacia el obrero.

El capital financiero es el que más se inclina a la violencia. Es ese capital el que se une más fácilmente a los monopolios y obtiene así un poder ilimitado sobre la clase obrera, es ese capital el que elimina, por fin, al capital de los empresarios particulares y manda cada vez más sobre toda la producción capitalista.

También aquí la conclusión general es: agravación de los antagonismos sociales.

Pero Inglaterra, se me objetará. ¿No encontramos allí una atenuación gradual de su agudeza? ¿No dijo ya Marx que era la tierra clásica del modo de producción capitalista y que nos mostraba por adelantado nuestro propio destino? ¿El estado actual de Inglaterra no es aquel al que estamos condenados a llegar?

Los devotos de la paz social siempre nos envían a ese país. Cosa notable: es precisamente la misma gente que no reprocha, a nosotros marxistas ortodoxos, que mantengamos obstinadamente toda propuesta de Marx, la que piensa abatirnos aquí definitivamente con la frase de Marx que acabamos de citar.

De hecho, las condiciones han cambiado mucho desde la época en la que Marx componía *El Capital*. Inglaterra ha dejado de ser la tierra clásica del capitalismo. Su desarrollo se ralentiza cada vez más; otras naciones, Alemania, Estados Unidos, no cesan de superarla y la relación comienza a invertirse. Inglaterra no nos muestra nuestro porvenir pero nuestro estado económico ya puede indicarle cuál será su destino en el

modo de producción capitalista. He ahí lo que el estudio de las condiciones reales enseña a esos marxistas “ortodoxos”, que no se contentan con repetir ciegamente todo lo que Marx dijo, sino que aplican su método e intentan, así, comprender el presente.

Inglaterra era la tierra clásica del capitalismo: allí llegó a prevalecer por primera vez el capital industrial.

El capitalismo industrial triunfó, ganando desde el punto de vista económico no solamente al resto de clases del país sino, también, al extranjero. También pudo desarrollar lo más libremente posible en el mundo todas esas características que le son particulares y que he determinado precedentemente. Renuncia a mantener bajo su yugo, mediante la violencia, a las clases trabajadoras; prefiere seguir una vía pacífica, se esfuerza en dividir al proletariado concediéndole privilegios políticos a sus fracciones más poderosas, a las mejor organizadas, y buscando así corromper y ganar a sus jefes, lo que logra demasiado a menudo. Renuncia a toda violencia externa: paz y libre cambio, tal es su consigna. Adopta una actitud pacífica ante los boers, e incluso hace amagos de querer reparar, por fin, el crimen secular de Inglaterra y concederle a Irlanda la autonomía.

Pero entretanto, la competencia extranjera se ha hecho poderosa, incluso demasiado poderosa. Esta competencia obliga a los capitalistas a suprimir en el interior todos los obstáculos presentados a la explotación del obrero, y fuerza, por otra parte, a asegurar los mercados con la violencia. Al mismo tiempo, las altas finanzas exageran aún más las prácticas usureras que aplican al proceso de producción. Desde que se produjeron todos esos fenómenos, Inglaterra ha cambiado mucho. “El espíritu de la época [constataban B. y S. Webb en la *Soziale Praxis* (20 de marzo de 1902)] se ha pronunciado, en estos últimos años, contra la práctica del “self-help” corporativo que caracterizaba a la generación anterior en las relaciones entre empleadores y obreros. En las clases ricas y la gente de posición, la opinión es realmente mucho más hostil a los sindicatos y huelgas de lo que era el caso hace ahora una generación”.

A consecuencia de este giro, los sindicatos se ven muy sensiblemente obstaculizados por los tribunales en su actividad. El libre cambio pierde terreno y las tarifas aduaneras provocan el encarecimiento de los medios de subsistencia. La política colonial de conquista vuelve con un nuevo impulso, así como la legislación coercitiva contra Irlanda. Un solo rasgo deslució el cuadro: el ejército inglés todavía no está organizado a la prusiana. Inglaterra se ve arrastrada completamente a la órbita política de Alemania y le sigue en su política polaca, en su política exterior, en su política comercial, en su política social, en su política militar.

¿Todos esos hechos no nos muestran claramente que, hoy en día, hay que estudiar en Alemania (y en Estados Unidos) el futuro que el destino le reserva a Inglaterra, que el estado de dicho país ha dejado de presentarnos nuestro futuro? El estado de la “atenuación de los antagonismos sociales”, de la preparación de la “paz social”, ha quedado limitado a Inglaterra, e incluso allí ya pertenece al pasado. Gladstone fue el representante más eminente de la política de las concesiones para disminuir los antagonismos sociales. Este método respondía a la forma de pensar de los industriales ingleses, todos ellos poderosos frente al resto de las clases y países. El representante más notable de la nueva táctica es Chamberlain. Él es el hombre de los capitalistas financieros que luchan para mantener su supremacía mediante la violencia. Aquí nos vemos en presencia de una de las más extrañas ironías de la historia: en Alemania se celebra claramente la época de Gladstone, se ve en ella nuestro futuro, se la mira como una de las conquistas imperecederas de Inglaterra, justo en el momento en el que la herencia de este hombre de estado se disipa a los cuatro vientos y en el que Chamberlain deviene un héroe del pueblo inglés.

Lo confesaré abiertamente: yo deposité grandes esperanzas en Inglaterra. No pensé que el estadio representado por Gladstone pudiese reproducirse jamás en Alemania; sin embargo confié en que en Inglaterra, gracias a las condiciones especiales en que se encuentra colocado ese país, la evolución del capitalismo hacia el socialismo podría efectuarse no mediante una revolución social sino pacíficamente, por una serie de concesiones progresivas, concedidas al proletariado por las clases dominantes. La experiencia de estos últimos años ha deshecho también la esperanza que había depositado en ese país. Su política interna comienza a modelarse según la de su rival, Alemania. ¡Que pueda proseguir la analogía! ¡Que esta política pueda producir en el proletariado inglés los mismos efectos que en el proletariado alemán!

Ahora veamos en qué medida está justificada la hipótesis, hasta qué punto hay que admitir que los antagonismos de clase se atenúan, que la burguesía se aproxima al proletariado. No se ha imaginado por placer, se basa en determinados hechos. El error consiste en atribuir un valor general a fenómenos propios de una esfera restringida. Se identifica a toda la burguesía con determinadas clases de intelectuales. Una tendencia social particular de Inglaterra, que pertenece ya al pasado, deviene una tendencia general, sin dejar de aumentar, del modo de producción capitalista todo entero.

Capítulo VI. La democracia

¿La democracia no nos suministra la base apropiada para asegurar el paso gradual, insensible, del capitalismo al socialismo sin que tengamos que temer esa ruptura violenta con el estado existente con la que nos amenaza la conquista del poder político por el proletariado?

Muchos políticos pretenden que únicamente la dominación despótica de una clase hace necesaria la revolución y la democracia la convierte en superflua. Y en todas las naciones civilizadas gozamos de una dosis de democracia suficiente para que la evolución pacífica sea posible, para que esta se produzca sin revolución. En todas partes tenemos la facultad de fundar sociedades de consumo; extendidas, practican la producción por su propia cuenta, y, lenta pero seguramente, cambian el carácter de la producción capitalista. En todas partes tenemos la facultad de organizar sindicatos: estos limitan cada vez más el poder que ejerce el capitalista en su propia explotación, reemplazan en la fábrica el absolutismo por el constitucionalismo, y así preparan lentamente el paso de este a la forma republicana. Casi en todas partes la democracia socialista tiene la facultad de penetrar en los consejos municipales, hacer que pesen en ellos los intereses de la clase obrera en los trabajos públicos, aumentar continuamente la tarea de los municipios y restringir la producción privada ampliando constantemente el dominio de la producción municipal. Por fin, la democracia socialista entra en el parlamento y conquista en él una influencia en aumento, logra una reforma tras otra, limita el poder de los capitalistas con una legislación protectora del trabajo, extiende cada vez más la esfera de la producción del estado impulsando la transformación de los grandes monopolios en servicios públicos. Así, con el simple uso de los derechos democráticos, y manteniéndose en el terreno ya conquistado hoy en día, la sociedad capitalista se desarrolla en sociedad socialista, la conquista revolucionaria del poder público por el proletariado deviene inútil, favorecerla es, simplemente, nocivo; solo puede tener como efecto perturbar el curso de ese progreso lento pero seguro.

Así se expresan los enemigos del método revolucionario.

Nos dibujan un idilio muy seductor. Aquí tampoco podemos decir que esto sea una pura imaginación. Los hechos en que se apoyan son muy reales. Pero solo nos conducen a una verdad a medias. Un poco de dialéctica habría llevado a nuestros adversarios a la verdad completa.

Este idilio solo vale si se admite que uno de los términos de la oposición, el proletariado, es el único que crece en fuerza mientras que el otro, la burguesía, se mantiene intacto en su antigua situación. En esta hipótesis, el proletariado debe naturalmente triunfar progresivamente sobre la burguesía, incluso sin revolución, y expropiarla sin que lo parezca.

Pero el aspecto cambia si se considera el otro término. Entonces se ve que la burguesía también crece en poderío. Cada progreso del proletariado la impulsa a desplegar nuevas fuerzas, a inventar y emplear nuevos modos de resistencia y opresión. Examinando la cuestión de forma incompleta solo se da cuenta uno de la evolución progresiva hacia el socialismo. En realidad se organizan masas cada vez más compactas de combatientes. Las armas que se crean y emplean son cada vez más poderosas, el campo de batalla se extiende constantemente. La lucha de clases no desaparece, el

capitalismo no es absorbido por el socialismo. Muy al contrario, la lucha se reproduce con una amplitud cada vez mayor; cada victoria, cada derrota, tienen consecuencias cada vez más profundas.

Las cooperativas, (y, entre ellas, únicamente las asociaciones de consumo merecen hoy en día atención), son las más inocentes. Su carácter pacífico hace que sean apreciadas por los adversarios del método revolucionario. Sin duda, pueden ofrecerle a la clase obrera muchas ventajas. Pero es ridículo esperar de su funcionamiento la expropiación incluso parcial del capital. Si eliminan a una clase es a la de los pequeños tenderos y determinadas categorías de oficios, por ejemplo a los panaderos. Tampoco se ve jamás a los grandes capitalistas combatir a las asociaciones de consumo que, se dice, deberían hacerlos desaparecer. No, quienes se levantan con rabia contra ellas son los pequeñoburgueses; sobre todo aquellos cuya clientela es obrera, los más susceptibles en consecuencia de alinearse con una política proletaria. Si las cooperativas de consumo les procuran ventajas materiales a numerosas categorías de obreros, también alejan del movimiento a muchos elementos próximos al proletariado. Este medio destinado a facilitar la absorción pacífica del capitalismo y a suprimir la lucha de clases introduce en ella un nuevo sujeto de discordia y atiza un nuevo odio de clase. La cooperativa de consumo no ha triunfado hasta ahora todavía más que sobre el pequeño tendero. Le falta por vencer al gran almacén. No lo logrará sin dificultades.

Es completamente absurdo admitir que los dividendos de esas asociaciones (incluso si no se reparten, sino que se ahorran), pueden crecer más rápidamente que se acumula el capital, creer que pueden triunfar sobre esa concentración y restringir poco a poco la esfera del capitalismo.

Las cooperativas de consumo solo tienen importancia para la emancipación del proletariado allí donde la lucha de clases está entablada enérgicamente, donde facilitan a los proletarios militantes un aumento de su fuerza y poderío. Pero dependen completamente del estado de la legislación y de la actitud del gobierno. Mientras el proletariado no haya conquistado el poder político, la importancia de esas asociaciones para la lucha de clases se mantendrá dentro de estrechos límites.

Para el proletariado, los sindicatos representan un interés mucho más importante que las cooperativas, pero solamente a título de organización de combate y no como agrupamiento que persigue la paz social. Donde llegan a firmar convenios con los patronos (aislados u organizados) solo lo hacen en tanto que son capaces de llevar adelante la lucha hasta el triunfo.

Pero por importante, por indispensable que sea el sindicato para el proletariado militante, tarde o temprano tiene que tener en cuenta a su rival, el sindicato patronal, que, si toma la forma estrecha de un trust o cártel, representa fácilmente un obstáculo infranqueable a la unión obrera.

Las asociaciones patronales no son las únicas que amenazan a los agrupamientos corporativos: la autoridad pública no es la que menos tienen que temer. Sabemos alguna cosa sobre eso en Alemania. Y recientes juicios, que son bien conocidos, han demostrado que, incluso en la democrática Inglaterra, los sindicatos no están todavía fuera de peligro; esas decisiones tienden a paralizar completamente su acción.

También sobre este punto el artículo ya citado que han publicado B. y S. Webb en la *Sozial Praxis* nos suministra informaciones dignas de señalar; arroja luz especialmente sobre el futuro de los sindicatos. Nos hace observar en primer lugar cómo de desigualmente se desarrollan en Inglaterra los agrupamientos corporativos: “De una forma general, las uniones poderosas ya se han hecho más poderosas aún; las que no lo eran, ahora son más débiles que anteriormente. Los sindicatos de los mineros, de los trabajadores de la industria algodonera, de la construcción y la metalurgia, se han

desarrollado. Han perdido importancia entre los obreros agrícolas, los marineros, en la industria textil y entre los albañiles. La creciente hostilidad de las clases dominantes amenaza a todo el mundo sindical. Las leyes inglesas se prestan mucho a ahogar a las organizaciones incómodas. El peligro de que se apliquen a las corporaciones obreras “ha aumentado, la aversión que manifiestan hacia los sindicatos y las huelgas los magistrados y jurados la comparten con el resto de clases medias o superiores y aumenta más la inquietud.” Las leyes existentes pueden “entregar al patrón al obrero atado de pies y manos”. B. y S. Webb han llegado a prever una situación tal que “el contrato colectivo con su corolario obligado, el cese colectivo del trabajo y el paro accidental de la industria, se habrá hecho, si no imposible, al menos sí costoso y difícil gracias a las interpretaciones que se le dan a la ley”.

Pero, si bien los sindicatos han llegado a molestar mucho a los capitalistas, no puede decirse que realmente hayan disminuido la explotación. Pensemos qué conducta tendrán los poderes públicos incluso en ese Eldorado sindical, incluso en Inglaterra, si las corporaciones obreras logran obstaculizar sensiblemente al capital.

Lo que se llama el socialismo municipal también tropieza con su límite en el orden establecido, político y social, incluso allí donde el sufragio universal gobierna la comuna. Esta se mantiene siempre sometida a las condiciones generales, políticas y económicas, no puede escapar de ellas por sus propias fuerzas. En determinadas localidades industriales los proletarios pueden llegar a tomar en sus manos la administración municipal antes de que sean lo bastante fuertes como para conquistar el poder público. Así pueden atenuar lo que la comuna contiene de más particularmente hostil e introducir en ella algunas mejoras que no pueden esperarse de un régimen burgués. Pero la actividad de esas municipalidades tropieza muy pronto con un límite infranqueable, el obstáculo es menos el poder central que la impotencia económica. Las comunas conquistadas primeramente por la democracia socialista son la mayor parte de las veces pobres, habitadas casi exclusivamente por proletarios. ¿Se podrían encontrar en ellas los medios para realizar grandes reformas? De una manera general, la legislación limita los impuestos de los habitantes de la comuna; y cuando no es así, no se puede tasar a los ricos más allá de determinado punto sin hacer que emigren solamente aquellos a los que se puede golpear útilmente. Toda reforma profunda exige nuevos impuestos y disgusta no solamente a las clases altas, sino, además, a importantes fracciones de la población. La cuestión de los impuestos les ha hecho perder numerosas comunas conquistadas a los socialistas o reformistas que las han gestionado. Importa poco que su administración haya sido admirable. Este fue el caso una vez en Londres y últimamente en Roubaix.

¡Pero, y el dominio político! ¡No conoce tales límites! ¿No vemos en ese terreno un ininterrumpido progreso de la protección obrera?

¿La menor sesión parlamentaria acaso no le impone al capitalismo nuevos límites? ¿Es que cada elección no aumenta acaso el número de nuestros representantes en el parlamento? ¿No crecen nuestra influencia sobre el gobierno, nuestro poder en el estado, cierto que lenta pero progresiva e invenciblemente? ¿No tiende acaso el capital a pasar cada vez más bajo la dependencia del proletariado?

Sin duda, el número de leyes de protección obrera aumenta todos los años. Pero si se examinan se da uno cuenta de que solo son una extensión a otras esferas de las prescripciones existentes; ahora se aplican a los comerciantes en vino, a los niños trabajadores fuera de las fábricas, a los trabajadores a domicilio, marineros, etc. Las medidas son tímidas, son el resultado problemático, y uno se cuida mucho de reforzarlas allí donde ya existen. Si se considera con qué rapidez poco común extiende el modo de producción capitalista su esfera de acción, con qué prontitud ataca sucesivamente a

todas las profesiones, a todos los países, uno se dará cuenta de que la protección obrera solo se desarrolla lentamente, de que jamás sus progresos superan a los del capitalismo: coja, solo puede seguir al capital a duras penas. La extensión de este prosigue siguiendo una velocidad cada vez más rápida. La protección del trabajo tiende cada vez más a mantenerse estacionada.

Si el progreso de esta ya es insuficiente en amplitud, es casi nulo en profundidad. En 1847, en Inglaterra, bajo la presión del movimiento cartista y de la creciente miseria de los obreros del textil, se obtuvo la jornada de diez horas para las mujeres y niños, es decir para casi todos los trabajadores empleados en esa rama. ¿Hemos ido más lejos hasta el presente?

En 1848, en Francia, la segunda república fijó la jornada para todos los obreros de París en diez horas, en el resto de Francia en once horas. Cuando últimamente Millerand hizo que la cámara adoptase (sobre el papel, con numerosas restricciones) la jornada de diez horas para las industrias en las que trabajan mujeres y niños junto a hombres (solamente para determinadas industrias), se vio en esa medida una obra digna de toda admiración y de la que solo era capaz un ministro socialista. Y, sin embargo, Millerand era menos generoso que la legislación burguesa inglesa que databa de medio siglo. En efecto, ¡permitió que la jornada de diez horas se aplicase a los niños cuyo tiempo de trabajo en Inglaterra, y desde 1844, estaba limitado a seis horas y media!

Ya en 1866 el Congreso de Ginebra de la “Internacional” reclamaba la jornada de ocho horas y veía en ella la condición preliminar a toda reforma social fecunda. Y treinta seis años más tarde, en el reciente congreso socialista francés de Tours, un delegado podía oponerse a que la jornada de ocho horas figurase entre nuestras primeras reivindicaciones. Solo confiaba en pedir medidas preparatorias. Nadie se rió en la cara de este individuo, mucho mejor, pudo ser candidato en París en las últimas elecciones.

Se ve: en el partido de la reforma social solo una cosa está progresando, y es la modestia de los reformistas.

¿Pero cómo es esto posible? El número de diputados socialistas crece en los cuerpos representativos. La explicación es simple; es suficiente con no limitarse a este fenómeno y considerar también el reverso de la medalla. El número de diputados socialistas aumenta, cierto, pero al mismo tiempo la democracia burguesa declina. Esta decadencia se manifiesta a menudo públicamente: el número de votos obtenidos por ella en las elecciones disminuye; por el contrario, la desmoralización estalla en cada momento. Cada día muestra menos carácter, cada día deviene más cobarde; solo sabe ya defenderse de una forma frente al reproche de ser reaccionaria: se declara presta a practicar ella misma una política de reacción; y lo hace realmente cuando llega al poder. Tal es hoy en día el método que les gustaría a los liberales emplear para conquistar el poder político.

Cuando Bismarck vio tambalearse su régimen, pidió que se alargase la legislatura del Reichstag de 2 a 5 años. Era una medida desesperada, reaccionaria, que desencadenó una tempestad de indignación. Pero en Francia el último gobierno radical, el gobierno de defensa republicana, propuso ampliar la legislatura de 4 a 6 años; y la mayoría republicana le concedió la prolongación. Sin el senado, esta medida, reaccionaria como ninguna otra, pasó a rango de ley.

Pero no solamente el liberalismo burgués tiende a desaparecer a medida que la democracia socialista se desarrolla; la influencia del parlamento decrece además a medida que nuestro partido ve aumentar su crédito. Estos dos fenómenos son simultáneos, pero no existen entre ellos ninguna conexión inmediata. Por el contrario, los parlamentos en los que contamos con representantes, la cámara prusiana o sajona, pierden más rápidamente que los otros su influencia, su poder de trabajar.

La decadencia de los parlamentos tiene causas muy diversas. Las más esenciales no pertenecen al ámbito técnico parlamentario; no vayamos a creer que puede uno escaparse de ellas modificando el orden del día o las competencias parlamentarias. Las más esenciales tienen su origen en el carácter de las clases que ejercen una acción determinante sobre el gobierno a través del parlamentarismo.

Para prosperar, ese régimen necesita dos condiciones preliminares. En primer lugar precisa una mayoría fuerte, unida, después un gran objetivo social, que persiga energicamente y que imponga al gobierno. En la época en la que el parlamentarismo estaba en su floración, esas dos condiciones se encontraban reunidas. Mientras que el capitalismo representó el futuro de las naciones, todas las clases del pueblo, importantes desde el punto de vista parlamentario, y, entre todas ellas la masa de intelectuales, se emplearon en su liberación; la mayoría de los pequeñoburgueses, el mismo obrero, se pusieron bajo la conducción de la burguesía.

Así nació el liberalismo; partido exclusivo, se proponía objetivos elevados. Sus esfuerzos para conquistar el parlamento, sus luchas en el parlamento, le dieron a este último su importancia.

Pero después se produce la evolución que he descrito más arriba: el proletariado que posee una conciencia de clase especial, después una fracción de los intelectuales, de la pequeña burguesía y de los campesinos propietarios pequeños, se ven arrastrados al campo socialista; el resto de pequeñoburgueses y agricultores deviene completamente reaccionario mientras que los elementos más poderosos del capitalismo industrial se unen a las altas finanzas que nunca han recalado en el parlamentarismo aunque sepan derrotarlo (ver Panamá).

El partido liberal se reduce así a sus elementos sin que las clases dirigentes puedan constituir para reemplazarlo otro gran partido parlamentario con suficiente carácter de unidad. Cuanto más reaccionarias devienen las clases poseedoras, menos forman una masa única. Se dividen cada vez más en pequeñas fracciones. Cada vez se hace más difícil reunir una mayoría parlamentaria homogénea. A medida que avanzamos, ya no es posible una mayoría porque las tendencias más diversas se reúnen en coaliciones pasajeras. Su base es de las menos seguras, no guía la acción ningún lazo íntimo, únicamente consideraciones de oportunidad pueden provocar esa acción. En primer lugar, son estériles: sus elementos son tan diversos que no pueden mantenerse unidos más que con una condición, y esta es que cada uno de ellos debe renunciar a actuar deliberadamente en el sentido que le es apropiado. Esas combinaciones tienen su origen en la decadencia del parlamentarismo; denotan su impotencia política y social. Imaginarse que participando en ellas se le permitirá al proletariado apoderarse lenta y gradualmente del poder político es desconocer extrañamente su naturaleza.

Pero la evolución social no lleva solamente a la resolución de los grandes partidos parlamentarios en numerosas fracciones diversas, opuestas incluso. Tiene además otro resultado: a menudo las mayorías parlamentarias son más reaccionarias, más hostiles al obrero que los gobiernos. Si bien estos últimos solo son los agentes de las clases dominantes, comprenden mejor, sin embargo, el conjunto de relaciones sociales y políticas. Si la burocracia oficial sólo es la sumisa servidora del gobierno, no por ello deja de desarrollar su propia vida, sus propias tendencias que actúan a su vez sobre el poder. Pero la burocracia se recluta entre los intelectuales, medio en el que, como hemos visto, se comienza a comprender la importancia del proletariado, cierto que tímidamente pero también progresivamente.

Todo ello tiene el siguiente efecto: ocurre que los gobiernos, a pesar de todas sus ideas reaccionarias, hostiles a los trabajadores, no muestran la misma rabia ciega que las clases dominantes que los siguen y su cola de pequeños burgueses y campesinos. Los

parlamentos, que en otros tiempos servían para arrastrar a los gobiernos por la vía del progreso, ahora son un medio para ahogar el poco progreso que las circunstancias imponen a los gobiernos. En la medida en que las clases que dominan a través del parlamentarismo devienen superfluas e incluso nocivas, el mecanismo parlamentario pierde su importancia.

Si, por otra parte, los miramientos que se deben a los electores proletarios fuerzan a un cuerpo de representantes a mostrar simpatías hacia los trabajadores, a hacer alardes de sentimientos democráticos y a sobrepasar al gobierno en este aspecto, este último encuentra fácilmente los medios para vencer al parlamento.

En los Estados Unidos, la lucha contra los sindicatos la llevan adelante menos los cuerpos representativos que los tribunales. También, en Inglaterra, es la jurisdicción de los lores, y no la legislación de la Cámara de los Comunes sometida a elección, la que da lugar a esos ataques contra los sindicatos; y en Alemania, el espíritu de la ley contra los actos subversivos, derogada ahora, subsiste todavía en muchos tribunales, nuestros trabajadores tendrían mucho que decir al respecto.

Así, se tira la casa por la ventana: los partidos dominantes y los gobiernos cargan cada vez más de esterilidad a los parlamentos. El parlamentarismo deviene cada vez menos capaz de seguir una política precisa, sea en la dirección que sea. Cada vez es más decrepito, más impotente. Solo cuando el proletariado, todavía en su adolescencia, lo conquiste, como a cualquier poder público, y lo ponga al servicio de sus propósitos, encontrará una nueva juventud, una nueva fuerza. El parlamentarismo, aunque lejos de hacer imposible o superflua la revolución, necesita él mismo a la revolución para renacer.

Pero que nadie me malinterprete: que no se crea que yo tengo a la democracia por inútil y que las cooperativas, los sindicatos, la entrada de la democracia socialista en las municipalidades, la obtención de algunas reformas, sean cosas carentes de valor. Nada sería más erróneo. Por el contrario, todo progreso tiene una importancia inapreciable para el proletariado y no pierde su valor más que si se ve en él el medio de impedir la revolución, es decir la conquista del poder político por el proletariado.

La democracia ya tiene un gran valor porque hace posible las formas superiores de la lucha revolucionaria. Esta ya no será como la de 1789, e incluso la de 1848, un combate de masas desorganizadas, sin experiencia política, que no entienden cuál es el poder recíproco, la fuerza de los factores en lucha, que no esperan las dificultades del combate y que ignoran los medios para zanjarlo. Ya no será un combate de masas que se dejan arrastrar, perderse por la menor sospecha, la menor coyuntura. Por el contrario, será una lucha de masas organizadas, educadas, plenas de constancia y reflexión, que no siguen cualquier impulso, que no estallan a la menor injuria, pero que tampoco se dejan abatir por el menor fracaso.

Por otra parte, las luchas electorales son medios para hacer recuento, de uno mismo y de sus adversarios; permiten apercibirse claramente de la fuerza relativa de las clases y de los partidos, de sus progresos y de sus retrocesos; así, salvan de ataques prematuros y evitan derrotas; permiten incluso al adversario reconocer públicamente cómo de insostenible es tal posición y abandonarla voluntariamente cuando para él no es una cuestión de supervivencia. El combate exige, pues, menos víctimas, es menos cruel, depende menos de azares ciegos.

Además, no hay que despreciar las conquistas prácticas que pueden lograrse gracias a la democracia y mediante el uso de sus libertades y derechos. Son demasiado mínimos para restringir el poder del capitalismo y hacerlo evolucionar insensiblemente al socialismo. Pero la más pequeña de las reformas, la más débil organización, puede presentar una gran importancia para el renacimiento físico e intelectual del proletariado

que, sin ellas, entregado atado de pies y manos al capitalismo, se vería desmoralizado por la miseria con la que este no deja de amenazarlo. Pero, para sacar al proletariado de la miseria, no solamente es indispensable la actividad de los representantes en los parlamentos y asambleas comunales. Son un medio para familiarizar prácticamente al proletariado con los problemas y medios que presentan la administración del estado o de los municipios, y las grandes empresas económicas. Es un camino que lleva a esa madurez intelectual que necesita el proletariado, si algún día reemplaza a la burguesía como clase dirigente.

La democracia es, pues, indispensable: madura al proletariado para la revolución social. Pero no está en condiciones de impedir esa revolución. La democracia es para el proletariado lo que el aire y la luz son para el organismo; sin ella el proletariado no puede desarrollar sus fuerzas. Pero el progreso de una clase social no debe hacer olvidar el progreso simultáneo del adversario. La democracia no obstaculiza el desarrollo del capital; su organización, su poder político y económico, crecen al mismo tiempo que la fuerza del proletariado. Las cooperativas de consumo están progresando mucho, pero la acumulación del capital también aumenta. Los sindicatos prosperan, pero la concentración del capital prosigue en una escala más amplia todavía; este se organiza en monopolios gigantescos. Para arañar solamente un punto que no desarrollaremos, la prensa socialista se extiende, pero al mismo tiempo también se extiende la prensa sin partido, sin carácter, que enerva y emponzoña a amplias esferas de la población. Los salarios suben, pero la masa de beneficios sube todavía más deprisa. El número de diputados socialistas en los parlamentos aumenta, pero la importancia y eficacia de esas instituciones baja cada vez más y sus mayorías, igual que sus gobiernos, caen cada vez más bajo el poder de las altas finanzas.

Al lado de las fuerzas del proletariado se desarrollan las fuerzas del capital.

Esta evolución solo puede terminar en un combate decisivo entre los dos adversarios, combate que solo cesará con la victoria del proletariado.

La clase capitalista es, en efecto, superflua. El proletariado, por el contrario, ha devenido la clase necesaria de la sociedad. La clase capitalista es incapaz de suprimir y exterminar al proletariado. Tras cada derrota, siempre debe volver a levantarse más amenazador que nunca. Por el contrario, el proletariado solo puede usar de una forma la victoria que le ponga el poder en las manos: solo podrá emplearlo en abolir el capital. Mientras que esa abolición no se lleve a cabo, la lucha entre las dos clases no finalizará, no podrá finalizar. La paz social en el modo de producción capitalista es una utopía, nacida de necesidades muy reales de entendimiento, pero que no encuentra en la realidad ninguna base sólida que le permita producirse. No es menos utópico creer que el capitalismo, en su desarrollo, pasa poco a poco al socialismo. No tenemos la menor razón para admitir que acabará de forma diferente a como comenzó. Ni la evolución política, ni la evolución económica, nos enseñan que se ha cerrado la era de las revoluciones que caracteriza al modo de producción capitalista. Las reformas sociales, los progresos de las organizaciones proletarias, no pueden impedirlos. Como máximo pueden tener este efecto: en las esferas más desarrolladas del proletariado militante la lucha de clases llevada adelante contra el capital no retornará a las condiciones primarias de la existencia; tendrá por objetivo el poder.

Capítulo VII. Formas de la revolución social. Medios de que dispone

¿Pero bajo qué formas se entablarán las luchas decisivas entre las clases dominantes y el proletariado? No hay dudas de que, hasta cierto punto, podemos descubrir de antemano la tendencia de la evolución, pero no podemos prever ni las formas ni el ritmo. Si buscamos la tendencia de la evolución solo tenemos que vérnoslas con leyes relativamente simples, podemos hacer abstracción de la confusa variedad de los fenómenos en los que no podemos reconocer ni regularidad ni necesidad (que nos parecen, simplemente, fortuitos). Pero esos fenómenos ejercen un gran papel en la determinación de las formas y rapidez del movimiento. Así, en el último siglo, la dirección de la evolución capitalista en todos los pueblos civilizados modernos ha sido la misma, pero en cada uno de ellos se ha efectuado de una forma diferente y con una rapidez también diferente. Estas dos últimas dependen de particularidades geográficas, de cualidad de raza, del favor o desfavor de los vecinos, de grandes personalidades que las obstaculicen o favorezcan, y de muchas otras cosas. Muchos de esos hechos no pueden conocerse de antemano, pero muchos de los factores que se pueden conocer reaccionan talmente unos sobre los otros que el resultado es extremadamente complicado, imposible de desenmarañar en el actual estado de la ciencia. Así, sucede que, incluso gente que superaba en mucho a sus contemporáneos por el conocimiento completo y profundo del estado social de nuestros pueblos civilizados, y por el método fecundo seguido en sus investigaciones, Marx y Engels, por ejemplo, han podido muy bien determinar de antemano la tendencia del movimiento económico para un lapso de tiempo bastante largo, y sus previsiones se han visto justificadas brillantemente por la marcha de los acontecimientos, pero esos mismos pensadores se han equivocado a veces respecto a las forma y la rapidez del movimiento en los casos en que se trataba de un espacio de tiempo de algunos meses.

En mi opinión solo hay una cosa que pueda decirse con certidumbre sobre la próxima revolución. No se parecerá en nada a las precedentes. Este es uno de los mayores errores que cometen los revolucionarios y sus adversarios; se figuran la próxima revolución según el modelo de las revoluciones pasadas, y como nada es más fácil que demostrar que revoluciones como estas últimas ya no son posibles, se concluye sin dificultades que la revolución social es, en resumidas cuentas, una idea desfasada. Es la primera vez en la historia del mundo que marchamos hacia luchas revolucionarias, entabladas bajo formas democráticas, por organizaciones basadas en las libertades democráticas, contra fuerzas tales como nunca se habían visto, contra las ligas de empresarios ante las que los mismos monarcas se inclinan y cuya fuerza aumenta con todos los recursos desarrollados por el despotismo de las grandes potencias. Quiero hablar de la burocracia y el ejército.

Como ya hemos visto, una de las particularidades de la situación actual es que ya no son los gobiernos los que nos plantean la más viva resistencia. Bajo el régimen del absolutismo al que se enfrentaron las revoluciones anteriores, el gobierno era completamente impotente y los antagonismos de clase no podían desarrollarse claramente. El gobierno impedía defender libremente sus intereses no solamente a las clases explotadas, sino también a los explotadores; y solamente una parte de estos últimos estaba con el gobierno; una fracción muy considerable de explotadores,

especialmente capitalistas industriales, estaban en el campo de la oposición, igual que todas las clases trabajadoras, los campesinos y los pequeñoburgueses, al lado de los proletarios (abstracción hecha de algunas regiones atrasadas). El gobierno estaba, en consecuencia, aislado en la nación, no tenía sostén en las masas populares, representaba a la principal fuerza que oprimía y robaba al pueblo. Bajo determinadas circunstancias, podía lograrse derrocarlo con un golpe de mano.

En la democracia no solamente pueden desarrollar más libremente sus organizaciones los explotados sino, también, los explotadores; deben hacerlo si quieren defenderse contra el creciente poderío de sus adversarios. Unos y otros son más fuertes que bajo el régimen del absolutismo; usan sus fuerzas de modo más brutal e implacable que el mismo gobierno, que, lejos de dominarlos, les está subordinado.

Las masas revolucionarias tiene que vérselas no solamente con el gobierno, sino además con potentes organizaciones de explotadores, y esas masas ya no representan a la inmensa mayoría de la nación ante un puñado de explotadores como ocurría en las revoluciones anteriores. Hoy en día representa esencialmente a una clase, a la de los proletarios que tienen como adversarios no solamente a todos los explotadores sino, además también, a la mayoría de los pequeñoburgueses y campesinos y a una gran parte de los intelectuales.

Solamente una fracción de los intelectuales, de los pequeños campesinos y algunos pequeñoburgueses, que en realidad son asalariados que viven de la clientela obrera, marchan de concierto con los proletarios. Pero estos auxiliares, poco seguros a veces, son en general poco susceptibles de servirse del arma que da sobre todo fuerza al proletariado, quiero hablar de la organización.

Si las últimas revoluciones fueron un levantamiento de las masas populares contra el gobierno, se puede decir que la revolución futura (exceptuando puede ser a Rusia) tendrá más bien el carácter de una lucha de una parte de la nación contra la otra fracción y se acercará más por ello, pero solo por ello, a las luchas de la Reforma que a las de la Revolución Francesa. Diré de buen grado que no tendrá nada de insurrección espontánea contra la autoridad, que se parecerá más a una *guerra civil* prolongada, si no se le da a esta última palabra la idea de una guerra verdadera, de masacre. Pero no tenemos ningún motivo para admitir que hoy en día todavía puedan ejercer un papel decisivo las insurrecciones a mano armada, los combates de barricadas y otros actos de hostilidad. Las razones de ello han sido expuestas tan a menudo que no necesito detenerme en ellas. Solo contando con la confianza de los soldados se podrá destrozarse el militarismo, y no porque el pueblo en revuelta triunfe sobre él.

No debemos esperar el hundimiento de la sociedad actual a causa de insurrecciones a mano armada, ni tampoco a causa de una crisis financiera. Desde este punto de vista la situación también es muy diferente a la de 1789 y 1848. Entonces el capitalismo era todavía débil, la acumulación de capitales, mediocre, y el capital raro y difícil de encontrar. Por una parte, el capital, era hostil al absolutismo, o al menos se mostraba desconfiado hacia él. Los gobiernos eran entonces todavía independientes del capital, particularmente del capital industrial, y a menudo hostiles a su desarrollo, aunque con pesar. Pero la feudalidad que se extinguía secaba todas las fuentes de ingresos, de modo que los gobiernos que extraían cada vez menos dinero del país debieron acudir cada vez más a los préstamos. Todo ello tenía que llevar a un crack financiero o a concesiones a las clases que tendían a ascender, pero uno u otro de estos acontecimientos arrastraba tras de sí la debacle política.

Hoy en día es diferente. El capitalismo no descuida la producción como lo hacía el régimen feudal, la exacerba; se ahoga en su misma plétora. El capital, lejos de faltar, está presente en gran abundancia, busca una colocación ventajosa sin que le asusten los

mismos riesgos. Los gobiernos están bajo la completa dependencia de los capitalistas que tienen toda suerte de buenos motivos para protegerlos y sostenerlos. El aumento de las deudas públicas solo puede devenir un factor revolucionario en caso que el aumento de los impuestos se haga más pesado y empuje a las clases inferiores a la revuelta, pero difícilmente llevará (seguimos exceptuando a Rusia) a la bancarrota a los gobiernos, o incluso a una crisis financiera seria. La crisis financiera, igual que la insurrección a mano armada, tampoco nos llevará a la revolución.

El medio particular del que dispone el proletariado para luchar, para ejercer presión sobre sus adversarios, es el cese organizado del trabajo, la huelga. Cuanto más se desarrolla el modo de producción capitalista, más se concentra el capital, y más gigantescas son las proporciones que adquieren las huelgas. Y cuanto más hace retroceder la producción capitalista a la de la pequeña burguesía, más depende toda la sociedad también de la marcha regular de la producción capitalista, y más una perturbación seria, como supone una huelga importante, devendrá un acontecimiento político, una calamidad nacional. Talmente ha aparecido ya en Bélgica y en Francia, y ha sido utilizada aquí y allí con éxito. En mi opinión, ejercerá un gran papel en las revoluciones futuras. Esta es mi opinión desde hace mucho tiempo. En mis artículos sobre el nuevo programa del partido de 1891 (*Neue Zeit*, 1890-91, número 50, página 757) ya indiqué que “bajo determinadas circunstancias, cuando se trata de tomar una gran determinación, cuando los grandes acontecimiento han agitado profundamente a las masas obreras, será posible provocar grandes efectos políticos con huelgas considerables.”

Con ello no quiero recomendar la huelga general como la entienden los anarquistas y los sindicatos franceses. Se dice que esta debe reemplazar a la acción política y particularmente a la acción parlamentaria del proletariado y, de un solo golpe, cambiar de arriba abajo la organización social actual.

¡Es insensato! Una huelga general, entendida de forma que a una señal dada todos los obreros de un país abandonen el trabajo, supondría una concordancia, una organización obrera que parecen difícilmente realizables en la sociedad actual y que, si pudiesen convertirse en realidad, haría al proletariado invencible de tal forma que la huelga general resultaría inútil. Tal huelga haría imposible de un solo golpe no solamente la sociedad actual sino también la existencia del proletariado, más aun que la del capitalista, y esta terrible arma se rompería en el mismo momento en el que su acción revolucionaria comenzase a notarse.

La huelga, como arma de guerra política, puede que jamás tome la forma de huelga general de *todos* los obreros de un país, al menos ciertamente no antes de que pase mucho tiempo; tampoco puede proponerse *reemplazar* a los otros medios empleados en la lucha política del proletariado. Los *completará*, los *reforzará*.

Marchamos también hacia una época en la que la huelga aislada, no política, será tan completamente vana contra la preponderancia de los empresarios organizados como lo es la acción parlamentaria aislada de los partidos obreros contra la presión del gobierno sometido a los capitalistas. Siempre será necesario que se complementen ambas y extraigan nuevas fuerzas de su cooperación.

Primero que nada hay que aprender a servirse de la huelga entendida en sentido político, igual que con cualquier otra arma. No es una panacea como proclaman al son de las trompetas los anarquistas, ni tampoco es un remedio infalible bajo todas las circunstancias, como piensan los mismos; no puedo asumir aquí la tarea de investigar bajo qué condiciones se puede recurrir a ella, pero, teniendo la vista puesta en los recientes acontecimientos de Bélgica, quisiera señalar que ha mostrado que la huelga

exige un método particular que no se asocia a voluntad con otros métodos, por ejemplo con la cooperación con los liberales.

Yo no la rechazaría en todas las circunstancias. Sería insensato no sacar provecho de la desunión, de las divisiones de nuestros adversarios. Pero no puede esperarse de los liberales más de lo que pueden dar. En los debates parlamentarios sobre o tal o tal otra medida podemos tener menos diferencias con ellos que otros adversarios burgueses; entonces está completamente indicada una acción común. Pero en una lucha extraparlamentaria con motivo de una reivindicación de contenido revolucionario no se puede contar con la ayuda del liberalismo. Querer aumentar en tal acción las fuerzas proletarias con una alianza con los liberales es desfilar una con otra las armas que se emplean. La huelga política es un arma puramente proletaria que no puede emplearse más que en una lucha entablada solamente por el proletariado: debe, pues y sobre todo, tomarse en consideración en una lucha contra toda la sociedad burguesa. Entendida de esta forma, puede que sea la más revolucionaria de todas las armas del proletariado.

Podrán desarrollarse otros medios, otros métodos de combate, de los que hoy en día no tenemos la menor idea. Entre el conocimiento de métodos y órganos y el de la dirección seguida por las luchas sociales todavía existe esta diferencia: esta última puede ser estudiada teóricamente de antemano, mientras que los primeros son obra de especialistas; únicamente posteriormente pueden los teóricos observarlos y estudiar su importancia en la continuación de la evolución. Los sindicatos, las huelgas, las sociedades anónimas, los trust, etc., han salido de la práctica, no de la teoría. En este dominio debemos esperar todavía más de una sorpresa.

La guerra también puede ser un medio para apresurar la evolución política del proletariado y entregarle el poder. Muy a menudo la guerra ha ejercido el papel de un factor muy revolucionario. Existen situaciones históricas en las que una revolución es necesaria para que la sociedad continúe progresando, pero en las que las clases revolucionarias son demasiado débiles para derrocar a las potencias dominantes. Cuando se dice que una revolución es necesaria no hay que entender con ello que las clases que tiende a ascender adquieran en el momento oportuno la fuerza que necesitan para hacer dicha revolución. Lamentablemente, el mundo no está bastante organizado para ello. Existen situaciones en las que es absolutamente necesario que una clase dominante sea reemplazada por otra, y en las que, sin embargo, la primera pretende mantener a la segunda constantemente oprimida. Si este estado de cosas dura demasiado tiempo toda la sociedad se corrompe y desagra. Pero muy a menudo en tal situación la guerra lleva a cabo la tarea que está por encima de las fuerzas de la clase que tiende a ascender. Lo hace de dos maneras. Una guerra es imposible si todas las fuerzas de la nación no se comprometen en ella. Si existe una profunda escisión en una nación, la guerra obliga a la clase dominante a hacer concesiones a la clase que quiere ascender, la obliga a interesarse en la cosa común y a darle, así, el poder que sin la guerra no hubiera tenido.

Pero si la clase dominante no es capaz de tal sacrificio, o si lo hace demasiado tarde, la guerra lleva a la derrota que arrastra a la revolución en el interior. Esta derroca a un régimen cuyo ejército era el principal apoyo, rompiéndolo.

Así, bajo circunstancias en las que todos los otros medios resultan impotentes, la guerra a menudo ha servido de medio, brutal y devastador, cierto, pero sin embargo eficaz.

El desplazamiento del centro de gravedad económica de Europa hacia los países bañados por el Océano Atlántico, la Guerra de los Treinta Años y sus consecuencias, debilitaron excesivamente a la burguesía alemana, por ejemplo, como para que pudiese derrocar con sus propias fuerzas al absolutismo feudal. Se desembarazó de él gracias a

las guerras napoleónicas y después por las de la era bismarckiana. Como ha quedado establecido a menudo, el testamento de 1848 ha sido ejecutado en definitiva por las guerras de las potencias contrarrevolucionarias.

Hoy en día estamos en una situación análoga a la que existió de 1850 a 1870: existen antagonismos políticos en el interior y en el exterior. De nuevo se acumulan las materias inflamables. Se impone cada vez más imperiosamente la solución de los problemas por resolver, pero ninguna de las clases o partidos dominantes osa ponerse manos a la obra pues esa obra es imposible sin grandes quebrantos, y se teme a estos, se conoce demasiado bien la formidable fuerza del proletariado que todo gran quebranto amenaza con desencadenar.

He señalado más arriba cómo se corrompe la vida política interna, la decadencia creciente del parlamentarismo lo pone de manifiesto muy claramente. Pero esta corrupción en el interior va de la mano con la de la política exterior de Europa. Se teme toda política enérgica que pudiese llevar a un conflicto internacional, no porque se repruebe la guerra por inmoral, sino porque se teme a la revolución de la que sería precursora la guerra. Por ello, toda política de nuestros gobiernos consiste, tanto en el exterior como en el interior, en aplazar todas las cuestiones a las calendas griegas, en dejar que se acumulen los problemas no resueltos. Gracias a esta circunstancia subsisten todavía una serie de estados semejantes a los que una generación revolucionaria más enérgica clavó hace ahora cincuenta años en su lecho de muerte; Turquía y Austria todavía existen. Por otra parte, la burguesía ha dejado de interesarse completamente en la cuestión de una nacionalidad independiente polaca por las mismas razones.

Pero esos focos de crisis no se han extinguido, pueden reavivarse de un día para otro y, como el monte Pelé en la Isla Martinica, alumbrar guerras devastadoras. La evolución económica misma crea nuevos focos de crisis, multiplica las causas de enfrentamiento y produce complicaciones que pueden llevar a la guerra; en efecto, despierta en las clases superiores el deseo de monopolizar los mercados, de conquistar territorios más allá de los mares, y substituye las ideas pacíficas del capitalista industrial por las ideas violentas del financiero.

La única garantía de paz que tenemos hoy en día es el miedo al proletariado revolucionario. Queda por saber cuánto tiempo resistirá esa garantía frente a las numerosas causas de conflicto. Existen numerosos estados que no tienen todavía nada que temer del proletariado revolucionario independiente, y numerosos de esos países están dominados enteramente por una camarilla de grandes financieros sin vergüenza ni escrúpulos; esas potencias, que hasta ahora han sido pacíficas y no han tenido importancia en la política internacional, ejercen cada día más un papel perturbador. Tales son sobre todo Estados Unidos, Inglaterra y Japón. Rusia ocupaba en otros tiempos el primer lugar en la lista de estados perturbadores de la paz europea, su heroico proletariado le ha hecho renunciar a ese puesto por el momento.

Pero la desesperación de un régimen tambaleante puede alumbrar la guerra tanto como la turbulencia de un gobierno al que nada frena en el interior; este era el caso de Napoleón III en 1870, este podría ser el caso de Nicolás II. Hoy en día, son esas potencias con sus antagonismos las que amenazan más a la paz del mundo: no es el antagonismo entre Francia y Alemania, entre Austria e Italia. Es preciso que contemos con la probabilidad de conmociones políticas que aboquen directamente a insurrecciones proletarias o que, al menos, les abran el paso.

Que se me entienda bien: aquí examino, no profetizo y aún menos expreso deseos. Busco lo que puede suceder, no declaro lo que sucederá, y no reclamo en absoluto lo que debe suceder. Si considero la guerra como un medio para la revolución ello no quiere decir que yo desee la guerra. Esta siembra tal espanto que solamente los

fanáticos del sable pueden en nuestros días tener el triste coraje de deseársela a sangre fría. Si ya una revolución en sí misma cuesta bastante cara, menos aún puede desearse la guerra como medio para desencadenar la revolución. Pues este es el más irracional de los medios. Comporta desórdenes tan terribles, exige del estado tan enormes sacrificios, que una revolución que resulte de ella tendrá que soportar cargas aplastantes que no se deberán al hecho de la revolución pero que absorberán casi todos sus recursos, todas sus fuerzas. Además, una revolución que nazca de una guerra es un signo de debilidad de la clase revolucionaria, y a menudo es la causa de un mayor debilitamiento que proviene de los sacrificios que impone la guerra y también de la degradación moral e intelectual que ésta provoca la mayoría de las veces. Pues se produce un gran aumento de las cargas para el régimen revolucionario al mismo tiempo que una disminución de sus fuerzas. Por ello, una revolución resultado de una guerra fracasa fácilmente o rápidamente pierde su impulso. Mucho más eficaz ha sido la revolución burguesa en Francia, donde fue resultado de un levantamiento popular, que en Alemania, donde fue impuesta como consecuencia de guerras. Y la causa proletaria se habría aprovechado mucho de la insurrección del proletariado de París si, provocada por la guerra de 1870-1871, no hubiese estallado prematuramente sino más tarde, en el momento en que los parisinos hubiesen sido lo bastante fuertes como para desembarazarse sin guerra de Napoleón Bonaparte y su banda.

No tenemos pues el menor motivo para desear que nuestra marcha adelante se vea apresurada artificialmente por una guerra.

Nuestros deseos no importan. Los hombres hacen ellos mismos su historia; esto es cierto, pero no escogen según su voluntad los problemas por resolver ni las circunstancias en las que viven, ni los medios mediante los cuales resuelven esos problemas. Si ello dependiese de nuestro deseo, ¿quién no preferiría los medios pacíficos frente a un medio violento que puede estar por encima de nuestras fuerzas, que puede que nos devore a nosotros mismos? Pero nuestra tarea no es formular piadosos deseos y querer que el mundo se adecúe a ellos, consiste en conocer los problemas planteados, las circunstancias y los medios, para lograr aplicar, así, estos últimos a la solución de los primeros.

El estudio de los hechos es el fundamento de una política racional; si estoy persuadido de que avanzamos hacia una era de revolución de la que no podemos precisar su advenimiento, he llegado a esta convicción estudiando los hechos y no con deseos. Solo deseo una cosa, y esa cosa es equivocarme y ver que tienen razón quienes creen que las mayores dificultades de la transición del capitalismo al socialismo ya se han superado y que ya hemos conquistado un terreno seguro sobre el cual avanzaremos hacia el socialismo. Desgraciadamente no puedo ser de esa opinión. Queda por hacer lo más fuerte y penoso: la lucha por el poder político; será larga y dura y tendremos que emplear en ella toda nuestra fuerza y energía.

No se le puede hacer mayor daño al proletariado que aconsejarle que se desarme, y desde ahora mismo, para animar así los susodichos avances de la burguesía. En el actual estado de cosas eso es entregar al proletariado a la burguesía, es colocarlo bajo su dependencia política e intelectual, es irritarlo, degradarlo, hacerlo incapaz de cumplir sus altos destinos históricos.

Los obreros ingleses nos han ofrecido pruebas de que yo no exagero. El proletariado no es en ninguna otra parte tan numeroso, su organización económica no es en ninguna otra parte más grande que en Inglaterra. Y en ninguna parte tiene menor poder político. No solamente es que ha perdido toda independencia en la alta política, sino que incluso no sabe ya defender sus intereses más inmediatos.

De nuevo queremos llamar a que rindan testimonio a los Webb, a los que ya hemos mencionado en diversas ocasiones; no son sospechosos de tendencias revolucionarias. “A pesar de los progresos en estos últimos diez años, el interés del obrero inglés hacia la política obrera ha disminuido; la ley de las ocho horas y el socialismo constructivo a la manera de los fabianos, que de tal forma apasionaron a los sindicatos entre 1890-1893, poco a poco han dejado de cautivarles. El número de representantes no ha aumentado en la Cámara de los Comunes”.

Ni los latigazos que les han dado recientemente sus adversarios han sacudido a los obreros ingleses. Se mantienen mudos cuando se violenta a sus sindicatos, cuando se aumenta el precio del pan. Como factores políticos, los obreros ingleses marchan muy lejos detrás de los de Rusia, el país de Europa más atrasado desde el punto de vista económico, el menos libre desde el punto de vista político. Su conciencia revolucionaria muy pronunciada es lo que da a los obreros rusos su gran fuerza en la práctica. Los obreros ingleses ejercen un papel de cero en la política efectiva porque renuncia a la revolución, porque solo conocen el interés del momento, la política dicha de la realidad.

Pero en esta política de la realidad la degradación moral e intelectual va de la mano con la pérdida de poderío político.

Más arriba he hablado del renacimiento moral de los proletarios que, tras haber sido los bárbaros de la sociedad moderna, han devenido el factor más importante del mantenimiento y del progreso de nuestra civilización. Pero solamente han alcanzado esta altura allí donde se han mantenido como adversarios declarados de la burguesía, donde sus aspiraciones al poder político los han imbuido profundamente con esta verdad: que están llamados a elevar, con ellos, a toda la sociedad a un estadio superior. En esto, también Inglaterra nos muestra en qué se convierte la clase obrera que renuncia a la revolución y únicamente hace política práctica, que la relega a un rincón burlándose de su ideal, la clase obrera que se mantiene apartada de toda lucha que no tenga por objetivo las libras esterlinas y los chelines. Los mismos burgueses se quejan de la decadencia moral e intelectual de la élite de los obreros ingleses, que no hace más que seguir el rastro de la burguesía y que hoy en día apenas es otra cosa que pequeñoburguesa que no se distingue del resto más que por una menor educación y que no tiene ideal más elevado que el de refrendar a sus dueños; imitan su hipócrita respetabilidad; al igual que ellos, admiran la riqueza sea cual sea su origen; emplean tontamente sus horas de esparcimiento. La emancipación de su clase les produce el efecto de un sueño insensato, pero por el contrario, el fútbol, el boxeo, las carreras, las apuestas, son asuntos que los apasionan y que absorben todos sus ratos libres, toda su inteligencia, todos sus recursos.

En vano se intenta inspirarle al obrero inglés una concepción más elevada de la vida con sermones morales, el sentimiento de los más nobles esfuerzos. La ética del proletariado deriva de sus aspiraciones revolucionarias; estas aspiraciones son las que le dan más fuerza y altura. La idea de la revolución es lo que ha librado al proletariado del sojuzgamiento más profundo, regeneración que es el mayor acontecimiento de la segunda mitad del siglo XIX.

A este idealismo revolucionario es al que queremos seguir siendo sobre todo fieles pues, pase lo que pase, soportaremos penosos trabajos, realizaremos grandes cosas y seremos dignos de la gran tarea histórica que nos está reservada.

Segunda Parte

Al día siguiente de la revolución social

Capítulo I. Delimitación del problema

Antes de abordar el objeto de este estudio en primer lugar es necesario que me justifique por las sospechas que haya podido despertar en el ánimo de mucha gente el título de mi estudio. *¡Al día siguiente de la revolución!* ¿Acaso esto no prueba que nosotros, “marxistas ortodoxos”, no somos en el fondo más que blanquistas disfrazados que confían en poder apoderarse algún día de la dictadura social mediante un golpe de mano? Querer, hoy en día, dictar prescripciones para un momento preciso cuando ignoramos cuándo y bajo qué condiciones advendrá ese momento, ¿no es volver a los caducos procedimientos de los utopistas?

Cierto que si mi título tuviese ese significado se tendrían las mejores razones del mundo para leer mi trabajo con la mayor de las desconfianzas. Por ello me apresuro a señalar que considero a la revolución como una fase histórica, cuya duración será más o menos larga y que puede prolongarse, a través de encarnizadas luchas, durante décadas. Estoy convencido, por otra parte, de que no vamos a estrujarnos la cabeza para inventar recetas para el futuro; un ejemplo probará cuán poco me preocupo de ello.

Cuando, hace ahora más de diez años, la democracia socialista alemana discutió un nuevo programa, se propuso introducir en él medidas que facilitasen el paso de la producción capitalista a la producción socialista. Yo me contaba entre los que alzaron la voz contra la adopción de tales propuestas porque consideraba un error querer, desde el presente, fijarle al partido su vía para un acontecimiento que no podemos figurarnos, del que solo podemos tener un vago presentimiento y que puede depararnos bastantes sorpresas. Pero creo que es un excelente ejercicio del pensamiento, un medio para darle claridad y consistencia a nuestras ideas política, aplicarnos a deducir todas las consecuencias de nuestras aspiraciones y sondear los problemas que puedan nacer de la conquista del poder político. Esto también es bastante ventajoso desde el punto de vista de la propaganda; por una parte, en efecto, nuestros adversarios pretenden que nuestra victoria nos pondrá frente a problemas insolubles; por otra parte, incluso en nuestra filas, hay hombres que han dibujado el más negro cuadro de las consecuencias de nuestra victoria. Dicen que la victoria contendrá el germen de la derrota. Es pues importante investigar si es así y qué parte de verdad hay en su discurso.

Pero para que tales reflexiones den resultados precisos, para que no se pierdan en el vacío, hay que estudiar los problemas que surgen bajo su forma más simple, bajo la que se nos presentan en la realidad, y separarlos de todas las circunstancias que los complican. Este es el procedimiento ordinario de la ciencia; y se sabe muy bien que en la realidad las cosas se comportan de forma diferente, que no se desarrollan tan uniformemente como se las supone en la abstracción.

Ya he dicho que la revolución social es un proceso de larga duración; pero, si queremos reducirla a su más simple expresión, necesitamos admitir que un buen día todo el poder político recaerá de un solo golpe en el proletariado, sin ninguna reserva, que solo se guiará por sus intereses de clase en el uso que haga del poder y que se servirá de este lo mejor posible; la primera hipótesis ciertamente no se realizará, y tampoco es necesario que la segunda sea el caso general. Para ello hará falta que el proletariado sea una masa más unida, más homogénea. Se sabe que el proletariado se divide en grupos diferentes en sus respectivas evoluciones, diferentes por sus

tradiciones, por el grado de su desarrollo intelectual y económico. Pero es muy verosímil que otras capas sociales, próximas al proletariado, asciendan al mismo tiempo que este: una fracción de los pequeñoburgueses, de los pequeños campesinos, que no comparten completamente las opiniones del proletariado; de ahí podrán nacer roces, malentendidos de toda suerte; no siempre podremos lograr que lo que queramos y no querremos hacer siempre lo que debemos hacer. Pero aquí tenemos que abstraernos de los factores discordantes. Por otra parte, es preciso que hablemos en este estudio de hipótesis conocidas; no podemos basarlo en una tal situación que no podría suceder en el futuro más que construyéndola sobre la arena. Y sin embargo, se comprende bien que no llegaremos al poder si la situación se mantiene tal y como está hoy en día. La misma revolución supone luchas largas y serias que, por sí solas, modificarán ya nuestra constitución política y social actual. Cuando el proletariado haya conquistado el poder político, pues, se plantearán problemas ignorados hoy en día mientras que otros problemas que nos preocupan hoy en día quedarán resueltos. Pero también surgirán medios, que no sospechamos incluso ni ahora, para resolver esos diferentes problemas.

Igual que el físico estudia la ley de la caída de los cuerpos en el vacío y no en el aire en movimiento, también nosotros estudiamos aquí la situación del proletariado victorioso bajo determinadas hipótesis que jamás se realizarán perfectamente; por ejemplo, la de que mañana se convertirá de un solo golpe en el dueño y que, para llevar a cabo la tarea que le incumbirá, dispondrá de los medios empleados hoy en día. Procediendo así podemos llegar a resultados que se diferenciarán de lo que pasará en realidad, como las leyes de la gravedad se diferencian de la caída efectiva de los diversos cuerpos. Pero, a pesar de estas perturbaciones, las leyes de la gravedad subsisten realmente y presiden la caída de cada cuerpo en particular, caída que solo se comprende cuando se comprenden esas leyes.

Igualmente reservaremos al proletariado victorioso las esperanzas y dificultades que establecemos al proceder como hemos dicho (suponiendo naturalmente que aplicamos bien nuestro método), y estas ejercerán un papel decisivo en las luchas de la revolución social y en sus pródromos, cuando incluso la realidad podrá apartarse de lo que admitimos aquí. Y solo de esta manera se puede llegar a juicios científicos establecidos sobre las esperanzas de la revolución social. A quien este medio de pronosticar no le ofrezca bastantes garantías no tiene más que callarse, cuando es cuestión de la revolución social, y decir simplemente: “Quien viva, verá”. Esto es indiscutiblemente lo que es seguro.

De hecho solo se puede discutir sobre los problemas relativos a la revolución social con los que se descubren por la vía que acabamos de indicar. Para todos los otros no puede uno pronunciarse ni en un sentido ni en el otro.

Capítulo II. Expropiación de los expropiadores

Admitamos pues que acaba de nacer el buen día que le proporcionará de golpe todo el poder al proletariado. ¿Qué hará este? No digo: ¿qué va a hacer apoyándose en tal o tal otra teoría, sino que se verá forzado a hacer bajo la presión de sus intereses de clase y la necesidad económica?

Sobra decir que hará en primer lugar aquello que la burguesía no ha hecho. Barrerá todos los restos de feudalidad y hará una verdad del programa democrático, que un día también fue el de la burguesía. Como el proletariado constituye la última de las clases, es la más democrática de todas. Introducirá el sufragio universal en todas las corporaciones, la libertad absoluta de prensa y reunión; llevará a cabo la separación de la Iglesia y el estado y abolirá todos los privilegios hereditarios; ayudará a las comunas a ser completamente autónomas y se desembarazará del militarismo, lo que se podrá hacer de dos maneras: o bien armando a toda la nación o procediendo al desarme. La política exige el armamento de la nación; las finanzas exigen el desarme. El armamento de la nación puede ser, bajo determinados casos, tan costoso como un ejército permanente; puede ser necesario para consolidar la democracia, para quitarle al gobierno la principal fuerza que puede dirigir contra la nación. El desarme tiene como principal objetivo disminuir el presupuesto de guerra. Puede hacerse de tal forma que el poder de los gobiernos aumente más; ello ocurre cuando se reemplaza al ejército salido del servicio militar obligatorio por un montón de hombres sin creencias que, por dinero, están dispuestos a cualquier faena. Un régimen proletario necesariamente tratará de conciliar los dos sistemas: armar la nación dejando de renovar el armamento; no se fabricarán nuevos fusiles, nuevos cañones, nuevos acorazados; no se construirán nuevos fuertes.

Sobra decir que el proletariado victorioso reformará radicalmente el sistema de impuestos. Se esforzará en suprimir los impuestos que agobian hoy en día a la clase obrera, sobre todo los impuestos indirectos que encarecen los alimentos; mediante el impuesto progresivo sobre los ingresos, o incluso sobre las riquezas, les pedirá, sobre todo a los grandes rentistas, a las grandes fortunas, los recursos necesarios para cubrir los gastos del estado. Volveré en otra parte sobre esta cuestión.

Pero lo que tendrá la mayor importancia para nosotros será la educación pública. La educación primaria ha preocupado siempre a los partidos proletarios, y ya ejerció un gran papel en las antiguas sectas comunistas de la Edad Media. Arrancarle a las clases ricas el monopolio de la educación ha sido durante todos los tiempos el deseo de la parte inteligente del proletariado. Cae por su peso que el nuevo régimen multiplicará y perfeccionará las escuelas, que mejorará la situación de los profesores y aumentará sus sueldos. Pero aún se hará más. El proletariado victorioso, por radical que sea, no podrá hacer desaparecer de golpe las diferencias de clase; estas son el resultado de una evolución de varios miles de años, y no pueden borrarse con todas las consecuencias que de ello derivan tan simplemente como se borra con un golpe de borrador lo escrito en la pizarra. Pero la escuela puede preparar las mentes para ello, y contribuirá potentemente a nivelar las clases educando por igual a todos los niños, igualmente bien alimentados, igualmente bien vestidos; al darles a todos la misma facilidad para desarrollar integralmente sus aptitudes intelectuales y físicas. No hay que exagerar la

importancia de la escuela. La vida tiene más poder que ella y, si la escuela quiere oponerse a la realidad, fracasará. Si, por ejemplo, quisiéramos intentar hacer desaparecer desde ahora mismo las distinciones de clase por medio de la escuela, llegaríamos a un lamentable resultado. Pero cuando la escuela actúa en el sentido de la evolución efectiva de la sociedad puede favorecerla y apresurarla. Así, en todas partes donde hay tendencia a hacer desaparecer las diferencias de clase, la escuela puede tomar la delantera y realizar, al menos en un dominio restringido, en la generación que educa, lo que se desarrolla en toda la sociedad.

El radicalismo burgués ya propuso todos esos objetivos, pero no los ha podido alcanzar porque para ello debía estar potentemente armado contra el capital y no ir con contemplaciones con él; este no es el caso de ninguna clase burguesa. La escuela, reorganizada según el plan que acabo de indicar en todo el imperio, exigiría, según el cálculo que hice en *La cuestión agraria*, un millardo y medio anual, puede que incluso dos millardos: ¡casi el doble del actual presupuesto de guerra! Tales sumas solo pueden consagrarse a las escuelas allí donde la cosa pública está en manos de un proletariado al que no paraliza el respeto a los que tienen grandes ingresos.

Pero la revolución no se detendrá tras haber realizado esas transformaciones. No es precisamente una revolución burguesa democrática, es una revolución proletaria. Como ya hemos dicho, no investigaremos ahora lo que el proletariado querrá hacer basándose sobre tal o tal otra teoría; no sabemos, en efecto, qué teorías pueden todavía aparecer y bajo qué condiciones, bajo qué influencias se realizará la revolución. Investigamos simplemente que se verá obligado a hacer, bajo la presión de la situación económica, si quiere actuar con eficacia.

Existe un problema que se impone antes que ningún otro a la atención de todo régimen proletario. Tendrá que remediar la situación de miseria de los parados. El paro es para el obrero una verdadera maldición; es sinónimo de miseria, de humillación, de crimen. El obrero solo vive de la venta de su fuerza de trabajo, y si no encuentra comprador para ella le acecha el hambre. Pero cuando el obrero trabaja, la idea del paro le atormenta pues no tiene ninguna seguridad para el día de mañana: el paro lo amenaza y con él la miseria. Un régimen proletario tendrá que trabajar para remediar esta situación, incluso si los proletarios, en lugar de ser socialistas, son simplemente liberales como en Inglaterra. No investigamos aquí de qué forma podrá resolver la cuestión del paro. Hay métodos muy diversos, y numerosos teóricos han planteado al respecto propuestas de lo más variadas. La misma burguesía ha buscado cómo remediar la miseria que resulta del paro, y ha hecho proyectos de seguro contra el paro que en parte se han realizado. Pero la sociedad burguesa no puede hacer nada que sea completo en este terreno porque se cortaría a sí misma la rama sobre la que ella se posa. Únicamente el proletariado victorioso podrá tomar medidas (y lo hará) capaces de hacer desaparecer la miseria del paro, sea producido por enfermedad o por cualquier otra causa. Para que todos los parados puedan ser socorridos eficazmente, es preciso que cambie la correlación de fuerzas entre el proletariado y la burguesía, entre el proletariado y el capital; así es como el proletariado se hará el dueño del taller. Si los obreros se venden ahora a los empresarios, si se ven en la necesidad de dejarse explotar y someterse, ello se debe a que el fantasma del paro los amenaza, a que el miedo al hambre los azota como un látigo. Si, por el contrario, el obrero tiene su existencia asegurada, incluso en caso de paro, nada le será más fácil que derrotar al capital. Entonces no necesitará ya del capitalista, que sin el obrero no podrá continuar su explotación. Cuando se haya llegado a eso, el empresario ya no tendrá ventaja y se verá forzado a ceder en todos los conflictos con sus obreros. Los capitalistas podrán entonces continuar dirigiendo las fábricas, pero dejarán de ser los amos y explotadores. Pero si

los capitalistas reconocen que solo les quedan ya los riesgos y cargas a soportar, serán los primeros en renunciar a la producción capitalista e insistir en que se les compren sus empresas, de las que ya no extraerán beneficios. Hechos análogos ya se han producido. Así, por dar un ejemplo, cuando en Irlanda la agitación agraria estaba en su más violento período, cuando los propietarios terratenientes ya no podían cobrar sus rentas, los lores mismos le pidieron al estado que comprase todo su suelo. Bajo el régimen proletario podríamos esperar lo mismo por parte de los empresarios capitalistas. Incluso si ese régimen no estuviese guiado por teóricos socialistas y no buscarse la forma *a priori* de convertir los medios de producción capitalistas en propiedad social, los capitalistas pedirían ellos mismos que se les comprasen sus medios de producción. La dominación política del proletariado y la continuación de la producción capitalista son dos cosas incompatibles. Quien admite la posibilidad de la primera debe también admitir la posibilidad de desaparición de la última. ¿A quién podrán vender sus empresas los capitalistas? Determinadas fábricas, minas, etc., podrían ser cedidas a los mismos obreros que trabajasen en ellas y pudiesen ser explotados colectivamente. Otras podrían ser vendidas a cooperativas de consumo, otras a las comunas o al estado. Pero ciertamente, el capital se dirigirá más a menudo a los compradores más seguros, más solventes, al estado y a las comunas, y, por esta misma razón, la mayor parte de las empresas se convertirán en propiedad del estado o de las comunas. Se sabe que esta será la solución preferida por la democracia socialista cuando llegue al gobierno. Por una parte, un proletariado que no estuviese guiado por ideas socialistas tenderían igualmente *a priori* a transformar en propiedad nacional o comunal todas las industrias que naturalmente (minas, por ejemplo), o debido a su organización (trust), han devenido monopolios. Esos monopolios particulares son en el presente insoportables no solamente para los asalariados sino para todas las clases de la sociedad que no están directamente interesadas en ellos. Solo la impotencia de la burguesía ante el capital hace que no se ataque a esos monopolios. Una revolución proletaria tendría como consecuencia necesariamente la abolición de la propiedad privada de esos monopolios. Pero hoy en día estos monopolios tienen ya una gran extensión; en el presente dominan toda la vida económica y se desarrollan rápidamente. Nacionalizarlos y municipalizarlos es devolverle a la sociedad todos sus órganos: el estado y la comuna amos de todo el proceso de producción.

Los medios de transporte (ferrocarriles, máquinas de vapor) son los más apropiados para ser nacionalizados; igual ocurre con la producción de las materias primas que se extraen de las minas, de los bosques, de los altos hornos, fábricas de maquinaria, etc. También en estos dominios se desarrollan a menudo la gran explotación y los cárteles. La conversión de las materias primas y productos manufacturados para el uso de los consumidores y del comercio a detalle tiene a menudo un carácter local y todavía está muy descentralizada. En este dominio serán las comunas y cooperativas las que ejercerán un papel principal; la explotación por el estado solo llegará en segundo lugar. Pero con el progreso de la división del trabajo, la producción para el consumo personal se hace cada vez menos importante en relación con la de los medios de producción. Y así aumenta el dominio de la producción por el estado. Ese dominio se desarrolla además a causa del hecho que el desarrollo de la circulación y de la gran explotación abre un mercado más vasto a todas las producciones locales y las transforma, una tras otra, en industrias nacionales. El alumbrado con gas, por ejemplo, es evidentemente un asunto comunal; por el contrario, el desarrollo del alumbrado eléctrico y de la transmisión de la fuerza motriz en los países montañosos hace necesaria la nacionalización de la fuerza hidráulica. A causa de este hecho, el alumbrado, que es una explotación comunal, se convierte en un asunto del estado. Por

otra parte, en otros tiempos el zapatero solo trabajaba para el mercado local mientras que la fábrica de zapatos suministra sus productos no a una sola comuna sino a todo el país; también ella está madura no para ser municipalizada, si no nacionalizada: lo mismo pasa con las refinerías de azúcar, las fábricas de cerveza, etc. La tendencia de la evolución es, pues, que predomine cada vez más la explotación por el estado bajo el régimen proletario.

No decimos nada más sobre la propiedad de los medios de producción de la gran explotación que comprende, naturalmente, a las explotaciones agrícolas. Pero ¿qué pasará con el capital-dinero y la propiedad terrateniente? El capital-dinero es esa porción del capital que puede colocarse con intereses. El capitalista propiamente dicho no tiene funciones personales que cumplir en la vida económica; es inútil, y se le puede expropiar de un plumazo sin ninguna dificultad. Se podrá lograr con más rapidez teniendo en cuenta que, precisamente, esa porción inútil de la clase de los capitalistas, las altas finanzas, es la que se adueña cada vez más de toda la vida económica. También es dueña de los grandes monopolios privados, de los trust, etc. Y no se puede expropiar al capital industrial y detenerse ante el capital-dinero. Uno y otro están demasiado estrechamente fusionados. La socialización de las explotaciones capitalistas (así es como designaremos brevemente la transferencia de la propiedad al estado, las comunas y cooperativas) tendrá como consecuencia natural la socialización de una gran parte del capital-dinero. Cuando se nacionaliza una fábrica o un dominio, sus deudas también quedan nacionalizadas; de deudas privadas devienen deudas del estado. Si se trata de una sociedad por acciones, los accionistas se convertirán en acreedores del estado.

Queda por considerar la propiedad de la tierra. Aquí hablo de la propiedad de la tierra y no de las explotaciones agrícolas. Las grandes explotaciones agrícolas regidas por el capital seguirán, naturalmente, la misma evolución que el resto de grandes explotaciones. Ya no tendrán asalariados y se verán forzadas a ofrecerle al estado o a las comunas la compra de sus posesiones, y así también serán socializadas. Las pequeñas explotaciones campesinas probablemente se mantendrán como propiedad privadas. Volveré sobre este punto más lejos.

No se trata, pues, de la explotación agrícola, sino de la propiedad de la tierra (independiente de la explotación), de la propiedad privada del suelo, que le procura al propietario una renta de la tierra bajo la forma de arriendo, alquiler o intereses hipotecarios, se trate de propiedad del suelo urbana o rural.

Lo que hemos dicho del capitalista financiero se aplica igualmente al propietario de la tierra. Este tampoco tiene ninguna función personal que cumplir en la vida económica y puede ser fácilmente eliminado. En determinados medios burgueses se constata ya el deseo de socializar la propiedad privada de la tierra, igual que se busca la forma de socializar los monopolios privados de los que hemos hablado anteriormente; esta propiedad privada deviene, en efecto, cada vez más opresiva, cada vez más nociva, sobre todo en las ciudades. En este caso, también es suficiente, simplemente, con ser lo bastante fuerte para llegar a la socialización, y el proletariado vencedor tendrá la fuerza necesaria. La expropiación de los expropiadores se resume en una pura cuestión de poder. Resulta fatalmente de las necesidades económicas del proletariado y será la consecuencia inevitable de su victoria.

Capítulo III. Confiscación o indemnización

La necesidad y posibilidad de la expropiación de los expropiadores no suscita ninguna duda en nuestra mente; no podemos responder con la misma seguridad a este otro interrogante conexo: ¿la expropiación será una confiscación o una adquisición?, ¿los propietarios actuales serán indemnizados o no? A este interrogante no estamos en condiciones de responder ahora. Nosotros no estaremos encargados de efectuar esa evolución: no se pueden prever cuáles serán las circunstancias ni cómo pesarán en la decisión hacia una u otra solución. Y, sin embargo, existen numerosas razones para creer que un régimen proletario preferirá la vía de la adquisición y buscará indemnizar a los capitalistas y propietarios de la tierra. Ofreceré solamente dos de estas razones, las que me parecen más serias. El capital-dinero ha devenido, como ya hemos dicho, un poder impersonal y hoy en día cualquier suma de dinero puede ser convertida en capital sin que el poseedor necesite actuar de capitalista. Sabemos que si hemos economizado una pieza de 5 francos podemos colocarla a interés sin por ello convertirnos en capitalistas. Es un fenómeno que explotan ampliamente los defensores optimistas del orden social actual. Deducen que sería muy posible con esos medios expropiar a los capitalistas, que sería suficiente con que todos los obreros llevaran a la Caja de Ahorros sus pequeños ahorros y tuviesen, así, una parte del capital. Esos mismos optimistas han dicho en otra parte: “Si confiscamos hoy en día el capital, no cogemos solamente el capital de los ricos, sino, también, el de los obreros, confiscaríamos también los pequeños ahorros de los pobres, de las viudas y de los huérfanos”. Actuando así, suscitaríamos un gran descontento, incluso entre los obreros: este es un motivo para animarlos a que derrocasen su propia dominación, derrocamiento que estos glorificadores del régimen actual esperan con seguridad.

No me detendré en el primer argumento: está desprovisto en exceso de buen sentido. La gente que quiere expropiar al capital mediante el aumento de los ahorros no ve que el gran capital aumenta mucho más. Por otra parte, es justo decir que un régimen proletario que se propusiese una confiscación general, confiscaría también los ahorros de los pequeños burgueses, pero ello no hará que los obreros se asqueen de su propia soberanía (hay que tener muy pocos argumentos serios a oponer a la revolución social para acunarse con tales esperanzas), pero ello llevaría al proletariado a renunciar a la confiscación de los medios de producción.

En ese caso, se puede preguntar ¿qué ventaja saca la clase obrera de la expropiación? Esta no tendrá otro efecto más que el de convertir todo el capital en capital-dinero, en deudas nacionales, comunales o corporativas; y la plusvalía, que los capitalistas extraían hasta ese momento directamente de los obreros, les llegaría por intermedio del estado, de las comunas o de las corporaciones. ¿Y eso cambiaría en algo la situación de los obreros?

Pregunta muy justa. Pero incluso si el régimen proletario tuviese que pagarle al capital la misma suma de beneficios que se embolsaba anteriormente, la expropiación bajo régimen proletario tendría, como mínimo, la gran ventaja de hacer imposible de ahí en adelante todo aumento de la explotación. El capital ya no puede producir nuevas rentas, ya no puede crecer. Por sí solo esto ya sería un excelente resultado de la

revolución proletaria. Todo aumento de la riqueza social devendría, pues, un adelanto para toda la sociedad.

Pero todavía existe otra ventaja. Desde el momento en que la propiedad capitalista tome la forma de deuda inscrita del estado, de la comuna o de las corporaciones, será posible establecer un impuesto progresivo sobre los rentas, sobre la fortuna, sobre las sucesiones, más elevado de lo que se podría hacer anteriormente. Ahora ya es una de nuestras reivindicaciones reemplazar por tales impuestos todos los otros, y muy en particular los impuestos indirectos. Pero si hoy en día fuésemos lo bastante fuertes como para introducirlos, gracias al apoyo de otros partidos (con lo que no hay que contar pues ningún partido burgués iría tan lejos), encontraríamos grandes dificultades para realizarlo. Es un hecho establecido que cuanto más elevados son los impuestos más tentación de defraudar al tesoro público hay. Y si incluso se lograra impedir toda ocultación de rentas y riqueza, todavía no se estaría en condiciones de subir a voluntad los impuestos sobre la renta y la riqueza porque los capitalistas demasiado gravados abandonarían el país, y el estado habría perdido del tiempo: sí, habría impuesto sobre la renta y la riqueza, pero la riqueza y los impuestos habrían desaparecido. Esos impuestos no pueden superar hoy en día, pues, cierta medida, incluso si el poder político está en manos de los proletarios. Pero la situación cambia por completo si toda la propiedad capitalista toma la forma de deuda pública. Esta propiedad, que hoy en día no puede evaluarse exactamente, quedará plenamente en evidencia. Será suficiente con decretar que todas las deudas deber ser inscritas a nombre del propietario y se podrá estimar exactamente las rentas y la fortuna de cada uno. Entonces se podrá subir los impuestos a voluntad, sin que sea posible ningún fraude. Ya no será posible tampoco escapar al impuesto gracias a la emigración, pues con los intereses siendo pagados por las instituciones públicas del país, por el mismo estado, será fácil retener el impuesto sobre la renta a pagar. Bajo esas condiciones, será posible subir el impuesto progresivo sobre la renta y la fortuna tanto como fuera necesario. En caso de necesidad, esta subida se parecería mucho a una confiscación de las grandes fortunas.

Pero se me preguntará ¿qué ventaja hay en tomar este camino desviado en lugar de confiscar directamente a las grandes fortunas? ¿No es pura comedia disimular las apariencias de la confiscación rescatando los capitales a su verdadero valor y apoderándose de ellos enseguida mediante el impuesto? ¿Acaso la diferencia entre este modo de proceder y la confiscación directa no radica más que en la forma?

Existe una diferencia. La confiscación directa de los capitales golpea por igual a los inválidos para el trabajo como a los trabajadores, a los grandes como a los pequeños. Con este método es difícil, a menudo imposible, distinguir las grandes rentas de las pequeñas, si unas y otras están comprometidas en las mismas empresas financieras. La confiscación directa se haría prontamente, de un golpe, mientras que la confiscación mediante el impuesto permite llegar a la supresión de la propiedad capitalista gracias a un lento proceso cuyo movimiento se acelerará a medida que la nueva organización se consolide y manifieste efectos felices. Permitirá hacer durar esta confiscación décadas, de modo que no se hará plenamente eficaz más que para la nueva generación, que habrá crecido en ese nuevo estado de cosas y que habrá aprendido a no contar ya ni con el capital ni con los intereses. La confiscación pierde de este modo lo que tiene de penosa, la gente se habituará, parecerá menos dolorosa. Cuanto más pacíficamente se haga la conquista del poder político, más sólidamente se organizará ese poder, más ilustrado será y más se podrá esperar que la forma más refinada del impuesto progresivo sea preferida a la forma más primitiva de la confiscación.

Me he detenido largamente sobre esta cuestión porque es una de las principales objeciones de nuestros adversarios, y no porque la solución presente grandes dificultades. Solamente más tarde nos enfrentaremos a muy serias dificultades. La expropiación de los medios de producción es relativamente el más simple de los grandes cambios que supondrá la revolución social. Para realizarla es suficiente con tener el poder necesario, y ese poder es la hipótesis sobre la que descansa todo nuestro estudio. Las dificultades del régimen proletario no pertenecen al dominio de la propiedad sino al de la producción.

Capítulo IV. Cómo interesar al obrero en el trabajo

Hemos visto que la revolución social pone fin al modo de producción capitalista, que la dominación política del proletariado está necesariamente ligada a una revolución económica dirigida contra la producción capitalista a fin de parar su desarrollo. Pero es preciso que la producción continúe, no puede detenerse, ni incluso durante algunas semanas, sin que toda la sociedad perezca. Es pues un deber urgente del proletariado victorioso asegurar la continuación de la producción a pesar de lo que pueda obstaculizarla, y encaminar a la fábrica y a los talleres a los obreros que les dan la espalda, mantenerlos en ellos a fin que la producción no se interrumpa.

¿Cuáles son los medios de que dispone a estos efectos el nuevo régimen? Ciertamente no podrá recurrir al aguijón del hambre ni a los medios coercitivos. Si hay gente que se imagina que el gobierno proletario se parecerá a un correccional, que la autoridad asignará a cada uno su tareas, es que conoce mal al proletariado que, dotándose de sus propias leyes, estará mucho más imbuido del amor a la libertad que los profesores serviles y bizantinos que se indignan contra el carácter correccional del futuro estado.

El proletariado victorioso jamás se acomodará a un régimen cuartelario o de correccional. No lo necesita; dispone de otros medios para mantener a los obreros en el trabajo.

En primer lugar no hay que olvidar la gran fuerza de la costumbre. El capital ha acostumbrado al obrero a trabajar de sol a sol, no sabría estar sin hacer nada. Existen incluso personas que están talmente habituadas a su trabajo que no saben qué hacer con sus horas libres; se sienten tristes cuando ya no trabajan. Existen pocas personas que fuesen felices sin trabajar jamás. Estoy convencido de que cuando el trabajo ya no tenga el carácter repugnante del agotamiento, cuando la jornada de trabajo se reduzca razonablemente, la masa de los obreros se volcará, por puro hábito, a un trabajo regular en las fábricas y minas.

No hay que decir que no se puede contar solamente con este estimulante, es el más débil de todos. Otro mucho más potente es el espíritu de *disciplina* del proletariado. Sabemos que cuando un sindicato decide la huelga, el obrero organizado es lo bastante disciplinado como para imponerse voluntariamente todas las pruebas, todos los terrores del paro y no saciar su hambre durante meses en interés de la causa común. Pienso pues que si la disciplina es bastante fuerte para arrancar a los obreros de la fábrica, lo será también para mantenerlos en ella. Cuando un sindicato reconoce la necesidad de un trabajo regular que no debe sufrir ninguna interrupción, podemos estar seguros de que, en interés de la colectividad, apenas habrá un miembro que abandone su puesto. Esta misma fuerza que hace hoy en día del proletariado un arma de guerra contra la producción hará entonces de él un medio eficaz para asegurar la marcha del trabajo social. Ahora ya se puede afirmar que cuanto más perfecta sea la organización sindical, más se podrá confiar en que la producción proseguirá sin interrupciones tras la conquista del poder político por el proletariado.

Pero la disciplina del proletariado no es la disciplina militar; no es la obediencia pasiva a una institución establecida desde arriba; es la disciplina democrática, la sumisión voluntaria a una dirección elegida y a las resoluciones de la mayoría de los

compañeros. Para que esa disciplina democrática tenga una acción en la fábrica es preciso que el trabajo sea organizado en ella democráticamente, que la fábrica democrática haya reemplazado a la fábrica autocrática de hoy en día. Cae por su peso que un régimen socialista no tendría nada más urgente que hacer que organizar democráticamente la producción. Solo se mantendrá en el trabajo la disciplina que es indispensable en él introduciendo la disciplina sindical en el proceso de producción.

Todo esto no se podrá hacer en todas partes de la misma forma: cada industria tiene su carácter propio, carácter que es una indicación para la organización de los obreros. Por ejemplo, existen explotaciones que no pueden abstraerse de una organización burocrática, tales como los ferrocarriles. He aquí cuál podría ser en este caso la organización democrática: los obreros elegirían a delegados que formarían una especie de parlamento que tendría como misión regular el trabajo y vigilar la administración burocrática. Otras explotaciones pueden confiarse a los sindicatos; otras, por fin, pueden ser dejadas en manos de las corporaciones. Existe en la industria, pues, una gran variedad en la organización democrática, y no podemos esperar que se adopten en todas ellas un solo y mismo modelo.

Hemos visto que puede haber diferentes suertes de propiedad: propiedad del estado, propiedad de la comuna, propiedad de las asociaciones; pero muchos medios de producción podrán continuar siendo de propiedad privada, así como lo mostraremos. Acabamos de ver que la organización de las explotaciones será muy variada.

Algunos potentes estimulantes pueden ser la disciplina democrática y el acostumbramiento a un trabajo regular, puede ser que no sean todavía una garantía suficiente para una participación constante de todos los obreros en la producción. No podemos esperar que la organización sindical englobe en la sociedad actual a la mayoría de los obreros. Cuando la clase obrera coja el timón, probablemente solo una minoría de sus miembros estará todavía organizada y disciplinada. Hará falta, pues, encontrar otros estimulantes para el trabajo. El que se le ofrece en primer lugar a un régimen proletario es la atracción al trabajo. Deberá hacerse un placer de ese trabajo que hoy en día es una pena todavía. Si el trabajo deviene agradable, la gente se meterá en él felizmente.

Cierto que esto no es cosa fácil; pero el proletariado podrá dar un primer paso en esta vía, desde el momento en que sea dueño de la situación, acortando la jornada de trabajo. Al mismo tiempo, se realizarán esfuerzos para hacer los talleres más higiénicos, más agradables, quitarle al trabajo todo lo que sea posible de aquello que lo hace desagradable, repugnante. Todas esas medidas no harán más que desarrollar aquello que se proponen ahora las leyes de protección del obrero. Pero para realizar grandes progresos en esta vía será preciso transformar los edificios y la técnica, y esos cambios no pueden producirse de un día para otro. Será difícil convertir rápidamente en atractivo el trabajo de las minas y la fábrica. Habrá pues que añadir otra atracción, además del atractivo del trabajo, esta será el salario.

Hablo aquí de salarios y se me dirá sin duda: “¿Entonces, todavía habrán salarios en la nueva sociedad? ¿Acaso no queremos suprimir el trabajo asalariado y el dinero? ¿Cómo entonces puede tratarse de salarios?” Estas objeciones tendrían base si la revolución social quisiera suprimir inmediatamente el dinero. Cosa que me parece imposible. El dinero es hasta el presente el más simple de los medios conocidos para facilitar la circulación de los productos, y su reparto entre los diferentes miembros de la sociedad, en el mecanismo tan complicado de la producción moderna y la división del trabajo llevada hasta el extremo. El dinero permite directamente a cada uno satisfacer sus necesidades según sus propensiones (naturalmente dentro de los límites de su poder económico). Como medio de circulación, el dinero seguirá siendo indispensable hasta que se encuentra algo mejor. En verdad perderá determinadas de sus funciones, al

menos en la circulación interna; ya no será la medida de valores. Algunas consideraciones sobre el valor no estarán de más aquí; dilucidarán lo que diremos más lejos.

Nada más erróneo que creer que a un régimen socialista le incumbe hacer ejecutar rigurosamente la ley del valor, vigilar que exista igualdad entre los valores intercambiados. La ley del valor es mucho más una ley propia de la sociedad productora de mercancías.

La producción de mercancías es el modo de producción en el que, con una división del trabajo muy desarrollada, numerosos productores independientes unos de otros producen unos para otros. Pero ningún modo de producción puede subsistir sin determinada proporcionalidad. El número de brazos de los que dispone una sociedad es limitado, y para que pueda satisfacer sus necesidades y continuar produciendo, es preciso que las fuerzas productivas disponibles estén repartidas convenientemente entre las diferentes ramas de la producción. En una sociedad comunista, el trabajo está metódicamente regulado, los obreros están repartidos de acuerdo a un plan determinado entre las diferentes industrias. Pero en la producción mercantil, esta regulación se hace según la ley del valor. El valor de toda mercancía no está limitado por el tiempo que se ha empleado en producirla, sino por el tiempo que su producción necesita en el estado social existente. No hablaremos aquí de la modificación que esta ley sufre en la producción capitalista a causa del beneficio, complicaríamos inútilmente nuestro análisis sin arrojar nueva luz sobre la cuestión. El tiempo necesario para una producción cualquiera en una sociedad determinada viene determinado, en primer lugar, por el grado de desarrollo que ha alcanzado en ella la técnica de esa producción, por el mayor o menor ardor puesto en el trabajo, en breve, por la fuerza productiva media del obrero, después por la calidad de los productos que necesita la sociedad y, por fin, por el total de obreros de que dispone la sociedad. Gracias a la libre competencia, el precio de los productos, es decir la cantidad de oro que se puede obtener a cambio de ellos, se aproxima a su valor siempre determinado por la duración del trabajo que se ha necesitado para ellos en el estado social determinado. Así sucede que la producción en una industria cualquiera, sin estar regulada por un órgano central, no se separa jamás demasiado, ni durante mucho tiempo, de su nivel normal. Sin la ley del valor, la producción mercantil, en medio de la anarquía que la domina, devendría muy pronto un caos inextricable.

Un ejemplo hará la cosa más evidente; escojámoslo tan simple como sea posible. Como objetos de la producción social tomemos dos mercancías cualesquiera: los pantalones y los tirantes.

Admitamos que en una sociedad la fabricación de pantalones en un tiempo determinado necesita 10.000 jornadas de trabajo y que la de los tirantes no requiera más 1.000 en el mismo espacio de tiempo: he ahí el número de jornadas de trabajo necesarias, en un estadio determinado de la productividad del trabajo, para suministrarle a la sociedad los pantalones y tirantes que necesita. Si la jornada de trabajo vale 10 marcos, el valor de los pantalones será de 100.000 marcos y el de los tirantes 10.000.

Si un solo obrero se aparta de la producción normal de la sociedad, si su trabajo solo equivale que alrededor de la mitad del de sus camaradas, el precio del producto de su jornada de trabajo también será de alrededor de la mitad del producto de la jornada de trabajo de sus camaradas. Este es un hecho conocido. Pero la misma cosa se presenta cuando la proporcionalidad de los trabajos deviene anormal. Si, por ejemplo, la fabricación de los tirantes exige más obreros de los que necesita la sociedad, esos obreros harán falta en otra parte pues el número de obreros del que dispone la sociedad es limitado. Admitamos para mayor simplicidad que los sastres suministran por sí solos

este excedente de obreros de tirantes; que en lugar de 10.000 jornadas de trabajo, los sastres no suministrasen más que 8.000, y que los obreros de tirantes en lugar de 1.000 jornadas suministrasen 3.000. Habrá superabundancia de tirantes, pero faltarán pantalones. ¿Qué resultará de ello? El precio de los tirantes bajará y el de los pantalones subirá. Las 3.000 jornadas de trabajo que se han consagrado efectivamente a la fabricación de los tirantes solo representarán, sin embargo, el valor de 1.000 jornadas de las que necesita la sociedad, y el valor de un par de tirantes se reducirá a un tercio de su valor primitivo, su precio caerá probablemente, además, por debajo de un tercio. El valor de los pantalones estará determinado todavía, como anteriormente, por las 10.000 jornadas de trabajo necesarias a la sociedad y no por las 8.000 jornadas que se le consagran efectivamente, y el valor de cada pantalón será de $\frac{5}{4}$ del valor anterior. En consecuencia, la fabricación de tirantes dejará de ser beneficiosa, el número de obreros que se dedican a ello disminuirá y estos irán a engrosar de nuevo las filas de los sastres de pantalones cuyo trabajo habrá devenido extraordinariamente remunerador. Así es como el valor regula la producción allí donde se da la libre competencia. No es este el mejor medio para regular la producción, pero es el único posible con la propiedad privada de los medios de producción. Cuando la propiedad de los medios de producción será colectiva, la producción también estará regulada colectivamente. Ya no será necesario regularla mediante el cambio de valores iguales. Al mismo tiempo, el dinero ya no será la medida de valores, ya no será un objeto de valor. La moneda metálica podrá reemplazarse por cualquier otra moneda. Los productos podrán ser mantenidos a precios independientes de su valor. Pero el tiempo empleado en producirlos siempre será de una importancia capital en su evaluación, y está completamente indicado que se tendrá cuenta de los precios que tenían los objetos anteriormente. Pero si hay dinero y si los productos son estimados, habrá que pagar el trabajo con dinero y necesariamente habrá salarios.

A pesar de ello sería un error creer que perdurará el salariado actual como lo hacen determinados fabianos que pretenden que la tarea del socialismo no es abolir el salariado sino generalizarlo. Esto solo es justo en apariencia. En el fondo el salariado es una cosa completamente diferente en un régimen proletario de lo que lo es en uno capitalista. Hoy en día es el precio del trabajo considerado como mercancía: está determinado en última instancia por los gastos de mantenimiento del obrero; sus oscilaciones dependen de la ley de la oferta y la demanda. Esto ya no será así en una sociedad en la que dominará el proletariado, el obrero ya no será forzado a vender su trabajo, que ya no será una mercancía cuyo precio está determinado por los gastos de producción, y ese precio no dependerá ya de la relación de la oferta y la demanda. Lo que determinará de allí en adelante la tasa del salario será, en última instancia, la cantidad de productos que habrá para repartir entre los obreros. Cuanto más considerable sea esa cantidad, más podrá elevarse el nivel general de los salarios, y se elevará efectivamente. Sin duda, la oferta y la demanda conservarán siempre cierta influencia sobre los salarios relativos de las diferentes industrias. Como no se le asignará militarmente tal o tal otra industria al obrero, entrará voluntariamente, podrá suceder que determinadas industrias se vean abarrotadas mientras que otras estén carentes de brazos. Para restablecer el equilibrio será suficiente con bajar los salarios allí donde los obreros superabunden, y subirlos allí donde su número sea insuficiente, hasta que cada rama de industria tenga tantos obreros como le hacen falta. Pero el nivel general de los salarios de todos los obreros ya no dependerá de la relación de la oferta y la demanda, sino mucho más de la cantidad de productos disponibles. Ya no se producirán bajadas generalizadas de salarios, a consecuencia de la superproducción. Cuanto más se produzca, más subirán los salarios en general.

He ahí un nuevo interrogante que se nos plantea: para asegurar la continuidad de la producción será necesario ligar los obreros a ella con un aumento general de los salarios. Pero ¿cómo se pagarán esos salarios aumentados? Dicho de otra forma: ¿de dónde se cogerá la cantidad necesaria de productos?

Si admitimos (cosa que no hemos hecho) el caso más favorable al nuevo régimen, el de una confiscación general, si todas las rentas de los capitalistas recaen en los obreros, de ello ya resultará una feliz alza de los salarios. En mi trabajo sobre reforma y revolución he reproducido una estadística que establece que en Inglaterra, en 1891, las rentas de los obreros alcanzaban en cifras redondas los 700 millones de libras esterlinas, y las de los capitalistas alrededor de 800 millones². He señalado además que esta estadística me parecía que embellecía la situación, que exageraba la cifra de los salarios y disminuía la de las rentas capitalistas. Pero admitamos esas cifras de 1891: muestran que, en cualquier caso, si la renta de los capitalistas pasase a ser parte de la de los obreros, todos los salarios podrían doblarse. Pero desgraciadamente ello no se hará tan fácilmente. Si expropiamos al capital hará falta que carguemos con sus funciones sociales. Entre estas está la importante función de la acumulación de capitales. Los capitalistas no consumen toda su renta; reservan una parte que sirve para extender la producción. Un régimen proletario tendrá que actuar igual para darle extensión a la producción: solo ya por este motivo, incluso si la confiscación del capital fuese radical, los obreros no obtendrían todas las rentas anteriores; por otra parte, los capitalistas están obligados a pasarle al estado, bajo forma de impuestos, una parte de la plusvalía que se embolsan. Esta parte será considerable puesto que el impuesto progresivo sobre la renta y la fortuna será el único impuesto del estado y la comuna. Los impuestos no disminuirán, ciertamente. Ya he indicado qué gastos necesitará nada más que la educación pública; además, será necesario constituir un seguro conveniente contra la enfermedad, un seguro a favor de los inválidos del trabajo, para la vejez, etc.

Vemos, pues, que incluso si confiscamos todo el capital de una sola vez, no quedará mucho de la renta de los capitalistas para consagrar al alza de los salarios. Todavía quedará mucho menos si queremos indemnizar a los capitalistas. Para elevar los salarios será absolutamente necesario, pues, producir más de lo que se hace en el presente.

Es por tanto urgente para la revolución social no solamente continuar la producción, sino aumentarla. El proletariado victorioso tendrá que apresurarse en desarrollar la producción si quiere estar a la altura de las numerosas exigencias que tendrá que satisfacer el nuevo régimen.

² Ver en esta obra página 20 y siguientes, y tabla n° 1 en página 21.

Capítulo V. Aumento de la producción

Existen diferentes medios para aumentar rápidamente la producción. Dos de los más eficaces de esos medios ya han adquirido una gran importancia. Ambos los emplean con éxito los trusts norteamericanos que, en general, nos enseñan muchas cosas sobre los métodos de la revolución social. Nos muestran cómo se puede aumentar la productividad del trabajo como por arte de magia. Se llega a ello simplemente concentrando toda la producción en las explotaciones más perfectas, y dejando paradas todas aquellas que no han alcanzado ese grado de perfección.

Por ejemplo, hace algunos años que el trust del azúcar utilizó solamente una cuarta parte de las refinerías que poseía, y produjo tanto azúcar en esa cuarta parte de sus fábricas como el que se producía en todas las fábricas juntas anteriormente. El trust del whisky compró 80 grandes destilerías de las que 48 dejaron de usarse inmediatamente; solo utilizó 12 que muy pronto suministraron más whisky del que producían anteriormente las 80 destilerías. Un régimen proletario procederá igual y podrá hacerlo mucho más fácilmente teniendo en cuenta que no estará obligado por la propiedad privada. Allí donde las explotaciones particulares son de propietarios privados, la eliminación de los establecimientos incompetentes solo se hace lentamente bajo la acción de la libre competencia. Los trusts han podido hacer a un lado inmediatamente a las explotaciones no exitosas porque todas estaban reunidas bajo una misma mano y no eran de propietarios privados. El método que los trusts pueden aplicar en un dominio relativamente restringido de la producción, podrá extenderse a toda la producción social mediante un régimen proletario que abolirá toda la propiedad privada capitalista. Pero su método de aumentar la producción por eliminación de las explotaciones no exitosas se distinguirá de la de los actuales trusts no solamente por su mayor extensión; además, tendrá otra eficacia y servirá a otros fines. El nuevo régimen realizará ese cambio sobre todo a fin de poder elevar los salarios. El trust, por el contrario, no se preocupa en absoluto de los obreros. Abandona buenamente a aquellos que se convierten en superfluos en las industrias donde hay demasiados brazos. Se sirve de ello más o menos para ejercer una presión sobre los obreros con trabajo, bajar sus salarios y aumentar su dependencia. El proletariado victorioso procederá de forma completamente diferente. Enviaré a las explotaciones activas a los obreros sobrantes allí donde la explotación ha cesado. Los trusts están mucho más dispuestos a echar a la calle a los obreros teniendo en cuenta que su objetivo no es aumentar considerablemente la producción.

Cuanto más aumenta la cantidad de productos, más oferta hay y más bajarán los precios, manteniéndose iguales todo el resto de circunstancias. Pero los trusts se proponen, precisamente, reaccionar contra la bajada de los precios, intentan, pues, más restringir la producción que aumentarla. Si solo utilizan las mejores explotaciones, únicamente lo hacen para disminuir los gastos de producción y aumentar, así, los beneficios manteniendo los precios o, incluso, aumentándolos, pero su objetivo no es aumentar la producción. Bajo el régimen proletario se trata, por el contrario, de extender la producción ya que ese régimen quiere aumentar los *salarios* y no los *beneficios*. Aumentará, pues, tanto como sea posible el número de obreros en las mejores explotaciones, y puede aumentar la producción haciendo trabajar en una explotación,

unos tras otros, a diversos equipos de obreros. La cosa es posible y ejercerá una gran influencia sobre la producción: lo mostraré con un ejemplo. Las cifras que voy a ofrecer son absolutamente ficticias y pueden no responder a la realidad; mi ejemplo no es, sin embargo, pura obra de la imaginación; está tomado de lo que se hace en los trusts. Consideremos, si quieren ustedes, a la industria textil en Alemania: ocupa hoy en día, en cifras redondas, alrededor de a un millón de obreros (1895: 993.257). Más de la mitad de esos obreros (1895: 587.599) trabajan en explotaciones que cuentan con más de 50 obreros. Admitamos, además, que la explotación más grande, la más vasta, es también la más perfecta. Ello no siempre es cierto: una explotación con 20 obreros puede estar mejor llevada técnicamente que otra que cuente con 80 obreros; pero así es en general, y podemos admitirlo aquí que se trata de un ejemplo útil para la demostración y no de la base de un proyecto para ejecutar mañana. Admitamos, pues, que las explotaciones más imperfectas sean aquellas que cuentan con menos de 50 obreros. Todas ellas dejarán de trabajar, y los obreros serán transferidos a aquellas que ocupan más de 50 obreros; entonces se les podría hacer trabajar sucesivamente dividiéndolos en dos equipos. Si hoy en día su jornada de trabajo es de 10 a 11 horas, se podría reducir a 8 horas aproximadamente para cada equipo. A partir de ese momento se trabajaría diariamente, pues, 6 horas más, la utilización de las máquinas aumentaría en proporción, ya que cada obrero trabaja dos horas menos que anteriormente. Podemos admitir que la producción de cada obrero no se verá disminuida ya que numerosos ejemplos han demostrado que las ventajas de una jornada reducida así contrabalancea, al menos en general, las desventajas que le son inherentes. Si admitimos, además, que en una explotación no perfeccionada un obrero produce anualmente una cantidad de trabajo de un valor de 2.000 marcos y que el obrero produce en las explotaciones más grandes dos veces más (Sinzheiner adopta esta relación de productividad entre la pequeña y gran explotación), es decir un valor de 4.000 marcos, ese medio millón de obreros empleados en las pequeñas explotaciones de la industria textil producirá, pues, un valor de un millardo de marcos, el otro medio millón de obreros empleados en las explotaciones más grandes producirá un valor de dos millardos; por tanto, el valor de los productos del millón de obreros será de tres millardos.

Pero si, bajo en nuevo régimen, todos los obreros están concentrados en las explotaciones con más de 50 obreros, el trabajo anual de cada obrero tendrá un valor de 4.000 marcos, el de todos los obreros del textil será, pues, de un valor de cuatro millardos de marcos, es decir de un millardo de marcos más que anteriormente.

Para facilitar la comparación admitimos que se producirán valores después como anteriormente.

Podríamos ir más lejos todavía y hacer cesar el trabajo no solamente en las pequeñas explotaciones, sino, también, en las explotaciones medias que cuenten de 50 a 200 obreros, y concentrar toda la industria textil en las fábricas más grandes, en aquellas que cuenten con más de 200 obreros. El número de obreros alemanes que trabajaban en dichas fábricas era en 1895 de 350.306, alrededor de un tercio del número total de los obreros del textil. Por tanto, sería necesario dividir a los obreros en tres series trabajando en turnos rodados, para ocuparlos en esas grandes explotaciones. Admitamos que, para evitar el trabajo de noche, la jornada de cada obrero se reduce a 5 horas, a la mitad de la duración actual del trabajo. Puede ser que hoy en día el obrero de las fábricas más grandes produzca cuatro veces más que el obrero de las pequeñas explotaciones, es decir por un valor de 8.000 francos según el supuesto completamente gratuito que hemos hecho. La reducción de la jornada de trabajo no entrañará una reducción proporcional de los productos ya que el obrero que tiene menos horas de trabajo, trabaja mejor que el obrero agotado. Si admitimos que en 8 horas producirá

tanto como en 10 hoy en día, no seremos demasiado optimistas admitiendo que cuando la jornada de trabajo sea reducida de 8 a 5 horas el trabajo producido no sufrirá más del 25% de disminución, que esta reducción estará ciertamente por debajo del 37%. De ello se deriva que cada obrero producirá anualmente un valor de 5.000 a 6.000 marcos como mínimo, y todos juntos un valor de 5 a 6 millardos.

La producción total podrá ascender entonces al doble de lo que es hoy en día y, *en consecuencia, los salarios podrán también ser doblados*, (haciendo completa abstracción de toda confiscación de capitales) *al mismo tiempo que la jornada de trabajo se reducirá a la mitad*. Bajo determinadas circunstancias, incluso el aumento de salarios, basándose en las cifras que acabamos de ofrecer, podrá ser todavía más grande. Admitamos que el producto anual de las industrias textiles que evaluamos en tres millardos se repartiese así: un millardo afectado a los salarios, un millardo a las materias primas, máquinas, etc., y un millardo constituyendo el beneficio del capital. Bajo el nuevo régimen producirán seis millardos, de los que dos se afectarán a las materias primas, máquinas, etc., uno a la indemnización de los capitalistas expropiados y a efectuar las contribuciones que rendían a la sociedad, y quedará tres millardos a distribuir en salarios que serían así *triplicados*. Y todo ello se obtendría sin que fuese necesario hacer otras instalaciones de nuevas máquinas; será suficiente con detener el trabajo de las pequeñas explotaciones y llevar a las grandes a los obreros devenidos disponibles. No tenemos, pues, más que hacer en grande lo que los trusts nos ofrecen como ejemplo en pequeña escala. Únicamente la propiedad privada de los medios de producción obstaculiza este desarrollo de las fuerzas productivas modernas.

Este método puede estudiarse, además, desde otro punto de vista. Nuestros adversarios nos objetarán con ganas que durante mucho tiempo aún será imposible nacionalizar la producción a causa del considerable número de talleres existentes. Pasará mucho tiempo antes de que la competencia haya destruido a las pequeñas explotaciones y haya, así, hecho posible la producción socialista. El Imperio Alemán cuenta, en efecto, con 2 millardos y medio de explotaciones industriales; las industrias textiles engloban ya por sí solas a más de 200.000. ¡Cómo podría dirigir tal cantidad de explotaciones el estado!

La tarea parece, en efecto, escalofriante, pero se simplifica considerablemente si admitimos que el régimen proletario emplea el método de los trusts, que expropia todas las explotaciones, pero que solo utiliza las grandes explotaciones perfeccionadas. Sobre las 200.000 explotaciones textiles, solo hay 3.000 que emplean a más de 50 obreros.

Está claro que la industria textil se concentra en estas últimas, ello ya simplificará mucho la regulación social de la producción.

Esta regulación, además, se verá más simplificada si, como admitimos, el nuevo régimen cierra todas las fábricas que cuenten con menos de 200 obreros; solo quedarán 800 de las 200.000.

La vigilancia y control de 800 explotaciones ya no es imposible.

De ahí un nuevo punto de vista digno de consideración. Nuestros adversarios, y los pesimistas que se encuentra en nuestras propias filas, dudan de la madurez de nuestra sociedad para la producción socialista, a causa de las numerosas pequeñas industrias que vegetan y de las que es incapaz de desembarazarse con prontitud. Y con un aire de triunfo se nos recuerda sin cesar el gran número de pequeñas explotaciones que todavía subsisten. Pero nuestra madurez para el socialismo no se mide por el número de las pequeñas explotaciones que todavía subsisten, sino por el número de las grandes explotaciones que ya existen. Sin el desarrollo de la gran explotación, el socialismo es imposible. Pero allí donde la gran explotación ya se ha bien desarrollado, será fácil para el socialismo concentrar la producción y hacer prontamente tabla rasa de

la pequeña explotación. Los pájaros de mal agüero, que no saben augurarle al socialismo más que las desgracias que le esperan, se agarran obstinadamente al hecho que de 1882 a 1895 el número de las pequeñas explotaciones ha aumentado en un 1,8% en el Imperio Alemán; no quieren ver este otro hecho: que en el mismo intervalo de tiempo el número de las grandes explotaciones que cuentan con más de 50 obreros ha aumentado en un 99% y el de las explotaciones gigantescas de más de 1.000 obreros en un 100%. Este aumento es la condición previa para el socialismo, y esta condición ya se cumple ampliamente. Si el número absoluto de las pequeñas explotaciones no disminuye, ello prueba, simplemente, que los restos que tendrá que barrer el régimen proletario son todavía considerables. A la espera, los trusts nos prometen preparar la faena incluso en este punto.

También nos podrán servir de modelo en otros puntos. Los actuales trusts aumentan sus beneficios no solamente aumentando la productividad de sus obreros, sino, además, haciendo toda suerte de ahorros. Una producción socialista tendrá que hacer los mayores ahorros de material, de productos accesorios, de transporte. Para mantenernos en el ejemplo de la industria textil, en ella se necesitan muchos más gastos para transportar las materias primas y los accesorios a las 200.000 explotaciones que para hacerlo a las 800 fábricas. Mismo ahorro en los gastos de dirección. Las más pequeñas explotaciones, las que ocupan menos de 5 obreros, no necesitan, en verdad, gastos de vigilancia especiales. El director es al mismo tiempo obrero; abstracción hecha de aquellas, quedan 12.000, en las que la dirección exigirá ciertamente un mayor número de personal que en las 800 grandes explotaciones. Los trusts realizan todavía mayores ahorros suprimiendo toda competencia. Desde que se han propagado por Estados Unidos, el número de viajantes disminuye. El caso más notable lo ha señalado J. W. Jenks en un trabajo: un trust ha extendido talmente su producción que el número de sus obreros ha crecido desde su fundación en un 51%, en lo tocante a los que todavía no han cumplido el aprendizaje, y en un 14% en lo tocante a los profesionales. Por el contrario, el número de sus viajantes ha disminuido en un 75% en el mismo intervalo de tiempo. El mismo Jenks nos informa de que determinados trusts, según sus informaciones, ahorran entre un 40 y un 85% en gastos de inserción de anuncios y propaganda, y a menudo incluso más.

La elevación de los salarios en la industria tendría como resultado, además, liberar a una cantidad de trabajadores que hoy en día tienen una existencia parasitaria de intermediarios. Viven penosamente en sus pequeñas tiendas, no porque estas sean necesarias, sino porque sus poseedores han perdido toda esperanza de ganarse la vida de forma diferente, o bien porque tienen salarios insuficientes y se ven obligados a buscar algún recurso necesario.

De los dos millones de personas que hoy en día están ocupadas en Alemania en el comercio y los negocios (sin incluir a los ferrocarriles ni correos), puede que la mitad devengan miembros activos de la sociedad en lugar de dedicarse a ocupaciones parasitarias, si se elevan los salarios en la industria, si se tiene en ella necesidad de más brazos.

He ahí los dos métodos que permiten aumentar la productividad de los obreros: la supresión de ocupaciones parasitarias y la concentración de la explotación en los establecimientos más perfeccionados. Empleando estos dos métodos, un régimen proletario llevará inmediatamente la producción a un nivel tal que le será posible subir sensiblemente los salarios al mismo tiempo que reducirá la jornada de trabajo. Cada alza de los salarios, cada reducción de la jornada de trabajo ofrecerá un nuevo atractivo al trabajo, y atraerá hacia la producción a obreros que hasta entonces ocupaban puestos parásitos, eran criados, minoristas, etc. Cuanto más se elevan los salarios, más obreros

habrá. Pero en una organización socialista se puede revertir la propuesta: cuantos más obreros haya, menos ociosos habrá en consecuencia en la sociedad, y más se producirá y más subirán los salarios. Esta ley sería absurda en una sociedad capitalista en la que los salarios se deprecian más cuanto mayor oferta de brazos hay, todo el resto manteniéndose igual. Es una ley de los salarios de la producción socialista.

Capítulo VI. La organización del proceso de producción

Aplicándole a la producción los dos métodos de los trusts que acabamos de examinar, un régimen proletario no habrá hecho todavía bastante para asegurar la continuación de la producción.

El proceso de la producción, que implica la renovación, que es como una reproducción constante, no reclama solamente que la producción no se interrumpa nunca; la circulación tampoco debe detenerse a causa de ningún obstáculo. Si la producción debe ser constante, no solamente son necesarios obreros que fabriquen productos, tampoco puede haber paros en la llegada de materias primas, de accesorios (hulla, útiles y máquinas, víveres para los obreros), además es preciso que los productos acabados encuentren mercados. Un paro en la circulación es una verdadera crisis económica. Hay paro cuando se da superproducción de determinada mercancía. En este caso, las fábricas que la suministran no pueden mantenerse en plena actividad, a causa de la falta de fluidez de sus productos. Ya no sacan dinero de ellos y en consecuencia les faltan recursos para comprar nuevas materias primas, para pagar los salarios, etc. Pero una crisis puede también ser el resultado de la insuficiente producción de determinada mercancía: este fue el caso, por ejemplo, de la crisis algodonera que sufrió Inglaterra a consecuencia de la guerra de secesión en los Estados Unidos, durante la cual la producción de algodón había bajado mucho.

Las crisis son el peor flagelo de la producción moderna. Un régimen proletario no tiene obligación más urgente que evitarlas. Solo puede lograrse regulando metódicamente la producción y la circulación, es decir la reproducción.

La organización de la producción se designa generalmente como la tarea del socialismo. Pero el capital se encarga en parte de esta tarea cuando, en lugar de un gran número de pequeñas explotaciones, organiza una gran explotación donde emplea a millares de obreros. Los trusts logran organizar a toda una rama de la industria. Pero de lo que únicamente un régimen proletario puede encargarse es de la regulación metódica de la *circulación*, de las relaciones entre las diferentes industrias, entre los productores y los consumidores, entendiendo la palabra en su más amplio sentido, englobando a la vez a quienes consumen personalmente y a quienes consumen para la producción. El hilo que emplea el tejedor, por ejemplo, es un consumo productivo, el pan que come es un consumo personal.

Únicamente el proletariado puede regular la circulación de los productos suprimiendo la propiedad privada de las explotaciones; no solamente puede, sino que debe, a fin de asegurar la marcha constante de la producción y consolidar su régimen. Debe fijar cuál debe ser la producción de cada fábrica social basando sus cálculos en las fuerzas productivas disponibles (obreros y medios de producción) y en las necesidades, y debe cuidar que cada fábrica reciba los obreros y medios de producción que necesita, y que sus productos sean entregados a los consumidores.

¿Pero ese problema no es insoluble en un gran estado moderno? Que uno se imagine al estado alemán dirigiendo la producción de 2 millones de fábricas y encargado como intermediario de la circulación de sus productos, de los que unos, como medios de producción, son objeto de cambios recíprocos, de los que otros, como objetos de consumo, deben suministrarse a 60.000.000 millones de habitantes, de los que cada

uno tiene necesidades particulares y variables. La tarea parece aplastante si no se quiere llegar a regular desde arriba las necesidades de los hombres según un modelo muy simple, a reducirlas a su extremo límite, a racionarlas como en el cuartel, en breve, a hacer descender varios grados la vida civilizada de nuestros días. ¿Es que nuestro ideal sería la vida de cuartel o la del correccional? Ciertamente, la tarea no es simple, es la más difícil de las que le incumbirán al régimen proletario y le dará más de un quebradero de cabeza. Pero, sin embargo, no hay que exagerar las dificultades.

Señalemos, en primer lugar, que no se trata de crear de un día para otro una organización completamente nueva de la producción y la circulación. Esta organización nueva ya existe hasta cierto punto, sin ella sería imposible la sociedad moderna. Se trata simplemente de convertir esta organización (que se sostiene en la ley del valor) que actúa sin que se enteren los interesados, penosamente, en medio de fricciones, crisis y bancarrotas, en una organización formada con premeditación, en la que el juego de la oferta y la demanda sea reemplazado por un cálculo previo. La proporcionalidad de las diferentes ramas del trabajo ya existe, aunque imperfectamente y sin continuidad; no se tiene pues que establecer, es suficiente con perfeccionarla, hacerla más estable. Como en la cuestión de los precios y del dinero, también aquí necesitamos relacionarnos con la tradición, no cambiarlo todo de arriba abajo, sino, simplemente, extender por aquí, poner restricciones por allí y consolidar lo que falta de firmeza.

Pero el problema se simplifica considerablemente a causa del hecho que hemos establecido: que al concentrar la producción en las fábricas más perfeccionadas se disminuye sensiblemente el número de las explotaciones. De los 2.146.972 de explotaciones con que contaba en 1895 la industria alemana solo hay 17.941 grandes explotaciones que cada una de ellas ocupa a más de 50 obreros (en cualquier caso emplean hoy en día ya a 3.000.000 de obreros, cuando toda la industria da ocupación a 8.000.000). Claro que no sostengo que esas grandes explotaciones serán las únicas en actividad. Sería ridículo querer precisar con cifras la situación del mañana. Todas las cifras que hemos ofrecido no tienen otro objetivo más que arrojar un poco de luz sobre los problemas que no dejarán de surgir, no podrían dibujar un cuadro exacto de lo que será realmente. Esa relación de 2.000.000 de explotaciones industriales con 18.000 grandes explotaciones muestra, simplemente, que bajo el régimen proletario el número de las explotaciones disminuirá sensiblemente. A parte de esta reducción de las explotaciones, todavía hay otra cosa que podrá facilitar la organización de la producción.

La producción puede dividirse en dos grandes dominios, el de la producción para el consumo y el de la producción para la producción. Gracias a la extrema división del trabajo, la producción de medios de producción es hoy en día la parte más importante de la producción, y cada día adquiere una mayor extensión. Por decirlo así, no hay un solo objeto de consumo que salga de las manos de un único productor, todos pasan por una serie de talleres y el obrero que pone en ellos la última mano es el término extremo de una larga serie. La producción para el consumo y la producción para la producción tienen cada una de ellas su carácter completamente particular. La producción de los medios de producción es el dominio de las explotaciones gigantescas: tales como las industrias del hierro, las minas, etc. Estas están ya fuertemente organizadas gracias a las asociaciones de empresarios, a los cárteles, trusts, etc. Pero incluso entre los compradores de esos medios de producción también están ya muy desarrolladas las asociaciones de empresarios. Entre aquéllos, la mayoría de los asuntos ya no se tratan entre empresarios particulares, sino entre sindicatos de empresarios. E incluso cuando hay pocos sindicatos de empresario, siempre hay en ese dominio de la producción un número relativamente pequeño de productores en presencia de un número pequeño de

consumidores. En efecto, el consumidor no es, en este caso, un individuo, sino toda una explotación. En 1895, 1.152 explotaciones contaban con 17.074 obreros que se ocupaban de la fabricación de las máquinas de hilar y tejer: de este número, 744 explotaciones, con 1.474 obreros, eran insignificantes. Solo se contaban 73 grandes explotaciones que hacían trabajar a 10.355 obreros. Tenían enfrente a 200.000 explotaciones de tejidos (tejedurías, hilanderías, y otras), pero, como hemos visto, el número podría ser reducido a algunos millares, puede que a algunos centenares.

Cuando la producción haya sido concentrada en las explotaciones más perfeccionadas, puede que se mantengan por una parte 50 fábricas de máquinas y, por la otra parte, 2.000 hilaturas o tejedurías. ¿Será imposible que haya entente entre unas y otras a fin de regular metódicamente la producción de sus máquinas?

El número de productores y el de consumidores siendo bastante débil, se comprende con bastante facilidad que desde el principio no se produce más que muy pocos medios de producción para el mercado, que solo se producen a demanda. Se desarrollan, pues, la producción metódica, la producción y la circulación previsoras.

La producción de objetos de consumo tiene otro carácter. Aquí, además, tenemos explotaciones gigantescas (refinerías, cervecerías), pero en general la que reina en este dominio es la pequeña industria, o, más a menudo, se trata de acoplarse a las necesidades individuales de los clientes; la pequeña industria puede hacerlo más fácilmente que la grande. Las explotaciones son numerosas, y el número no puede reducirse en la misma medida que la de las explotaciones que suministran los medios de producción. Aquí también domina la producción para el mercado en lugar de la producción a demanda. El mercado mismo es menos calculable a causa del gran número de consumidores.

El número de sindicatos de empresarios es mucho menor. La organización de la producción y de la circulación de los productos de consumo será, pues, mucho más difícil que en el caso de los medios de producción. Pero en este caso también hay una distinción a establecer entre los objetos de consumo indispensables y los objetos de lujo. La demanda de los objetos de consumo indispensables sufre relativamente pocas fluctuaciones, es casi constante. Un día como otro se necesitan las mismas cantidades de calzado y de lencería. Por el contrario, la demanda de un objeto de consumo sufrirá fluctuaciones mucho más grandes cuanto más carácter de objeto de lujo tenga; es agradable poseer tales objetos, gozar de ellos; pero no son indispensables, su consumo dependen de las circunstancias. Pero, si se ve de más cerca, se descubre que esas variaciones en la demanda son muy a menudo producidas por la misma industria y no por los compradores. Se sabe, por ejemplo, que si las modas cambian tan a menudo solo ocurre esto no porque el público sea inconstante en sus gustos, sino porque los productores sienten la necesidad de poner fuera de uso las antiguas mercancías ya vendidas e incitar, así, a los consumidores a comprar nuevas. Por ello, lo nuevo debe diferir sensiblemente de lo antiguo. A parte de la agitación perpetua que está en el mismo fondo de la producción moderna, esta tendencia del productor es la principal causa de los frecuentes cambios en la moda. Es él el que crea nuevas modas y quien las impone después al público.

Pero las fluctuaciones de la demanda de objetos de consumo, de objetos de lujo sobre todo, dependen más aun de las variaciones en los ingresos de los consumidores que de los cambios en la moda. Esas variaciones de ingresos, en tanto que no son casos aislados, cuando afectan a una gran parte de la sociedad, provienen de las alternativas de tiempos prósperos y tiempos de crisis, momentos en los que faltan brazos y otros en los que se extiende el paro. Pero, si investigamos de dónde provienen esas alternativas, veremos que provienen del dominio de la producción de medios de producción. Es de

conocimiento general, y nadie lo niega, que hoy en día es la industria del hierro la que ocasiona sobre todo las crisis.

La sucesión de tiempos de prosperidad y de crisis, y en consecuencia las grandes oscilaciones en el comercio de los objetos de consumo, nacen, pues, en el dominio de la producción de los medios de producción, que la concentración de las explotaciones y la organización de la producción han desarrollado en el presente de tal forma que la organización de la producción y de la circulación se podrá perfeccionar mucho antes que en otros casos. Si los medios de producción son objeto de una producción sin variaciones, tampoco habrá grandes variaciones en la demanda de los objetos de consumo, y entonces será muy fácil establecer las dimensiones de esta demanda sin que se tenga que regular el consumo.

En tanto que nacen de la producción, solo existe una suerte de perturbaciones de la circulación que puedan devenir fatales para un régimen proletario: la insuficiencia y no el exceso de la producción. Hoy en día, la superproducción es la principal causa de las crisis; lo que todavía es difícil es la venta, es la colocación de los productos. La compra, la adquisición de los productos que se necesitan ocasiona en general pocas molestias, al menos a quienes tienen la bolsa lo bastante llena. Pero en un régimen proletario ocurre todo lo contrario. Ya no hay por qué inquietarse mucho por la colocación de los productos fabricados: ya no son particulares los que producen para otros particulares, es la sociedad la que produce para sus propias necesidades. En este caso, no puede haber crisis más que si la fabricación de los productos destinados a la producción o al consumo personal deviene insuficiente. Pero si se da, por aquí y por allá, o incluso en todas partes, superproducción, en verdad lo que habrá será trabajo desperdiciado, es decir una pérdida para la sociedad, pero ni la producción ni el consumo se verán obstaculizados en su mercado. La gran preocupación del nuevo régimen será producir suficiente en todos los dominios; cierto, al mismo tiempo cuidará de no malgastar sus fuerzas de trabajo en producciones superfluas, pues toda disipación de este género se traduce en primer lugar en una prolongación superflua de la jornada de trabajo.

Capítulo VII. Supervivencias de la propiedad privada de los medios de producción

Hemos visto que el régimen proletario se apresura a poner fin a la pequeña explotación en todas partes donde representa la imperfección, desde la industria al comercio al por menor.

Los esfuerzos para organizar la circulación, mencionados hace un instante, tenderán también a la supresión rápida del pequeño comercio, que será reemplazado ya por cooperativas de consumo, ya por organizaciones municipales. Para poder abrazar y organizar más fácilmente la producción importa, en efecto, que su dirección no tenga que enfrentarse a un número prodigioso de compradores sino a un pequeño número de organizaciones.

Las cooperativas de consumo y las comunas también tendrán que producir todos los objetos de consumo necesarios para el municipio: el pan, la leche, las legumbres, la construcción de viviendas.

Pero no por ello debe pensarse que todas las pequeñas explotaciones privadas desaparecerán; se mantendrán sobre todo las pequeñas explotaciones agrícolas. Ciertamente, aquellas que ya se hayan convertido en explotaciones capitalistas devendrán explotaciones nacionales, o municipales, o cooperativas. Al mismo tiempo, muchos de nuestros campesinos “enanos” renunciarán a su género de existencia y se convertirán en obreros en las grandes explotaciones industriales o agrícolas que les aseguran una situación mejor. Pero cabe esperar que siempre haya campesinos que continúen explotando su pequeña posesión con los miembros de su familia, o como máximo con un criado o sirviente. Estando dado el temperamento conservador de nuestros campesinos de hoy en día, es muy verosímil que un buen número de ellos quieran continuar explotando como en el pasado.

El gobierno proletario no estará, por otra parte, dispuesto en absoluto a posesionarse de las explotaciones tan pequeñas. Y ningún socialista que merezca ser tomado en serio jamás ha pedido que fuesen expropiados los campesinos, o que sus bienes fuesen confiscados. Es mucho más probable que se permita al campesino continuar su tren de vida como en el pasado. El campesino no tiene nada que temer de un régimen socialista.

También es igualmente verosímil que esas explotaciones campesinas adquieran una nueva fuerza bajo el nuevo régimen. Ausencia de cargas militares, desgravación de impuestos, administración autónoma, escuelas y vías de comunicación mantenidas por el estado, sin indigentes que alimentar, deudas hipotecarias nacionalizadas o incluso reducidas, serán otras tantas ventajas para él, y la lista no se ha agotado. Pero también hemos visto que el proletariado victorioso tiene muchos motivos para multiplicar los productos, y entre ellos los que más demanda tendrán serán los agrícolas en primer lugar. A pesar de todas las refutaciones del pauperismo todavía hay muchos hambrientos a saciar, y ya este solo hecho nos autoriza a admitir que el alza de los salarios se manifestará sobre todo en una mayor demanda de los productos agrícolas. El régimen proletario tendrá, pues, un gran interés en aumentar la producción de los campesinos y los apoyará pujantemente al efecto. En su propio interés, hará que se recuperen las explotaciones campesinas atrasadas facilitándoles ganado, máquinas,

fertilizantes, abonando el suelo, etc. Así logrará desarrollar las producciones agrícolas, incluso en las explotaciones que se hayan socializado.

Pero aquí, igual que en otros dominios, las circunstancias impondrán la necesidad de simplificar el proceso de circulación reemplazando a muchos particulares que cambian sus productos entre ellos por un pequeño número de organizaciones que se asocien con objetivos económicos: el estado suministrará gustoso el ganado, las máquinas, los fertilizantes a los municipios o a las asociaciones de campesinos o particulares. Estas mismas comunas y asociaciones ya no encontrarán como adquirientes de sus productos a detallistas privados sino a cooperativas de consumo, comunas, explotaciones del estado (molinos, cervecerías, refinerías, etc.). También en este caso la economía privada cederá insensiblemente el terreno a la economía social, que acabará transformando también a las explotaciones campesinas mediante la reunión de diversas explotaciones privadas en una gran explotación cooperativa o municipal. Los campesinos reunirán sus tierras y las trabajarán en común, sobre todo si ven que la explotación colectiva de las grandes explotaciones expropiadas tiene éxito, cuando se vea que con el mismo gasto de trabajo producen considerablemente más de lo que pueda hacerlo la pequeña explotación, cuando se vea que para una misma cantidad de productos le dejan al obrero mucho más tiempo libre. Si la pequeña explotación agrícola se sostiene todavía es en gran parte porque extrae de sus obreros más trabajo del que puede extraer la gran explotación.

Es innegable que los campesinos trabajan mucho más que los obreros asalariados de las grandes propiedades terratenientes. El campesino casi nunca tiene una hora de libertad, e incluso durante sus raros ratos de ocio reflexiona todavía en los medios para mejorar su explotación. No conoce otra cosa que su explotación, y esta es una de las razones por las que encontramos tantas dificultades para ganarlos a nuestra causa. Pero todo ello no se aplica más que a la vieja generación; la nueva ya tiene otra forma de ver las cosas; siente una gran necesidad de placeres, de diversiones, de gozo, pero también de más cultura intelectual. Y como en el campo no encuentra satisfacción a esa necesidad, afluye hacia las ciudades abandonando el campo. Si el campesino ve que puede mantenerse en la agricultura sin tener que renunciar al tiempo libre y a la cultura intelectual, ya no huirá del campo, sino que pasará de la pequeña a la gran explotación, y ello hará desaparecer uno de los últimos baluartes de la propiedad privada.

El proletariado victorioso no pensará en emplear la violencia para apresurar esta evolución y ello por esta excelente razón: porque ya no se preocupará en suscitar sin necesidad luchas sangrientas. Y no hay que esperar otra cosa si se trata de imponerle al campesino un nuevo modo de producción. Por más elevada idea que tengamos de la combatividad, de la intrepidez del proletariado, sabemos que no atacará a la pequeña gente, explotada también, que todos sus esfuerzos se dirigirán contra los grandes explotadores.

Además de la agricultura, también habrá que considerar las pequeñas explotaciones industriales. Se puede esperar que estas no desaparezcan completamente en tiempos próximos. Ciertamente, en todas partes donde las explotaciones mal organizadas estén en competencia con otras más perfeccionadas, el nuevo régimen pondrá manos a la obra para cesar a las primeras y situar a los obreros en las últimas: se les atraerá fácilmente ofreciéndoles salarios más elevados. Pero todavía existen industrias donde la máquina no puede presentar competencia con éxito al trabajo a mano, donde es incapaz de ofrecer los mismos resultados. En cualquier caso, es bueno señalar que recorriendo las estadísticas de la industria del Imperio Alemán no he encontrado industria en la que la pequeña explotación domine exclusivamente (existe excepción para una sola rama

mínima que abraza a cuatro explotaciones con un obrero cada una de ellas). Voy a ofrecer aquí algunas cifras (tabla de dos entradas n° 3) que, hasta lo que sé, todavía no han sido publicadas. En las industrias siguientes, la pequeña explotación todavía es casi exclusiva (más de 97% del total de las explotaciones); la gran explotación (con más de 50 obreros) todavía se desconoce en ellas.

Si hacemos a un lado a los artistas, los peluqueros, los deshollinadores, los fabricantes de violines, y, si ustedes quieren, los descuartizadores y limpiabotas, quedan infinitamente pocas de las pequeñas explotaciones que trabajen sin competencia de explotaciones más importantes.

Tabla n° 3

	Número de explotaciones		Número de motores
	De 1 a 5 obreros	De 6 a 50 obreros	
Fabricantes de piedras de afilar	77	2	52
Fabricantes de violines	1.037	24	5
Preparadores de piezas anatómicas	126	3	0
Descuartizadores	971	2	11
Hilaturas	Sin indicación de materias primas ³	275	3
Tejedurías		608	6
Juguetes de caucho	4	0	0
Peluqueros	60.035	470	6
Limpiabotas	744	4	7
Deshollinadores	3.860	26	0
Pintores y escultores	5.630	84	2

Sin embargo podemos conceder todavía algún futuro para las pequeñas explotaciones en determinadas industrias que trabajan directamente para el consumo individual; como es sabido, las máquinas fabrican, en efecto, productos para las masas mientras que muchos clientes quieren que se tenga en cuenta sus gustos particulares. Incluso es posible que aumente el número de las pequeñas explotaciones industriales bajo el régimen proletario pues ese régimen extenderá un mayor bienestar en las masas, y en consecuencia podrán tener más demanda objetos fabricados a mano, los oficios artísticos podrán adquirir un nuevo impulso. Sin duda no podemos esperar ver cómo se realiza ese futuro que nos dibuja William Morris, en el que la máquina no juega ningún papel; esta es una graciosa utopía. La máquina continuará dominando el proceso de producción. Jamás la vencerá la mano de obra. Ello no quiere decir que el trabajo manual no florezca en algunas industrias de arte, y que no pueda ganar terreno. Pero el trabajo manual, que subsiste hoy en día más a menudo como industria a domicilio muy miserable, no podrá existir en una sociedad socialista más que como un lujo dispendioso que podrá extenderse gracias al bienestar general.

La base del proceso de producción siempre será la gran explotación con ayuda de las máquinas. Los pequeños oficios de que tratamos harán el mismo efecto que islotes diseminados en el océano de las grandes explotaciones sociales. En estas incluso, la propiedad de los medios de producción, la colocación de sus productos, pueden tomar las formas más variadas. Pueden ser dependencias de una gran explotación nacional o municipal, recibir sus materias primas o útiles de ellas y suministrarles sus productos; pueden producir para particulares o para el mercado, etc. Como hoy en día, un obrero

³ Esta rúbrica no engloba a las hilaturas y tejedurías que consumen una de las materias más conocidas: algodón, lana, seda, etc., sino solamente algunas especialidades raras.

podrá entonces trabajar sucesivamente en numerosas industrias: una costurera, por ejemplo, podrá trabajar un día en una fábrica del estado, otra vez trabajar en su casa para un cliente, ir a domicilio, o, por fin, asociarse a otras obreras para abrir una casa de confección o para trabajar bajo pedido.

En relación con esto, como en todo el resto, podrá existir la mayor variedad, la mayor libertad de movimiento. Nada es más falso que presentar a un medio socialista como un mecanismo simple y rígido que una vez puesto en movimiento se mueve siempre de la misma forma.

La propiedad de los medios de producción puede existir bajo las más variadas formas en una sociedad socialista: pueden existir en ella, unas al lado de las otras, propiedades nacionales, municipales, privadas; las cooperativas de consumo, las cooperativas de producción pueden igualmente ser propietarias. La explotación puede tomar todas las formas imaginables, puede ser burocrática, sindical, cooperativa, individual: misma variedad en el pago del trabajo; salarios fijos, pagos a jornada, por piezas, participación en los ahorros de materias primas, de material, etc.; participación en los beneficios de un trabajo más intensivo; misma diversidad en la circulación de los productos (contratos de entrega, compra en los almacenes del estado, de las comunas, de las cooperativas de consumo, de los mismos productores, etc., etc. El mecanismo económico de una sociedad socialista admite la misma variedad que el de hoy en día. Lo que desaparecerá es nuestra afiebrada agitación, es esa lucha a ultranza en la que de lo que se trata es de vencer o morir, a la que nos condena el sistema actual de la competencia, lo que desaparecerá, por fin, es el antagonismo entre los explotadores y explotados.

Capítulo VIII. La producción intelectual

Ya no diremos más sobre los problemas tan importantes que planteará en primer lugar la dominación política del proletariado, ni de las soluciones que supondrán. Sin embargo, sería muy tentador desarrollar nuestro objeto e investigar qué será de la vida familiar, de las relaciones internacionales, de las relaciones entre la ciudad y el campo; cosas todas ellas que se verán profundamente modificadas por la dominación proletaria y que no podrán mantenerse como son hoy en día. Pero puedo dispensarme de tratar todos esos temas: lo esencial de lo que yo podría decir ya se ha dicho en otras partes. En mi prefacio al folleto de Atlanticus *Ein Blic in den Zukunftsstaat (Vistazo al estado del futuro)*, página XIX y siguientes, ya he expuesto cuál será la situación de una comunidad socialista en lo tocante a las colonias y al comercio mundial, en mi *La cuestión agraria*, lo que pasará con el hogar doméstico. Solo hay un punto, un punto muy oscuro todavía, que quisiera examinar aquí: el futuro de la producción intelectual.

Hasta aquí solo hemos estudiado los problemas de la producción material, que es la fundamental, pero sobre sus cimientos se eleva la producción de objetos de arte, de estudios científicos y obras literarias de lo más variadas.

La continuidad de esta producción no es menos necesaria para el hombre civilizado de nuestros días que la continuidad ininterrumpida de la producción del pan, de la comida, del carbón o el hierro. Una revolución proletaria revolucionará también esta producción. Pero ¿cómo la transformará? Ya he dicho en mi folleto *Reforma y revolución*⁴ que no hay hombre razonable que dude de que el proletariado victorioso actúe como los antiguos bárbaros, y considere a las artes y las ciencias como inútiles muebles que hay que meter en el granero; el proletariado, por el contrario, es de todas las clases de la sociedad la que rinde el testimonio más interesado, la mayor estima, hacia el arte y la ciencia. Todo lo que busco aquí, por cierto, no es lo que el proletariado querrá hacer, sino lo que podrá hacer en virtud de la lógica de los hechos.

¡No le faltarán recursos materiales ni a las ciencias ni a las artes! Hemos visto, en efecto, cómo el régimen proletario, al suprimir la propiedad privada de los medios de producción, permitirá eliminar muy pronto todo aquello que sobrevive de los antiguos medios y métodos de producción que, hoy en día, paralizan todavía por todas partes las fuerzas productivas modernas y solo desaparecen lenta e imperfectamente bajo la acción de la competencia. Gracias a ello, la riqueza social superará muy deprisa el nivel alcanzado por la sociedad capitalista.

Pero los recursos materiales no son suficientes. La riqueza no produce por sí sola una pujante vida intelectual. Se trata de saber si las condiciones de la producción de bienes materiales en una sociedad socialista son compatibles con las condiciones necesarias para una producción intelectual muy desarrollada. A menudo escuchamos que nuestros adversarios sostienen que no lo son.

Veamos en primer lugar de qué naturaleza es hoy en día la producción intelectual. Se presenta bajo tres formas, es: 1º la obra de organismos sociales, que sirven directamente a la satisfacción de las necesidades sociales; 2º toma la forma de

⁴ Primera parte de este libro.

una mercancía producida por un solo individuo; 3º la de una mercancía producida por una sola explotación capitalista.

El primer género de producción intelectual comprende toda la enseñanza, desde la escuela primaria hasta la universidad. Se hacemos abstracción de las escuelas privadas de tan poca importancia, toda la enseñanza es desde ese momento un servicio público, y si la sociedad se encarga de ella no es para hacer un negocio, para sacar beneficios: esto se aplica sobre todo a las escuelas nacionales y municipales, también a esas escuelas que, remontándose a la Edad Media, son organizaciones de la iglesia o fundaciones de utilidad pública y que todavía son bastante numerosas, particularmente en los países de civilización anglosajona.

Esta enseñanza social es de la mayor importancia para la vida intelectual, para la científica sobre todo, y ello no tiene que ver solamente con su influencia sobre la generación en crecimiento. También domina cada vez más la investigación científica haciendo que sus maestros, los de las universidades sobre todo, los poseedores exclusivos de todo el aparato científico sin el cual cualquier investigación científica deviene casi imposible hoy en día. Ello es cierto sobre todo en el caso de las ciencias de la naturaleza cuya técnica ha adquirido tal desarrollo que, a parte algunos millonarios, solo el estado dispone de recursos suficientes para el establecimiento y mantenimiento de las instituciones que exigen las ciencias. Igualmente muchas partes de las ciencias sociales, la etnología, la arqueología y otras, reclaman para sus investigaciones un aparato cada vez más dispendioso. Añadamos a ello que la ciencia deviene cada vez más un oficio de muertos de hambre, que no alimenta ya a quienes la practican, y estos solo pueden consagrarse a ella si el estado paga para ello, a menos que hayan sido muy previsores al escoger sus parientes (o su esposa). Para adquirir los conocimientos preliminares para los trabajos científicos fecundos ya hace falta mucho dinero, y siempre hace falta más. Así es como el gobierno y las clases ricas monopolizan la ciencia cada vez más.

Un régimen proletario no podrá hacer desaparecer todos esos obstáculos a las investigaciones científicas. Como ya he dicho al comienzo de estas páginas, tendrá que organizar la enseñanza de tal forma que todo hombre dotado pueda adquirir toda la ciencia enseñada en sus establecimientos. Necesitará un número considerable de profesores y sabios volcados en las investigaciones científicas. Por fin, al hacer desaparecer todo antagonismo de clases, les dará a los sabios del estado plena libertad, plena independencia. Mientras que haya antagonismos de clase, habrá diferentes puntos de vista, numerosas maneras de considerar a la sociedad. No existe mayor falsa idea, mayor hipocresía, que hablar de una ciencia que está por encima de los antagonismos de clase. La ciencia solo existe en la cabeza de los investigadores, y estos son el producto de la sociedad, no pueden ni separarse de ella, ni elevarse por encima de ella. Incluso en un régimen socialista, la ciencia no será independiente de las condiciones sociales, pero estas al menos serán armoniosas en lugar de ser contradictorias.

Pero hay una cosa peor que esta dependencia de las condiciones sociales a la que ningún sabio puede substraerse, es la dependencia material en la que muchos de ellos se encuentran frente al gobierno u otros poderes constituidos, las iglesias, por ejemplo. Esta dependencia es lo que les empuja a adaptar sus opiniones a las de las clases dominantes; ya no son libres en sus investigaciones, se sirven de los procedimientos de la ciencia para justificar con argumentos el actual estado de cosas, para rechazar a las nuevas capas que tienden a ascender. Así es como la dominación de clases ejercer sobre la ciencia una acción desmoralizadora. Respirará libremente, por su cuenta, cuando el régimen proletario barra de nuestras escuelas toda dominación directa o indirecta de los capitalistas y propietarios terratenientes. La vida intelectual, en tanto que se relaciona

con la enseñanza, no tiene, pues, nada que temer de la victoria del proletariado, por el contrario tiene mucho en que confiar.

Veamos ahora lo que será de la producción intelectual para el mercado.

Examines en primer lugar la producción de individuos aislados: aquí tenemos que tener en cuenta sobre todo la pintura, la escultura y un aparte de los trabajos literarios.

Un régimen proletario permite ese género de producción, igual que permite la pequeña explotación privada en la producción material. La paleta y el pincel, la tinta y la pluma, tampoco estarán como el dedal y la aguja acomodados entre los medios de producción que se tendrá que nacionalizar necesariamente. Pero es muy posible que cuando la explotación capitalista haya acabado, los compradores solventes, que formaban hasta entonces la clientela de los artistas, desaparezcan. Ello no dejará de tener influencia sobre la producción artística; pero no morirá, solo tendrá que transformarse. El cuadro de caballete y la estatua, que se pueden transportar, pasar de unas manos a otras, colocarse a voluntad, son el verdadero tipo de la producción artística para el mercado; adquieren más fácilmente la forma de una mercancía, se pueden coleccionar, acumular como las piezas de oro, sea para venderlos con beneficios, sea para conservarlos como tesoro. Es posible que esta producción, de cara a la venta, encuentre serios obstáculos en una sociedad socialista. Pero, por el contrario, podrán nacer otras formas de producción artística.

Un régimen proletario aumentará considerablemente el número de edificios públicos, se volcará también en enriquecer de ornamentos, en hacer atractivos todos los lugares don del pueblo se reúne para trabajar, para deliberar o para divertirse. En lugar de producir estatuas y cuadros que son lanzados a la circulación como mercancías cualesquiera, y que acaban colocadas en un lugar completamente desconocido para el artista, con un objetivo que este ignora absolutamente, se dará entente entre el arquitecto y el resto de artistas, como en las épocas en las que florecía el arte, como en tiempos de Pericles en Atenas, como durante el Renacimiento en Italia; un arte sostendrá y levantará a otro; la obra de arte tendrá un objetivo social que el artista conocerá, y ya nada dependerá del azar, ni su cuadro, ni su público, ni su acción.

Por otra parte, ya no habrá necesidad económica para el artista de producir obras de arte para el mercado. De forma general, no habrá ya necesidad de hacer trabajos intelectuales para ganar dinero, de hacer de esas obras un trabajo asalariado, una mercancía.

Ya he señalado que un régimen proletario se volcará, lo que es completamente natural desde el punto de vista del obrero asalariado, en reducir la jornada de trabajo y elevar los salarios. He mostrado también hasta qué punto ello puede realizarse inmediatamente, en un país de producción capitalista desarrollada, haciendo cesar simplemente el trabajo en las fábricas atrasadas y desarrollando, tanto como sea posible, las explotaciones perfeccionadas. Tampoco es quimérico admitir que sea posible inmediatamente doblar los salarios y reducir a la mitad la jornada de trabajo. Y las ciencias técnicas han hecho ya bastantes progresos para confiar en los mejores resultados. Cuando se avance, más posible será que los obreros que están ocupados en la producción material se dediquen al mismo tiempo a trabajos espirituales, incluso sin segundas intenciones de aprovechamiento material, a trabajo que encuentran en sí mismo su recompensa, que, en consecuencia, son del orden de los más elevados. El tiempo libre más prolongado se consagrará en parte, incluso en gran parte, a gozos puramente intelectuales; entre los mejores dotados se desarrollará el genio creador y la producción artística, literaria y científica, se asociarán a la producción material.

Pero esta asociación no será solamente posible, devendrá una *necesidad económica*. Ya hemos visto que un régimen proletario se volcará en generalizar la educación. Pero si se quiere expandir la educación tal y como se da hoy en día, se llegará a hacer de los hombres que se están educando, hombres impropios para toda producción material, se minarán los fundamentos de la sociedad.

Hoy en día la división del trabajo en la sociedad se ha desarrollado de tal forma que el trabajo material y el trabajo intelectual se excluyen casi por completo. La producción material se hace bajo condiciones que solo permiten suministrar al mismo tiempo un trabajo intelectual más elevado a un pequeño número de personas favorecidas por la naturaleza o por las circunstancias. Por otra parte, el trabajo intelectual, tal y como se realiza hoy en día, hace no apto para el trabajo físico que se ha convertido en una cosa desagradable. Darle educación a todos los hombres bajo esas condiciones haría imposible toda producción material, porque no habría ya quien pudiese o quisiese encargarse. Si se quiere que se generalice una cultura más elevada sin comprometer la existencia de la sociedad, será necesario, no solamente desde el punto de vista pedagógico, sino, también, desde el punto de vista económico, familiarizar en la escuela a la generación que se educa tanto con el trabajo material como con el trabajo intelectual, e inculcarle el hábito de asociar la producción material con la producción intelectual.

El régimen proletario hará imbuirse a la masa de la población de la idea de asociar la producción material con la producción intelectual, y liberar en consecuencia a esta última de todas sus trabas materiales de hoy en día, y lo hará desde dos ángulos. Por una parte, disminuyendo cada vez más la jornada de trabajo de las profesiones manuales, lo que será la consecuencia de la productividad creciente del trabajo, y dejará a los obreros cada vez más tiempo para consagrarlo a los trabajos del espíritu. Por otra parte, aumentando el trabajo material de la gente educada, lo que será el resultado inevitable del número siempre creciente de esta última.

Pero se comprende fácilmente que en esta asociación, el trabajo material deviene el sustento, el trabajo necesario al servicio de la sociedad, y que el trabajo intelectual deviene una libre manifestación de la personalidad, liberada de toda coerción social. Pues el trabajo intelectual es mucho más incompatible con la coerción que el trabajo material. Esta liberación del trabajo intelectual por el proletariado no es un piadoso deseo utopista, es la consecuencia económica necesaria de la victoria proletaria.

Nos queda, por fin, examinar la tercera forma de la producción intelectual, la producción explotada por el capitalismo.

La producción intelectual bajo la primera forma engloba sobre todo a la ciencia, bajo la segunda forma abraza sobre todo a las bellas artes, bajo la tercera forma se encuentran todos los dominios de la producción intelectual, sobre todo se encuentran en esta forma los maestros de la pluma y de la escena en presencia de los empresarios capitalistas: los editores, directores de diarios, directores de teatros.

Semejante explotación capitalista deviene imposible bajo un régimen proletario. Pero esta explotación tiene su razón de ser. Esta producción necesita un costoso aparato técnico y el concurso de numerosas fuerzas para ser transmitida al público. El individuo aislado se ve reducido a la impotencia en este caso. Pero ¿quién podrá sustituir al capitalismo si no es el estado?, y ¿no aportará la concentración administrativa a este elemento tan importante de la vida intelectual lo que más tiene que temer, la monotonía y el estancamiento?

El gobierno cesa en verdad de ser el órgano de una clase, pero deviene órgano de una mayoría, y ¿se pueden hacer depender la vida intelectual de las decisiones de una mayoría? Toda nueva verdad, toda idea nueva ¿acaso no ha sido adoptada y defendida

en primer lugar por una minoría? Esta nueva organización ¿acaso no amenaza con poner en perpetuo conflicto con el régimen proletario a los campeones más honestos y arditos de los trabajos intelectuales de todos género? Y si el artista y el sabio, tomados individualmente, pueden desarrollarse libremente ¿este plus de libertad no será contrabalanceado por las cadenas que pesan sobre el trabajo intelectual con necesidad de recursos de la sociedad? Ciertamente, he ahí un problema muy grave, pero no insoluble.

Señalemos, en primer lugar, que no consideramos al estado como el único órgano director, como al único mecenas de todas las instituciones sociales consagradas a la actividad intelectual: también está la comuna. Esta se basta ya por sí sola para preservar contra la uniformidad, contra el sojuzgamiento de la vida intelectual a un poder central; además, hay otras organizaciones a tener en cuenta que pueden suplir a la explotación capitalista, talleres y teatro para los trabajos intelectuales: quiero hablar de las sociedades libres al servicio del arte, de la ciencia y de la vida pública que animan de mil maneras a la producción en esos diferentes dominios o son ellas mismas las que la emprenden. Ya en el presente, tenemos numerosas sociedades que organizan representaciones teatrales, publican diarios, compran obras de arte, editan folletos, equipan expediciones científicas, etc., etc. Cuanto más corta sea la jornada de trabajo, más elevados serán los salarios y más prosperarán y aumentarán esas asociaciones libres, y también el ardor y la inteligencia de sus miembros, los recursos debidos a la iniciativa individual o colectiva. Confío en que esas asociaciones libres ejercerán un papel cada vez más importante en nuestra vida intelectual, confío en que les está reservado organizar y dirigir la producción intelectual en lugar del capital, en tanto que aquella será de naturaleza social.

Aquí también, el régimen proletario, bien lejos de sojuzgar, solo hará que dar más libertad.

Liberar a la enseñanza y las investigaciones científicas del sometimiento a la clase dominante, liberar al individuo de lo que un trabajo material exclusivo y pujante tiene de penoso, sustituir la explotación por asociaciones libres de la explotación por el capital en la producción intelectual social: he ahí lo que se propone el régimen proletario en el dominio de la producción intelectual.

Vemos que los problemas que hay que resolver en el dominio de la producción son completamente contradictorios. El modo de producción capitalista ha hecho nacer la obligación de dar homogeneidad y método al proceso de la producción social. Esta obligación tiende a encerrar al individuo en una organización sólida, a las reglas de la cual debe plegarse. Este mismo modo de producción le ha dado al individuo más que nunca, por otra parte, la conciencia de sí mismo; lo ha liberado de la sociedad y de sus relaciones con los otros hombres. Más que nunca, la humanidad exige hoy en día la posibilidad de desarrollar una personalidad y su relación con otros hombres para determinar de la manera más libre la más sensible e individual de estas relaciones, especialmente la relación matrimonial, pero también su relación como artistas y pensadores con el mundo exterior.

Vemos que los problemas en el campo de la producción son de naturaleza contradictoria. El sistema capitalista de producción ha creado la tarea de formular el proceso social de producción de manera simple y sistemática. Esta tarea consiste en poner al individuo en un orden fijo a cuyas reglas debe ajustarse. Por otro lado, esta misma forma de producción ha llevado más que nunca al individuo a la conciencia de sí mismo, lo ha puesto en pie y lo ha liberado de la sociedad. Más que nunca la humanidad exige hoy en día la posibilidad de desarrollar una personalidad y su relación con otros hombres para determinar de la manera más libre las más sensibles e individuales de estas relaciones, especialmente las relaciones más íntimas, sobre todo cuando se trata de

las relaciones sexuales, pero también sus relaciones como artistas y pensadores con el mundo exterior. Poner orden en el caos de la sociedad y liberar al individuo son los dos problemas históricos que el capitalismo le ha planteado a la sociedad. Parecen ser contradictorios, pero al mismo tiempo son solubles porque cada uno de ellos pertenece a una esfera diferente de la vida social. Es cierto que si se quiere regular los dos dominios de la misma manera no se evitarán las contradicciones. Ahí está la piedra en el zapato del anarquismo. Ha nacido de la reacción de la pequeña burguesía contra el capitalismo que la amenaza y oprime. El pequeño artesano que estaba habituado a organizar su trabajo a su gusto ha resistido contra la disciplina y la monotonía de la fábrica. Su ideal no ha cambiado: es el trabajo individual libre; cuando este ya no ha sido posible ha buscado la forma de reemplazarlo con la cooperación, con asociaciones libres, independientes unas de otras.

En la sociedad, la “nueva clase media”, los intelectuales, solo es, como hemos visto ya en numerosas ocasiones, una edición revisada y corregida de la pequeña burguesía primitiva. Su modo de trabajo desarrolla en ella la misma necesidad de libertad, la misma aversión hacia la disciplina y la uniformidad. Su ideal social es, en consecuencia, el mismo que el del anarquismo. Pero lo que es un progreso en el dominio de su producción, es un retroceso en el de la producción material, es la vuelta a las condiciones de producción del oficio en decadencia.

En el actual estado de la producción, haciendo abstracción de algunos casos aislados que, lo más a menudo ya no son más que curiosidades, se trata sobre todo de la producción en masa, y esta solo es posible de dos maneras: por una parte, está la producción comunista que supone la propiedad social de los medios de producción y una dirección metódica que debe partir de un punto central; por otra parte, la producción capitalista. La producción anárquica puede ser, como máximo, un episodio pasajero. La producción material, mediante asociaciones libres que no obedecen a una dirección central, conduce al caos si no es una producción de mercancías que implique el cambio de mercancías según la ley del valor que se realiza a través de la libre competencia. Ya hemos visto más arriba la importancia de esta ley en la producción libre de las industrias particulares. Esta producción establece una justa proporción en la producción de las diferentes industrias e impide, por ejemplo, que la sociedad se vea anegada de botones y carente de pan. Pero en el actual estado de la producción social es preciso que la producción en masa para el mercado se presente siempre bajo la forma de producción capitalista, como lo prueban las vicisitudes de las numerosas cooperativas de producción. Buscar el ideal anarquista en la producción material es, a lo sumo, un trabajo de Sísifo.

Con la producción intelectual ocurre de forma completamente diferente. Esta se eleva sobre la producción material, toma prestados de su excedente sus productos y sus obreros, no prospera más que cuando la vida material está asegurada. Si se altera la proporcionalidad de la vida material, se ve amenazada toda nuestra existencia. En la producción intelectual, por el contrario, carece de importancia conocer en qué proporción se reparte el excedente de productos y trabajadores entre los diversos dominios. No hablamos de la enseñanza, tiene sus leyes particulares y ni incluso hoy en día está abandonada a la libre competencia, es la sociedad la que la regula.

La sociedad se vería en muy mala posición si todo el mundo se librara a la fabricación de un mismo objeto, botones por ejemplo, y si esta copara tantos obreros como faltasen para la producción de otras mercancías, del pan, por ejemplo. Por el contrario, las poesías líricas y las tragedias, las obras de asiriología y botánica pueden ser producidas en no importa qué proporción, no está fijado ningún límite. Si, hoy en día, se escriben dos veces más dramas que ayer y dos veces menos poesías líricas; si,

hoy en día, aparecen veinte obras sobre asiriología y diez solamente sobre botánica, si las relaciones son inversas a las de ayer, ello no obstaculiza en nada la prosperidad de la sociedad. Interpretado económicamente, este hecho significa que la ley del valor, a pesar de todas las teorías psicológicas del valor, no se puede aplicar a la producción intelectual como se aplica a la producción material. Darle una dirección central a la producción intelectual sería no solamente inútil, sino completamente absurdo; este es el verdadero dominio de la libertad sin que esta necesite devenir producción de valores mercantiles, producción capitalista (por la gran explotación).

Comunismo en la producción material, anarquismo en la producción intelectual: he ahí cuál será el modo de producción socialista, esta será, a causa de la lógica de los hechos económicos, la consecuencia de la soberanía del proletariado; con otras palabras, de la revolución social, sean cuales sean los deseos, intenciones y teorías del proletariado.

Capítulo IX. Las condiciones psicológicas previas a la dominación proletaria

Más de un lector se asombrará porque en este estudio solo he hablado de las condiciones económicas. No he investigado sobre qué fundamento moral se establecerá la nueva sociedad, si se apoyará en la ética de Kant o en la Spencer, si adoptará como leitmotiv el imperativo categórico o la mayor suma de felicidad del mayor número de personas; tampoco he investigado cuáles serán sus principios jurídicos supremos: ¿serán el derecho al producto integral del trabajo o el derecho a la existencia, o cualquier otro derecho económico que haya descubierto el socialismo de los juristas? Es cierto que la moral y el derecho ejercerán un papel en la revolución social, pero lo que habrá que satisfacer sobre todo serán las exigencias económicas.

Pero no están solo el derecho y la moral, también hay que tener en cuenta a la psicología; esta también suscitará problemas al régimen proletario, y de los más importantes. ¿Acaso no es cierto que el régimen socialista no supone hombres de un desinterés, de una delicadeza, de una inteligencia y celos extraordinarios, verdaderos ángeles? Y, estando dados el egoísmo y brutalidad de la generación actual, ¿la revolución social no será acaso la señal para luchas horribles seguida de pillajes, o de una holgazanería generalizada que la hará fracasar? ¡Mientras que el hombre no mejore todos los cambios de los fundamentos económicos serán vanos!

Esta es la vieja cantinela; ya retronó hace ahora cien años, el tema de entonces era el espíritu limitado de los sujetos. Estos tiernos padres del pueblo que constituían la Santa- Alianza no pedían nada mejor que otorgar todas las libertades a sus queridos niños, ¡pero estos tenían que llegar antes a la “madurez” necesaria!

No negaré que, para que tenga toda su eficacia, todo modo de producción exige no solamente determinadas condiciones técnicas, sino, también, determinadas condiciones psicológicas. El carácter de los problemas económicos que plantea un modo de producción determinado determinará la naturaleza de esas condiciones preliminares psicológicas. Pero nadie sostendrá que yo supongo hombres angelicales en lo que acabo de exponer. Los problemas que hay que resolver exigen inteligencia, disciplina y un talento de organización. Tales son las condiciones psicológicas necesarias para un régimen socialista. Pero son las que, precisamente, ya se aplica en realizar el capitalismo. Es la tarea histórica del capital disciplinar y organizar a los obreros y extender sus horizontes más allá del taller y de su campanario.

Es imposible llegar a la producción socialista tomando como cimientos el trabajo del artesano o del campesino, en primer lugar por razones económicas, siendo como es tan poco productivo ese género de explotación, sino, también, por razones psicológicas: ya he señalado en las páginas anteriores la tendencia anárquica del pequeño burgués y su aversión a la disciplina de una explotación socialista. Esta es una de las grandes dificultades con la que tropezó la producción capitalista en sus inicios, puesto que tomó prestados sus primeros obreros del oficio o del carro. En Inglaterra, en el siglo XVIII, fue contra ella contra la que tuvo que luchar, ella es la que todavía hoy en día obstaculiza en los estados del sur de la unión norteamericana los progresos de la gran industria, que se vería singularmente favorecida por la vecindad con importantes materias primas.

No solamente se trata del espíritu de disciplina, también se trata del talento de organización, que está poco desarrollado entre los pequeños burgueses y campesinos. No cabe en ellos asociar a grandes masas de hombres de cara a una cooperación metódica. En este estado económico, solo los ejércitos ofrecen la ocasión de organizar a grandes masas. Los grandes capitanes también son grandes organizadores. La producción capitalista trasplantó a la industria la tarea de organizar a grandes masas de hombres. Como es sabido, sus capitales y generales son los capitalistas, y también todos aquellos que se distinguen entre ellos son eminentes organizadores.

El capital, en consecuencia, estima mucho y paga generosamente a aquellos de sus empleados que tienen el talento de la organización, estos se multiplican, y un régimen proletario los empleará útilmente. No condenaremos a la inacción a los directores de las fábricas y trusts.

El capital también necesita obreros inteligentes, y lo vemos emplazado por la competencia a perfeccionar por todas partes al menos las escuelas industriales. El desarrollo de la circulación y la prensa contribuye, por otra parte, a ampliar el horizonte intelectual del obrero.

Las condiciones psicológicas preliminares para la producción socialista no están solamente favorecidas por el esfuerzo que el capital hace para explotar a grandes masas de obreros, sino, también, por la lucha del proletariado contra esta explotación: esa lucha desarrolla la disciplina, cierto que otra disciplina diferente a la que impone el capital, desarrolla también el talento organizativo, pues si los proletarios pueden sostener la lucha contra el capital y el estado capitalista solo pueden hacerlo gracias al concurso en el mismo sentido de sus fuerzas tan numerosas.

La organización es el arma más importante del proletariado, y casi todos sus grandes jefes también son grandes organizadores. El proletariado no tiene otra cosa que oponer a las armas del militarismo, al dinero del capital, más que sus organizaciones y el papel indispensable que ejerce en la economía. Su inteligencia se desarrolla al mismo tiempo que sus organizaciones y, gracias a ellas, esto se da por sentado.

El proletariado necesitará una gran inteligencia, una severa disciplina y una organización perfecta de sus grandes masas, y esas cualidades devendrán, al mismo tiempo, completamente indispensables en la vida económica si quiere hacerse lo bastante fuerte como para aplastar a sus temibles adversarios. Podemos confiar en que solo triunfará cuando posea esas cualidades en un grado muy elevado.

En consecuencia, la dominación del proletariado y la revolución social no podrán producirse antes de que las condiciones preliminares, tanto económicas como psicológicas, de una sociedad socialista estén suficientemente realizadas. Como eso no exige que los hombres se hayan convertido en ángeles, confiamos en que no necesitaremos esperar mucho tiempo esa maduración psicológica.

Si los proletarios modernos no han talmente cambiado para devenir maduros para el socialismo, podemos confiar en que la nueva sociedad modificará considerablemente el carácter del hombre.

Lo que se plantea como condición preliminar de un régimen socialista, lo que la sociedad capitalista es incapaz de ofrecer, lo que sería, pues, una condición irrealizable, quiero decir la creación de un tipo humano más elevado de lo que lo es el hombre moderno, es precisamente el resultado que nosotros esperamos del socialismo. Le dará al hombre la seguridad, el descanso y el tiempo libre, elevará su espíritu por encima de las banalidades de la vida cotidiana, porque ya no tendrá que preocuparse constantemente por el pan de mañana. Le dará al individuo una entera independencia frente a otros individuos y destruirá con ello el espíritu de servidumbre de unos y el desprecio de los hombres a otros hombres. Nivelará al mismo tiempo las diferencias

entre la ciudad y el campo, pondrá al alcance del hombre todos los tesoros de una alta cultura, monopolizados hoy en día por las ciudades, al mismo tiempo que lo conducirá a la naturaleza, de donde se procurará la fuerza y el gozo de vivir.

Arrancará simultáneamente las raíces psicológicas y sociales del pesimismo, la miseria y la degeneración de unos que hacen de la necesidad virtud, los excesos de otros que, ociosos hedonistas, han bebido hasta el final la copa de los placeres. El socialismo hace desaparecer la miseria, las riquezas excesivas, vuelve al hombre feliz de vivir, lo hace sensible a la belleza; con ello, da a todos la libertad de trabajar las ciencias y artes.

¿Acaso no estamos autorizados a creer que en esas condiciones se formará un nuevo tipo de hombre que superará a todos los que la civilización ha producido hasta ahora? Un superhombre, si se quiere, pero que será la regla, no la excepción, un superhombre en comparación con sus ancestros, pero no en comparación con sus contemporáneos, un hombre superior que encontrará su satisfacción no en verse grande en medio de enanos enclenques, sino en ser grande en medio de hombres grandes, felices, en medio de otros hombres gozosos, que tomará conciencia de su fuerza, no pisoteando a los que aplaste, sino uniendo sus esfuerzos con aquellos camaradas que tendrán las mismas aspiraciones, y encontrando en esta unión el coraje necesario para abordar los problemas más vastos.

Así, podemos confiar en ver nacer un imperio de fuerza y belleza, digno del ideal de nuestros más profundos y nobles pensadores.

Alejandro Proletaria es nuestra nueva biblioteca general, abierta a diversas corrientes del pensamiento revolucionario. Su catálogo está creciendo día a día e incorpora materiales que por sí mismos nos parecen de gran interés político o histórico, independientemente de su 'ortodoxia' y, desde luego, del grado de nuestro acuerdo con ellos. Consulta nuestro catálogo:



- Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)
- Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti
- Armand, Inessa
- Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España
- Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)
- Bleibtreu, Marcel
- Comunas de París y Lyon
- Ediciones Espartaco Internacional
- Frenicia, Cintia y Gaido, Daniel
- Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos.
- Heijenoort, J. Van
- Just, Stéphane. Escritos
- Kautsky, Karl
- Mehring, Franz
- Munis, G. Obras Completas y otros textos
- Murphy, Kevin
- Parvus (Alejandro Helphand)
- Plejánov, G. V. , obras
- Rakovsky, Khristian (Rako)
- Rühle, Otto
- Textos de apoyo
- Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75

Consulta también el catálogo de nuestro sello hermano [Edicions Internacionals Sedov](#)

Edicions internacionals Sedov



- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional*
 - *Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918*
 - *La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *Lenin: dos textos inéditos*
 - *León Sedov: escritos*
 - *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*
 - *Obres escollides de Lenin en català*
 - *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *Rosa Luxemburg en castellano*
 - *Trotsky inédito en Internet y castellano*
- *Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*
- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional ›*